



Foto: Facebook José Antonio Kast

GIRO ULTRADERECHISTA

#18 | DICIEMBRE 2025
América Latina

México
El primer año de
Claudia Sheinbaum

Campañas
Planificación estratégica,
territorio y militancia

Perú
Escenario caótico de cara
a las elecciones del 2026



Relato

Año 5 | Número 18
América Latina, diciembre de 2025

Dirección
Marcel Lhermitte

Edición
Elda Arroyo

Relato Podcast y Relato TV
Fabián Cardozo

Consejo Editorial
Elda Arroyo (México)
Fabián Cardozo (Uruguay)
Daniela Castillo (Colombia)
Francisco Córdova (Chile)
Andrea Cristancho (Colombia)
Lucio Guberman (Argentina)
Federico Irazabal (Uruguay)
Saudia Levoyer (Ecuador)
Marcel Lhermitte (Uruguay)
Luis Guillermo Velásquez (Guatemala)
Anabel Waigandt (Argentina)

Diseño
Gonzalo López

Diseño web
Mario Iván González Rojo

Contacto
revista@relatocompol.com

X
@relatocompol

Instagram
@relato_compol

Facebook
@relatocompol

TikTok
@relatocompol

YouTube
Relato

Linkedin
Relato ComPol

Dirección web
www.relatocompol.com

Colaboran en esta edición
Jorge Alberto Álvarez Gutiérrez (México)
Edna Laura Huerta Ruiz (México)
Vicente Inostroza Sánchez (Chile)
Lucas Malaspina (Argentina)
Diego Mota (Uruguay)
Leonardo Agustín Motteta (Argentina)
Imelda J. Muñoz Carvajal (México)
Jamadier Uribe Muñoz (Chile)
Milton Vela-Gutiérrez (Perú)

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

Contenidos

Editorial
Página 5

La ingeniería de las emociones: cómo la ultraderecha chilena ganó la batalla afectiva
| Francisco Córdova Echeverría
Página 7

Chile y la consolidación de un nuevo ciclo político *| Jamadier Uribe Muñoz*
Página 13

¿Recalibrando un nuevo paisaje político chileno para el siglo XXI?
| Vicente Inostroza Sánchez
Página 21

El caso Manzo: cuando la violencia disputa la narrativa del gobierno local
| Elda Magaly Arroyo Macías
Página 29

Las de cal y las de arena del primer año de Claudia Sheinbaum
| Federico Irazabal
Página 37

El muro Invisible en la política mexicana *| Edna Laura Huerta Ruiz*
Página 43

De la política celebrity a los candidatos influencers *| Diego Mota*
Página 49

El algoritmo como jefe de comunicación: la interfaz digital y la nueva disputa por el poder en América Latina
| Imelda J. Muñoz Carvajal
Página 55

El algoritmo no cuenta votos
| Jorge Alberto Álvarez Gutiérrez
Página 59

Tribulaciones, lamentos y ¿amanecer? de un rey (no) imaginario
| Leonardo Agustín Motteta
Página 65

De Mamdani a Mujica: el éxito de las campañas austeras *| Marcel Lhermitte*
Página 77

Elecciones generales 2026 en Perú. Crónica de una muerte anunciada
| Milton Vela-Gutiérrez
Página 83

Bolivia no es Argentina: un mes de Rodrigo Paz en el gobierno
| Lucas Malaspina
Página 95

Relato electoral. Cuba: La campaña de Fulgencio Batista. De candidato constitucional a dictador
Página 103

Reelección histórica en Santa Lucía
Página 107

San Vicente y las Granadinas: Fin de una era y amanecer de un nuevo orden político
Página 113

Mapa electoral
Página 119

Relato visual. El eco de una orden antigua
Página 121



Por un 2026 con mayor compromiso democrático

Al cerrar esta edición de diciembre, despedimos un año de intenso trabajo, que celebramos con la presentación de la decimoctava edición de nuestra revista latinoamericana de comunicación política **Relato**.

Desde sus inicios, buscamos posicionar nuestra publicación como un espacio de referencia en el campo de la comunicación política en América Latina y el Caribe, gracias a los artículos de alta calidad firmados por consultores, académicos y profesionales experimentados de toda la región.

Estos textos no solo analizan campañas electorales, estrategias de gobierno y dinámicas mediáticas, sino que aportan reflexiones profundas sobre el rol de la comunicación en la construcción de democracias más robustas y equitativas. Cada edición representa un esfuerzo colectivo por enriquecer el debate.

El 2025 ha sido particularmente productivo en términos de formación y difusión del conocimiento. Culminamos con éxito la cuarta edición del Diploma en Comunicación Política en la Universidad CLAEH, en Uruguay, un programa que ha formado a decenas de profesionales. Paralelamente, realizamos la tercera cohorte del Diploma en Comunicación Sindical, en alianza con el Defensor del Pueblo de la República Dominicana, fortaleciendo así las capacidades de dirigentes sindicales del país caribeño.

En Uruguay, dictamos nuevos cursos sobre comunicación sindical y entrenamiento en vocerías en el Instituto Cuesta Duarte, respondiendo a la demanda creciente de formación práctica en estos temas. Además, organizamos una serie de conversatorios sobre comunicación política y los tradicionales Espacios Relato, destacando el último evento realizado el pasado 17 de diciembre en Uruguay, centrado en los desafíos de la comunicación de gobierno.

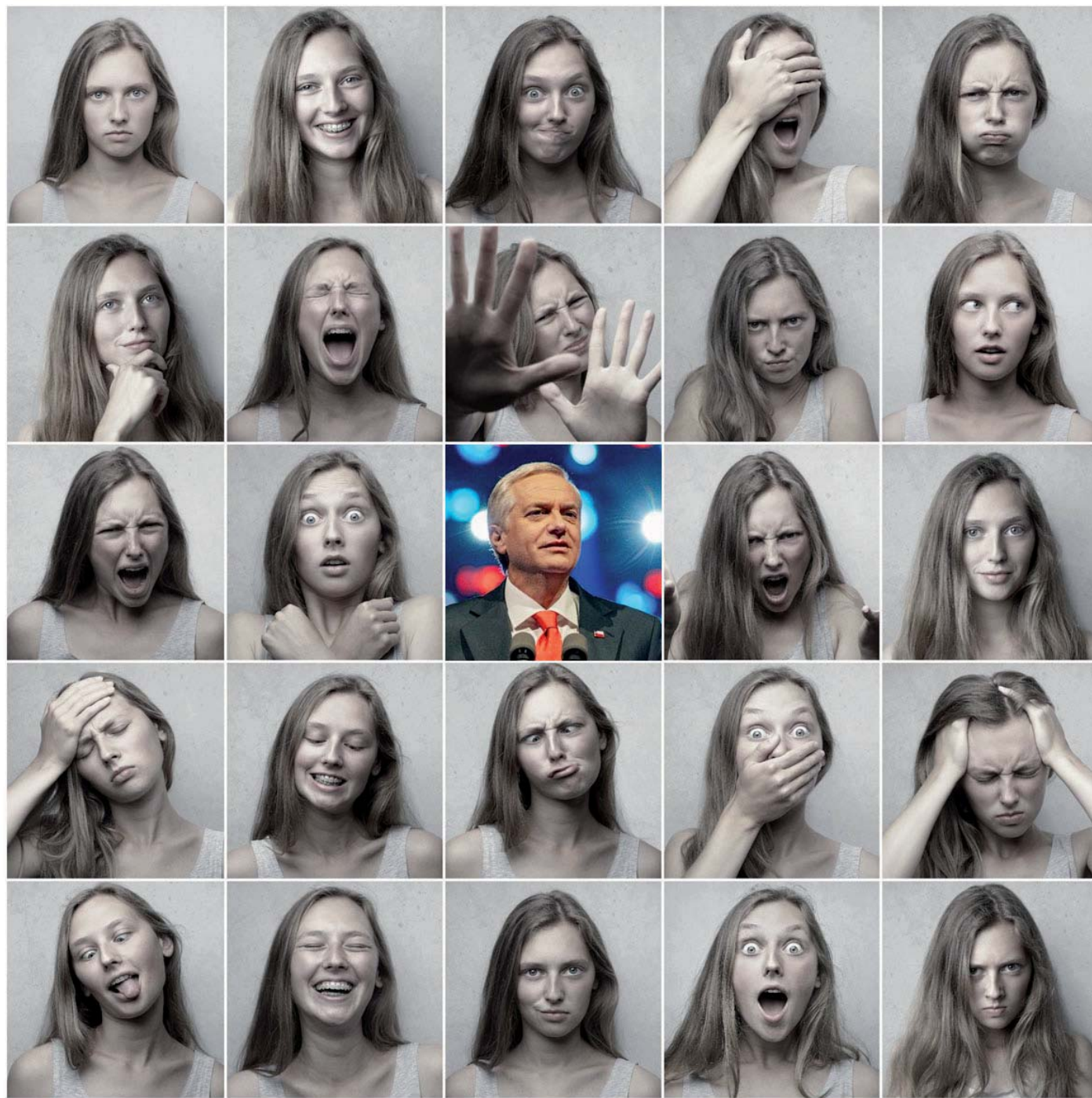
De cara al 2026, renovamos nuestro compromiso con la formación continua y de calidad. Presentaremos la quinta edición del Diploma en Comunicación Política en la Universidad CLAEH, con novedades e incorporaciones que anunciaremos en breve. Asimismo, expandiremos nuestra oferta mediante la colaboración con otras universidades de América Latina y el Caribe con las que venimos trabajando.

Al mismo tiempo, redoblabamos nuestros esfuerzos en el ámbito de la comunicación sindical, un campo esencial en tiempos de precarización laboral y desigualdades crecientes. Con gran entusiasmo, anunciamos que estamos trabajando en el diseño y lanzamiento de un nuevo diplomado latinoamericano en Comunicación Sindical, un programa integral que aspiramos se convierta en un referente para el movimiento sindical en todo el continente.

En otro orden, queremos expresar nuestra profunda preocupación por el deterioro de la calidad democrática en América Latina, tal como lo indican las investigaciones del Latinobarómetro y otras prestigiosas instituciones. En los últimos años hemos asistido al crecimiento sostenido de fuerzas ultraderechistas que promueven agendas que erosionan derechos conquistados, fomentan la polarización, atacan instituciones independientes y cuestionan principios básicos de la democracia pluralista. Este avance se observa en diversos países de la región, donde discursos de odio, negacionismo y autoritarismo disfrazado ganan terreno, amenazando la convivencia y el Estado de derecho.

Desde **Relato**, creemos que la comunicación política responsable tiene un rol crucial en la defensa de la democracia: debe promover el diálogo, desmontar narrativas falsas y fortalecer valores inclusivos. Este contexto nos convoca a todos —académicos, consultores, periodistas y activistas— a redoblar el compromiso con una comunicación al servicio de los derechos humanos y la justicia social.

Finalmente, queremos agradecerles por acompañarnos y ser parte de esta iniciativa, que es por y para ustedes. Les deseamos felices fiestas y lo mejor para el 2026. Que el nuevo año nos encuentre fortalecidos en la defensa de la democracia y en la construcción de una América Latina más justa.



La ingeniería de las emociones: cómo la ultraderecha chilena ganó la batalla afectiva

Cómo la campaña de Kast movilizó emociones, condiciones materiales y estrategias comunicacionales para ganar las elecciones chilenas, ilustrando el giro afectivo de la política contemporánea.



Por Francisco Córdova Echeverría

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

El biólogo, epistemólogo y pensador Humberto Maturana en su libro *Emociones y lenguaje en educación y política* (1990), nos señala que los seres humanos somos, ante todo, seres emocionales, y que la razón opera siempre dentro de un dominio emocional previo. Una de sus tesis centrales es que no hay acción humana sin emoción que la funde, y que la racionalidad no es autónoma ni neutral, sino situada emocionalmente.

Por su parte la socióloga cultural, Eva Illouz, indica que “lejos de ser presociales o preculturales, las emociones son significados culturales y relaciones sociales fusionados de manera inseparable, y es esa fusión lo que les confiere la capacidad de impartir energía a la acción”¹.

Si las emociones son las que inyectan energía a la acción y son fundantes de la racionalidad humana, para movilizar a un electorado hay que movilizar emociones

Si las emociones son las que inyectan energía a la acción y son fundantes de la racionalidad humana, para movilizar a un electorado hay que movilizar emociones.

Chantal Mouffe, filósofa y politóloga belga, en clave populista *laclauniana* indicaba que, para

tener éxito en conformar un movimiento popular, se depende de la capacidad de reconocer la dimensión afectiva en las formas de identificación colectivas, las cuales tienen que estar en “sintonía con las preocupaciones y experiencias personales de la gente”². Cabe decir que este consejo era para una movilización populista por izquierda, pero según parece, la lección sobre la relación entre las emociones y la política la aprendieron de manera más rápida y efectiva las extremas derechas.

Yéndonos más atrás y en clave histórico-político y cultural, Gramsci³ explica que no se consigue la hegemonía solo por las ideas racionales, sino que hay que movilizar pasiones, organizar los afectos y dar forma emocional a una visión de mundo, así “no se hace política-historia sin esta pasión, es decir, sin este vínculo sentimental entre intelectuales y pueblo-nación”. Y es importante que razón y pasión no son contradicciones, sino que hay una articulación en ello: “El error intelectual consiste en creer que se puede saber sin comprender y, sobre todo, sin sentir”.

Tomando todo lo anterior, me interesa poner en relieve la campaña ganadora de José Antonio Kast, el actual presidente electo de Chile, agregando además un elemento que aún no he nombrado, que son los efectos basales de las condiciones materiales de la existencia. Pues se piensa y se siente en función, principalmente, desde dónde se tienen puestos los pies.

Kast, hijo de un inmigrante alemán miembro de la SS del régimen nazi, reconocido pinochetista y ultraconservador, con su equipo de estrategia y comunicación política usando las

1 - Ver en *La salvación del Alma moderna. Terapia, emociones y la cultura de la autoayuda* (2010).

2 - Ver en *El poder de los afectos en política. Hacia una revolución democrática y verde* (2023).

3 - Ver en *Los cuadernos de la cárcel* (1975).



artes luminosas y oscuras⁴ de la comunicación política, logró convencer a más de 7 millones de electores, de los cuales, un gran porcentaje eran parte del electorado recién incorporado con voto obligatorio, cuyas decisiones son de tipo nómada bajo una acción racional utilitarista, es decir, votan según quién considera que resolverá sus propios problemas puntuales, ya sea de derecha, de izquierda o centro. Da lo mismo. Para ellas y ellos el presidente es un producto, y si no cumple lo que indica el envase, prueban otro, hasta conseguir los resultados que desean.

¿Pero cómo logró aquello? Sacando las cuestiones morales y dejando solo la eficacia como deseable, lo que se hizo fue extraer el

máximo provecho a las pasiones tristes de la población chilena en relación a su dimensión material: más dinero en los bolsillos y más protección a sus bienes, trabajo y seguridad. Sí, estoy diciendo que la campaña de la ultraderecha chilena tuvo un fuerte componente -táctico- marxista y gramsciano, en tanto supieron entender que la materialidad y la cultura (en tanto entramado simbólico como diría el gran antropólogo Clifford Geertz) eran los elementos clave en la disputa por el poder, y que, para ello, había de saber interpretar y conducir las emociones de época.

Mientras, las izquierdas desorientadas por la derrota de los socialismos reales, acumularon, llegando la década del 90, luchas identitarias y

4 - Término de cuño propio en el que me refiero al uso de sofismos, de mentiras y medias verdades que se instalan en la discusión pública con alevosía.

étnicas como proyecto político. Ya no eran las condiciones materiales de la población (con el socialismo y el comunismo como horizontes) ni la disputa por los sistemas universales interpretativos de la cultura, sino más bien se conformaron y configuraron en base a las demandas de derechos según las experiencias personales, que se articularon en identidades colectivas descontextualizadas de sus desigualdades históricas, tal como lo denuncia Rita Segato⁵.

Kast, hijo de un inmigrante alemán miembro de la SS del régimen nazi, reconocido pinochetista y ultraconservador, usando las artes luminosas y oscuras de la comunicación política, logró convencer a más de 7 millones de electores

Con las actuales capacidades tecnológicas que ofrecen las redes sociales, las artes oscuras de la comunicación han alcanzado un horizonte de posibilidades del cual aún no conocemos sus límites. La gubernamentalidad algorítmica incita a ciertas conductas de manera silenciosa que se potencian por las

5 - Ver en *La Nación y sus Otros: Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad* (2007).

cámaras de eco y las burbujas digitales, las cuales, en poblaciones con serios problemas de analfabetismo funcional, que además experimentan una alienación brutal, crean la aparición de verdades alternativas a los hechos fácticos. Sí, hablo de la llamada posverdad, cuestión que la campaña de Kast explotó hasta donde le fuese posible.

Por otra parte, sumado a la capacidad de interpretación emocional de la realidad material y al uso oscuro del fenómeno evolutivo de las redes sociales y las inteligencias artificiales (sí, creo que tienen ese nivel de impacto en nuestra especie), Kast instrumentalizó muy bien el macartismo chileno. El anticomunismo en Chile se podría indicar como estructural, influenciado claramente por la cultura y política estadounidense durante décadas. Así, había emociones que explotar y herramientas para ello, también tenían un mono de paja instalado hace décadas y que no ha perdido vigencia.

A lo anterior es necesario sumar el rol de los medios de comunicación en tanto se hicieron de los noticieros unos "delincuenciaros", colaborando de ese modo a que Chile, siendo uno de los países más seguros de Latinoamérica, tenga cifras que indican que somos la población más aterrorizada de todas⁶.

Kast con todos estos elementos polarizó la sociedad siguiendo la receta de Carl Schmitt: hacer de lo política una distinción de amigo/enemigo, llevarla a un plano sustancial de una identidad homogeneizante y pura ("los chilenos de verdad"), incorporar un orden moral religioso conservador y convencer de que hubo un pasado glorioso el cual se perdió

6 - Ver nota <https://www.bbc.com/mundo/articulos/cq19766ykw5o>



por culpa del enemigo existencial, que en nuestro caso son los inmigrantes ilegales, los comunistas⁷ y los “violentistas”, siendo estos últimos los que salen en las protestas.

Esta estrategia rompió con la espiral del silencio⁸ de los grupos de extrema derecha, que ya venían normalizándose socialmente en los medios de comunicación y redes sociales (vía streaming) con ayuda de sectores aún más radicales de derechas. Me refiero al excandidato Johannes Kaiser, hermano del referente teórico de extremas derechas, Axel Kaiser. Así, banderas de Pinochet salieron a las calles sin pudor, es más, lo hicieron con toda la fuerza sin encontrar resistencia alguna en los espacios de mediación. El fascismo criollo pinochetista encontró un proyecto político que le daba espacio y posibilidad de retorno al poder, ahora por la vía democrática.

El anticomunismo en Chile se podría indicar como estructural, influenciado claramente por la cultura y política estadounidense durante décadas

7 - El uso del término comunista no habla específicamente de un militante comunista, sino que es usado como una generalización, en donde cabe cualquier persona que demande derechos económicos, políticos o sociales.
8 - Teoría de la comunicación que explica cómo el miedo al aislamiento social hace que las personas oculten sus opiniones minoritarias, reforzando la percepción de que la opinión mayoritaria es aún más dominante, creando un ciclo donde las voces disidentes se silencian progresivamente. Desarrollada por la politóloga alemana Elizabeth Noelle-Neumann, se basa en que la gente evalúa constantemente el “clima de opinión” y teme ser rechazada por pensar diferente, incluso si numéricamente son mayoría.

Una vez ganadas las elecciones con una amplia diferencia de dos dígitos, las expectativas sobre el discurso triunfal permitían proyectar dos grandes posibilidades: la radicalización (a lo Milei) o a una postura más moderada que apunte a la imagen de un “estadista”, es decir, alguien que está por sobre el bien y el mal, alguien que ha superado las pasiones y se convierte en el presidente de todos los chilenos y chilenas. Y escogió esta última opción.

El discurso de Kast fue más convocante de lo que se esperaba: reconoció y legitimó a su contendora comunista y acalló las pifias cuando la nombró, llamando al respeto por la diversidad y en especial por lo que será su oposición. Hizo varios guiños a construir coalición amplia de derecha (ya veremos en su primer gabinete), bajó la conflictividad de los discursos de campaña e incluso puso paños fríos a las expectativas de sus promesas, apelando a un realismo político, acabando con el pensamiento mágico que vistió prácticamente todo su discurso a la fecha.

Kast fue así capaz de moverse entre la instrumentalización de la emocionalidad exacerbada estratégicamente y la racionalización de aquel encuadre una vez siendo realidad su presidencia.

Sin duda el triunfo de Kast no solo se explica por la estrategia de campaña, hay más elementos como la responsabilidad del gobierno por sus propios errores, los vientos a favor del auge y fortalecimiento de las extremas derechas en parte de occidente y por un país que tiene aproximadamente 5 millones de electores que si pudieran no votarían y que al ser incorporados obligatoriamente a la

“fiesta de la democracia”, hacen de su voto más una evaluación del gobierno que sale, que un apoyo al proyecto que entra.

La victoria de José Antonio Kast no puede entenderse únicamente como un resultado de la coyuntura política, sino como un ejercicio sofisticado de ingeniería emocional y cultural. Al articular el malestar material con narrativas identitarias puristas y explotar las herramientas de la comunicación digital, su campaña logró convertir el descontento en un proyecto hegemónico que resurge desde las bases afectivas de la sociedad. Esto confirma que, en la política contemporánea, quien interpreta y moviliza las emociones colectivas —sin descuidar el sustrato material de la existencia— define en gran medida el rumbo de la contienda.

Finalmente, el caso chileno revela una paradoja aleccionadora: mientras las izquierdas se fragmentaban en luchas identitarias desconectadas de lo material, la ultraderecha recuperaba la gramática emocional y la disputa por el sentido común, actualizando viejos fantasmas como el anticomunismo y la nostalgia autoritaria. Kast demostró que se puede transitar de la exaltación pasional a la racionalización institucional una vez alcanzado el poder, pero queda en evidencia que la democracia se juega, cada vez más, en el terreno de los afectos y los relatos que los canalizan.



Francisco Córdova Echeverría (Chile) es magíster en dirección y liderazgo para la gestión educativa. Diplomado en Filosofía, Sociedad y Cultura. Cirujano Dentista de la Universidad de Concepción. Actualmente estudiante de Ciencia Política y Sociología en la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Ayudante en cátedras de Comunicación Política en facultades de Ciencia Política y Comunicación Social. Ha sido dirigente social y político en Chile.

X: @FCordovaE | Ig: @CordovaEstrategia



Foto: Facebook José Antonio Kast

Chile y la consolidación de un nuevo ciclo político

El 14 de diciembre tuvo lugar la segunda vuelta presidencial en Chile. Los resultados son claros y nada sorprendentes, el candidato José Antonio Kast, del Partido Republicano (PR) se impuso con un aplastante 58% de los votos, contra un 42% de la candidata oficialista Jeannette Jara, del Partido Comunista (PCCh).



Por Jamadier Esteban Uribe Muñoz

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

Habrà que decir, en todo caso, que la candidata comunista obtuvo 597.213 votos más que Gabriel Boric en la segunda vuelta de 2021, cuando este fue electo Presidente contra el mismo Kast, aunque esa elección fue con voto voluntario. Sin embargo, también obtuvo 359.341 votos más que la opción Apruebo –que sí fue con voto obligatorio– en el histórico plebiscito de 2022, donde la ciudadanía rechazó el Proyecto Constitucional con el 62% de los sufragios y que aparece en la historia reciente como el último antecedente relevante en la disputa derecha-izquierda en el país.

Difícilmente se le puede achacar la derrota a Jara, ya que ha sido la opción que más votos ha aglutinado en la historia de ese amplio y heterogéneo sector político, hoy llamado progresismo

Por lo anterior, difícilmente se le puede achacar la derrota a la candidata, toda vez que ha sido la opción que más votos ha aglutinado en la historia de ese amplio y heterogéneo sector político, hoy llamado progresismo.

Las lecturas al respecto pueden ser tan variadas como interesantes, pero nosotros nos

abocaremos a entregar algunos antecedentes históricos, para comprender cómo el escenario político nacional ha mutado radicalmente, a raíz de la disposición de sus actores.

Hasta hace no muchos años, los actores presentes en el escenario político habían sido aquellos legados por el pacto transicional que gobernó Chile en clave binominal, hasta entrada la primera década del siglo XXI. Por una parte, estaba la Concertación, articulada por sus dos grandes partidos: la Democracia Cristiana (PDC) y el Partido Socialista (PS), en alianza con el Partido Por la Democracia (PPD) y el Partido Radical Socialdemócrata (PRSD). Por la otra, la derecha heredera del régimen de Pinochet, nucleada en torno a la Unión Demócrata Independiente (UDI) y Renovación Nacional (RN)¹. Los dos grandes actores del Chile de los años 90, a los que se debe sumar la entonces conocida como izquierda extraparlamentaria, cuyo principal referente fue el Partido Comunista de Chile (PCCh).

Estos fueron los años del consenso neoliberal y la legitimación ideológica de los cambios en el patrón de acumulación producido por las reformas de la dictadura. Tras la derrota de la estrategia insurreccional contra el régimen del general Pinochet, encabezada por la izquierda (PCCh y PS) y el viraje masivo del Partido Socialista hacia una alianza con la Democracia Cristiana y su apuesta por la transición pactada, el movimiento popular –que articulaba movimientos de pobladores, estudiantes y sindicatos– quedó fuera de escena.

1 - Habrá que constatar, en todo caso, que este esquema contempla solo a las principales fuerzas políticas del periodo, pues ambos pactos en su origen tuvieron a varios partidos de menor tamaño que, o bien fueron absorbidos, como el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), en el caso de la Concertación, o Democracia Radical, en el caso de la derecha; o bien tomaron un camino propio, como el Partido Humanista, que originalmente estuvo dentro de la Concertación para luego aliarse con el Partido Comunista.

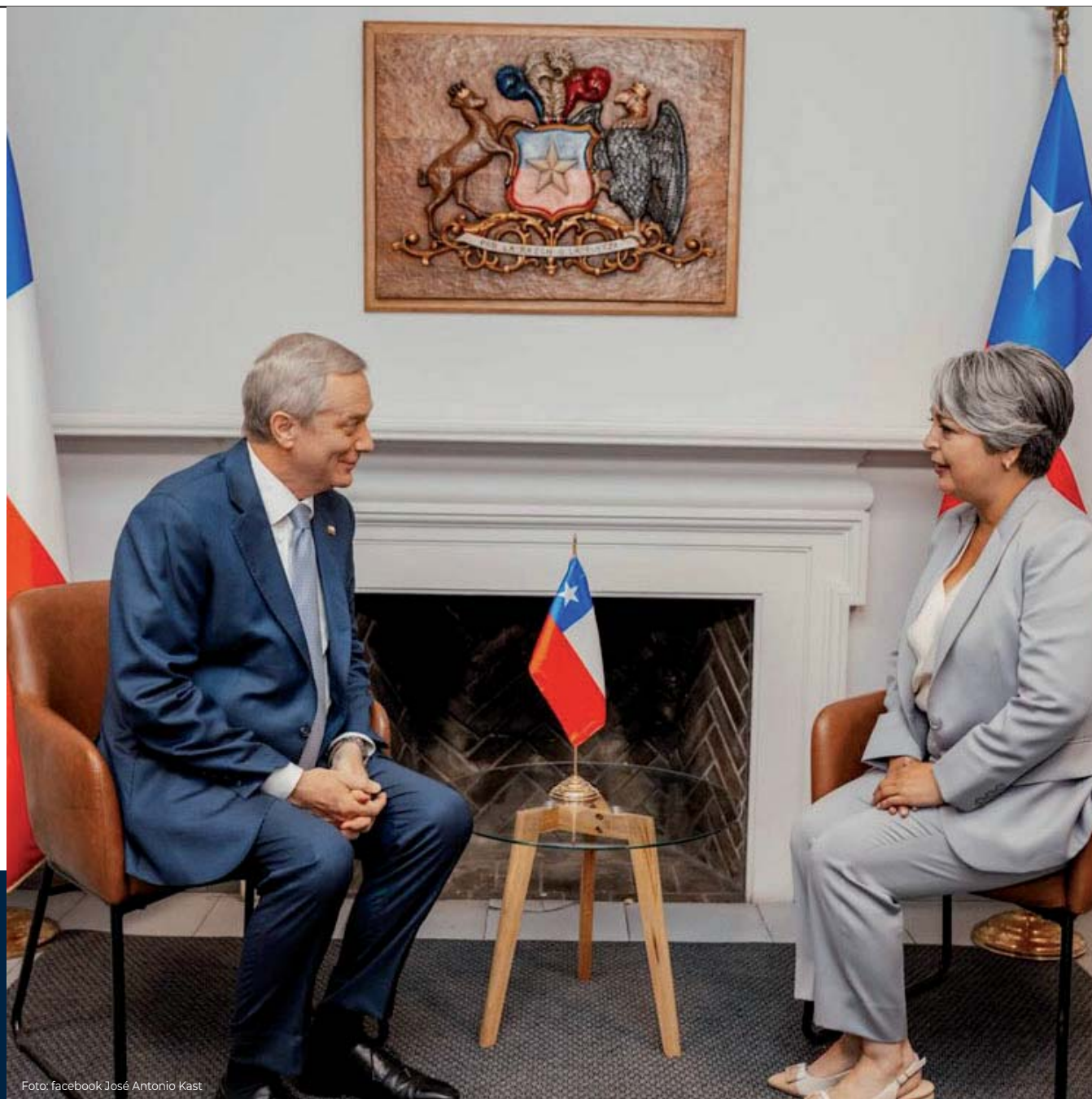


Foto: facebook José Antonio Kast

Los actores dominantes ya referidos centraron su disputa en torno a las violaciones a los Derechos Humanos durante la última dictadura, mientras se profundizaba el modelo heredado por la misma: privatización del agua, de los nuevos yacimientos de cobre, desmantelamiento de la educación pública y un largo etcétera en un escenario general de acumulación por desposesión, iniciado cuando los *Chicago Boys* asumieron la dirección de la economía nacional en 1975.

La primera gran crisis del pacto transicional tuvo lugar en 2006. Fue una crisis cuyos antecedentes lógicos están en las políticas de desposesión de la dictadura, pero fue hija legítima del pacto transicional, en circuns-

tancias que no fueron los históricos movimientos de pobladores, ni sindicales, los que la protagonizaron; sino estudiantes secundarios del sistema público, nacidos en democracia, criados en democracia y abandonados por la democracia. El liderazgo lo tomaron en aquel entonces el Partido Comunista y el Partido Socialista, mediante las orgánicas del movimiento estudiantil.

La eficacia de las movilizaciones fue considerable. Su principal medida de presión fueron las tomas y las marchas, logrando un amplio apoyo de la ciudadanía, pero además hiriendo de muerte a la retórica del progreso que legitimó al duopolio político de la transición pactada. De ahí en más, los

reclamos ciudadanos tomaron fuerza en distintos ámbitos y la fantasía del desarrollo se alejó cada vez más de la gente.

Los estudiantes y el gobierno de Michelle Bachelet llegaron a un acuerdo en 2006, pero en 2008 ese acuerdo fue negociado con la derecha, alcanzando un consenso general entre los partidos de la transición, en resguardo y defensa del modelo. No fue este el único caso, pero sí el más paradigmático. El pacto transicional protegió el patrón de acumulación, aun a costa de sí mismo, mostrando el contenido de clase de la democracia.

Con la Concertación fuera del poder, se terminó la necesidad de sus partidos de cooptar la movilización social y tuvo lugar un nuevo ciclo de protestas, con los estudiantes universitarios como protagonistas

El país volvió a vivir fuertes movilizaciones y los partidos de gobierno enfrentaron las primeras escisiones relevantes. El Partido Socialista sufrió la fractura más grande y de sus filas salió el MAS, encabezado por el

latinoamericanista Alejandro Navarro; el Partido Socialista Allendista, encabezado por Jorge Arrate, que terminó siendo candidato por el Partido Comunista; y el PRO, liderado por Marco Enríquez-Ominami, que también fue como candidato presidencial irrumpiendo con un 20% de las preferencias, al que hay que sumar el 6% obtenido por Arrate. Un fraccionamiento y pérdida de control sobre los actores, que terminó por entregarle el gobierno a la derecha en 2010. Fue este el primer reordenamiento de partidos, aunque los núcleos de influencia los conservó la vieja guardia transicional.

Por primera vez desde 1990, el gobierno nacional había cambiado de signo y ahora era presidido por un partido (RN) que formó parte del régimen militar, con el multimillonario Sebastián Piñera a la cabeza. Con la Concertación fuera del poder, se terminó la necesidad de sus partidos de cooptar la movilización social y tuvo lugar un nuevo ciclo de protestas, con los estudiantes universitarios como protagonistas, aunque los secundarios se plegaron con tanta fuerza como en 2006.

A pesar de que el Partido Socialista ya no tenía compromisos de gobierno, el desgaste de sus vínculos orgánicos con el movimiento popular fue tal, que no pudo asumir la dirección de las movilizaciones (como en 2006) y emergieron con fuerza desde la arena social el fénix comunista y una serie de orgánicas estudiantiles que fueron la prefiguración del actual Frente Amplio, principalmente la Izquierda Autónoma (IA), de la que se desprendió el Movimiento



Autonomista (MA) y la Nueva Acción Universitaria (NAU), que evolucionaría como Revolución Democrática (RD).

Fueron los años del “no al lucro” y el derrumbe de la legitimidad ideológica del neoliberalismo –que permite hacer negocios con las necesidades básicas de la población– fraguada en la década de 1990. La victoria a nivel cultural de la joven izquierda fue innegable, pero no tuvo la fuerza para traducirse en la construcción de un nuevo referente político, aunque sí para forzar la ampliación del arco de alianza de la Concertación y sumar al Partido Comunista y a Revolución Democrática a un nuevo pacto de gobierno: la Nueva Mayoría, que se impuso con un 62% de las preferencias en 2013, abriendo el segundo periodo de Michelle Bachelet.

El gobierno de la Nueva Mayoría no pudo pasar a la historia de otra manera que como un gobierno confuso y contradictorio. El Partido Socialista retomó el control del Gobierno con las banderas levantadas por los movimientos sociales y sumó a su expresión orgánica más importante: el Partido Comunista. Pero una vez en La Moneda, los movimientos sociales pasaron de ser una fuerza con la cual gobernar, a un problema que administrar, sobre todo el movimiento popular. Fue un gobierno de reformas para el movimiento popular, sin el movimiento popular.

De esas reformas, la más importante para lo que nos convoca fue la Reforma Constitucional que reemplazó el Sistema Binominal por el Sistema Proporcional en las elecciones

parlamentarias, abriendo el espacio para un nuevo reordenamiento de partidos en las elecciones de 2017, con el ingreso de veinte diputados y diputadas del Frente Amplio y ocho comunistas. A pesar de que ese año la presidencial la volvió a ganar la derecha y que el pacto de la derecha transicional (Chile Vamos) obtuvo la mayor cantidad de escaños, el mapa político ya era definitivamente otro, había irrumpido la izquierda que por años encabezó la movilización social.

La parlamentarización del Frente Amplio y la enorme demanda burocrática que significó para las orgánicas, hizo que el grueso de sus mejores cuadros abandonara la sociedad civil para pasar a la política institucional

Esta nueva configuración, que reeditó los tres tercios del parlamento pre 1973, que integraba a la izquierda al parlamento, junto al centro político (Concertación) y la derecha transicional (UDI-RN), debió haber traído una mayor gobernabilidad al país, toda vez que la expresión política que encabezaba la movilización social ahora tenía representación parlamentaria. Sin embargo, sucedió lo contrario. La parlamentarización del Frente

Amplio y la enorme demanda burocrática que significó para las orgánicas, hizo que el grueso de sus mejores cuadros abandonara la sociedad civil para pasar a la política institucional, dejando sin dirección al movimiento popular.

La primera muestra de esta deriva fue el conocido Mayo Feminista de 2018, que tuvo como epicentro nuevamente a las universidades, cuya fisionomía fue la antesala del conocido Estallido Social de 2019: sensación de un malestar generalizado, sin demandas específicas, ni liderazgos claros, a los que los partidos de izquierda se sumaron como vagón de cola, no como la vanguardia que habían sido en el ciclo de protestas iniciado en 2006 y continuado en 2011.

El Estallido Social de 2019 no logró tener una canalización institucional, prueba de ello es el acuerdo de noviembre del mismo año, donde todo el espectro político firmó una salida pactada al conflicto sin ninguno de los actores sociales que protagonizaron el conflicto. Lo anterior se vio agravado por la creciente desvinculación de la sociedad civil con los procesos electorales, que generó una burbuja ideológica que terminó por revelar no solo la desvinculación que se produjo entre el movimiento popular y la izquierda tras 2017, sino la desvinculación de la izquierda con el mundo popular, que es mucho más amplio que el movimiento popular.

Ese mismo año, ante lo que se leyó como una “izquierdización” del país que estaba arrastrando a la derecha transicional, se provocó la primera escisión significativa de la derecha,



Foto: Facebook José Antonio Kast

que dio origen al Partido Republicano, que se anidó culturalmente en los segmentos más conservadores del país que se sentían traicionados por la derecha transicional.

El eco de las protestas de 2019 alcanzó para un aplastante triunfo a favor de una nueva constitución (78%) en 2020, para una derrota bochornosa de la derecha en la Convención Constitucional donde apenas alcanzó un 23% de los escaños en 2021 y para la victoria de Gabriel Boric, también en 2021, con un 56%. Sin embargo, en 2020 la participación fue de solo un 51%, en la elección de convencionales fue de un 43% y para la presidencial de un 56%.

Este último proceso electoral fue clave en la reconfiguración del mapa político, pues fue la primera elección donde resultaron derrotados todos los partidos de la política transicional. La derecha llegó a la segunda vuelta liderada por el Partido Republicano y la otrora Concertación se cuadró tras el Frente Amplio y el Partido Comunista: el movimiento hacia el centro transitó hacia los extremos del escenario rápidamente ante la coyuntura electoral.

Al inicio del gobierno del Frente Amplio, que coincidió con el grueso del funcionamiento de la Convención Constitucional, la reacción de la derecha liderada por el

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

Partido Republicano fue enérgica; la censura discursiva que había impuesto el progresismo para blindar los valores “woke” fue rota a la fuerza por grupos de ultraderecha dedicados a ampliar el margen de lo “decible” en el discurso público, que reivindicaron retóricamente lo más despiadado del reaccionarismo pinochetista y revelaron el distanciamiento progresista de los discursos universalistas y de clase.

El sinceramiento del escenario vendría en 2022, con el plebiscito para aprobar o rechazar el Proyecto Constitucional: la primera elección con voto obligatorio. La ciudadanía se inclinó en un 62% por la opción Rechazo, reflejando dos cosas, primero, la burbuja ya señalada que encapsuló a la izquierda en discursos identitarios, tras abandonar la dirección de las movilizaciones sociales en 2017 y, segundo, que la derecha radical logró un arraigo profundo en el sentido común de la población.

El gobierno del Frente Amplio y el Partido Comunista, que tempranamente sumó al Partido Socialista y al Partido Por la Democracia –aislando hasta su casi desaparición a la Democracia Cristiana– vivió una larga agonía tras la derrota constitucional y el crecimiento del Partido Republicano, que al verse con posibilidades de gobernar suavizó su discurso, generó la escisión de su ala más extrema que formó el Partido Nacional Libertario en 2024.

Fue así como se llegó a esta última elección presidencial. La antigua Concertación, sin la Democracia Cristiana, fue a una primaria junto a la otrora izquierda extraparlamentaria, donde venció el Partido Comunista con una amplia mayoría. Por la vereda del frente estuvo la derecha en tres facciones, que confluyeron en una segunda vuelta bajo el liderazgo del Partido Republicano, con un partido de extrema derecha (PNL) que irrumpió con el 14%, superando los partidos de la derecha transicional que obtuvieron solo un 12%.

De esta manera se ha reconfigurado el mapa político nacional, dejando atrás a los partidos del pacto de transición, que se han visto forzados a redefinir alianzas con tal de sobrevivir entre una convulsa sociedad civil. Sin embargo, hay que tener cuidado, el hecho de que los principales actores políticos hoy sean la antigua izquierda extraparlamentaria y la nueva derecha radical, no acusa tanto la polarización política, como la derechización de todo el escenario, donde los actores de izquierda reivindican las ideas del antiguo centro político, que hoy se corrió a la derecha transicional: la verdad del 42% del Partido Comunista, es la derechización de todo el espectro, pero es materia de otro artículo.



Jamadier Esteban Uribe Muñoz (Chile) es psicólogo y analista político, Dr. en Psicología por la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso y Dr. en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, con formación de posgrado en Guerra Psicológica. Actualmente se desempeña como docente en la Universidad de Los Lagos. Autor de diversos artículos académicos y de los libros *Identidad, Enajenación y Cultura* (2021) y *Dialécticas de la identidad* (2026).

e-mail: jaes.urmu@gmail.com | X: @jamadieruribe



¿Recalibrando un nuevo paisaje político chileno para el siglo XXI?

*“El país en que crecimos ya se fue”
Candelabro, “Pecado”*



Por Vicente Inostroza Sánchez

Luego del estallido social de 2019, la instalación del voto obligatorio y conocido el resultado electoral de las últimas presidenciales, Chile reconfiguró su paisaje político: persiste el eje izquierda-derecha, pero emerge un clivaje institucional-disruptivo (centro proestablishment vs. periferia antiélite). El mapa electoral se fragmenta territorialmente en un realineamiento que aún está en curso.

El estallido como catalizador social y el voto obligatorio como acelerador político

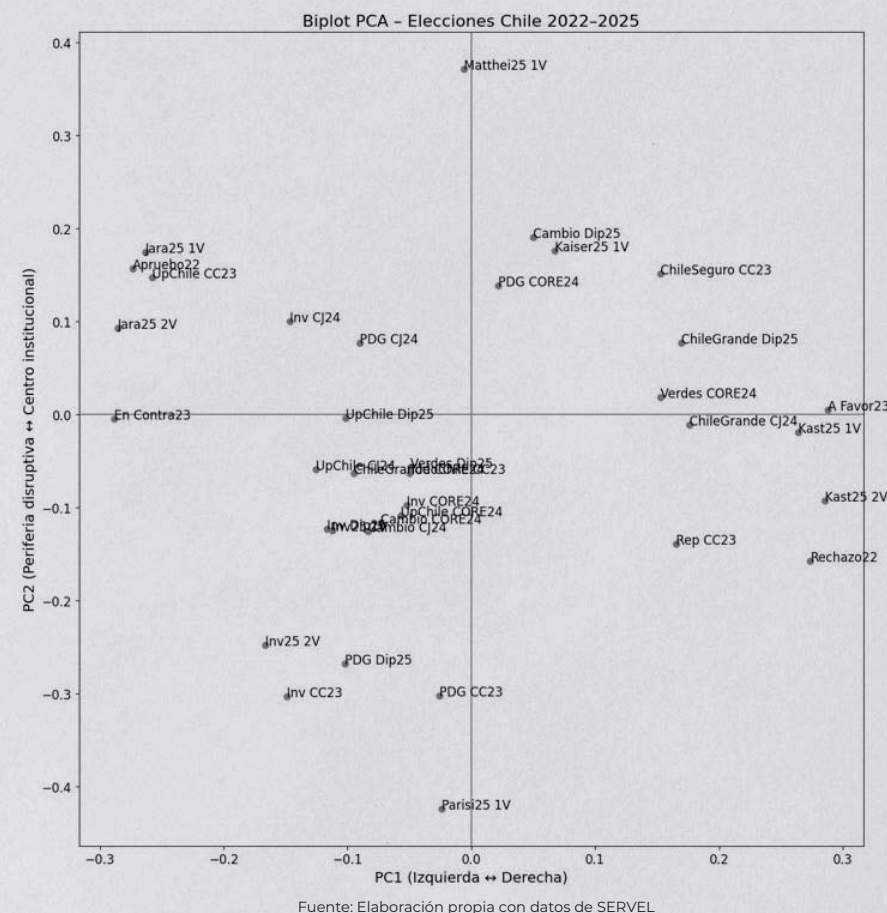
El estallido social de 2019 no solo sacudió a la sociedad chilena, sino que también remeció los cimientos de su institucionalidad política. Fue la expresión visible de un malestar acumulado desde la transición a la democracia y profundizado a lo largo de las primeras décadas del siglo XXI bajo el proceso de modernización económica neoliberal. Como respuesta a esa crisis, la élite política articuló el Acuerdo por la Paz y la Nueva Constitución, abriendo un ciclo institucional inédito. Seis años después, el balance es ambivalente: dos procesos constitucionales fallidos y una sucesión vertiginosa de elecciones que, lejos de aquietar el conflicto en un “nuevo pacto social”, han contribuido a una mayor polarización de la sociedad y al endurecimiento del discurso político, tal como lo advierten los indicadores de Varieties of Democracy (V-Dem).

Sin embargo, de ese acuerdo surgió un cambio de largo alcance: el retorno del voto

obligatorio, ahora con inscripción automática. Este giro institucional transformó las urnas en un canal privilegiado para procesar el malestar social, reordenando las coordenadas del poder político a partir de ejes tanto clásicos como emergentes. Los plebiscitos de salida de los procesos constitucionales (rechazados en 2022 y 2023) cristalizaron dos momentos clave de este reordenamiento, expresados en los clivajes “Apruebo-Rechazo” y “A Favor-En Contra”, que reubicaron a partidos y electorados en el espacio político. Siguiendo la conocida analogía de Chile como país telúrico (Morales & Navia, 2010; Morales et al., 2017), el estallido operó como un verdadero terremoto social, mientras que el contundente triunfo del Rechazo funcionó como un tsunami electoral.

A partir de este doble movimiento social y político-institucional, surge una pregunta central: ¿estamos frente a la configuración de un nuevo paisaje político en Chile? Mi argumento va más allá de interpretar estas elecciones como clivajes aislados. Sostengo que lo que está en juego es una reestructuración más profunda, anclada en transformaciones sociales que se venían gestando desde comienzos del siglo XXI. El eje izquierda-derecha continúa explicando una parte relevante de las preferencias electorales, articulando posiciones entre la expansión de derechos sociales y la primacía del mercado. No obstante, en un contexto de creciente secularización y de desafección hacia las instituciones políticas, el clásico eje liberal-conservador pierde centralidad. En su lugar, comienza a perfilarse un clivaje centro-periferia, que enfrenta a sectores

Figura 1. Preferencias electorales en las fisuras ideológicas y (anti)establishment en Chile, 2022-2025



altamente institucionalizados y politizados (en clases media-altas y profesionalizadas) con territorios periféricos, urbanos y rurales, marcados por trayectorias electorales pendulares y una creciente desafección respecto de los partidos tradicionales.

Los clivajes políticos chilenos

Primero que todo, ¿qué es un clivaje, tan en boga tras el triunfo presidencial de Kast? Es una fractura social profunda, de origen histórico, que estructura identidades colectivas estables y, a partir de ellas, ordena la competencia política y los sistemas de partidos (Lipset y Rokkan, 2009). Tal como muestra

Scully (1992) y Valenzuela (1999), el sistema de partidos se ordenó tempranamente en el siglo XIX en torno al eje liberal-conservador. Con el proceso de urbanización e industrialización del siglo XX, ese eje perdió centralidad frente al clivaje capital-trabajo, que dio lugar al ordenamiento izquierda-derecha y estructuró la política desde las clases urbanas hacia el mundo rural, reconfigurando alianzas y electorados. Entre reformas sociales y neoliberales posterior a la vuelta de la democracia, este eje se fue configurando a sujetos de derecho de consumo y de derechos sociales (Araujo & Martuccelli, 2012; Moulian, 2014).

Tras el quiebre de 1973 y la transición, emergió el debate sobre si el eje autoritarismo—

democracia constituía un nuevo clivaje tras el triunfo del “No” en el plebiscito de 1988. Por un lado, dicho plebiscito dejó una fisura generativa capaz de reemplazar los clivajes históricos (Tironi & Agüero, 1999; Tironi, 2001), por otro lado, se argumentaba que esta división era contingente y no reemplazaba una ruptura sociohistórica comparable a las de clase o religión (Valenzuela, 1999; Bargsted & Somma, 2016).

Tras el estallido social, la discusión se ha desplazado hacia un nuevo clivaje Apruebo-Rechazo, asociado al proceso constitucional. Similar a la discusión a finales de los 90, algunos autores han sugerido que este eje explica mejor el mapa político actual que la dicotomía Sí-No de 1988 (Altman, 2025; Bellolio, 2025). Mientras tanto, otros autores han mencionado que los recientes resultados electorales han reactivado clivajes históricos (como la clase, religión y ruralidad) (Morales & Pérez-Cosgaya, 2025) y otros emergentes en clave populista (pueblo vs élite) (Castillo, 2025; Meléndez, 2025) o de acumulación de males que aún no se han cristalizado (Alenda, 2025). ¿Será realmente así cuando analicemos las elecciones, bajo voto obligatorio, entre 2022 y 2025?

Redibujando un nuevo mapa electoral

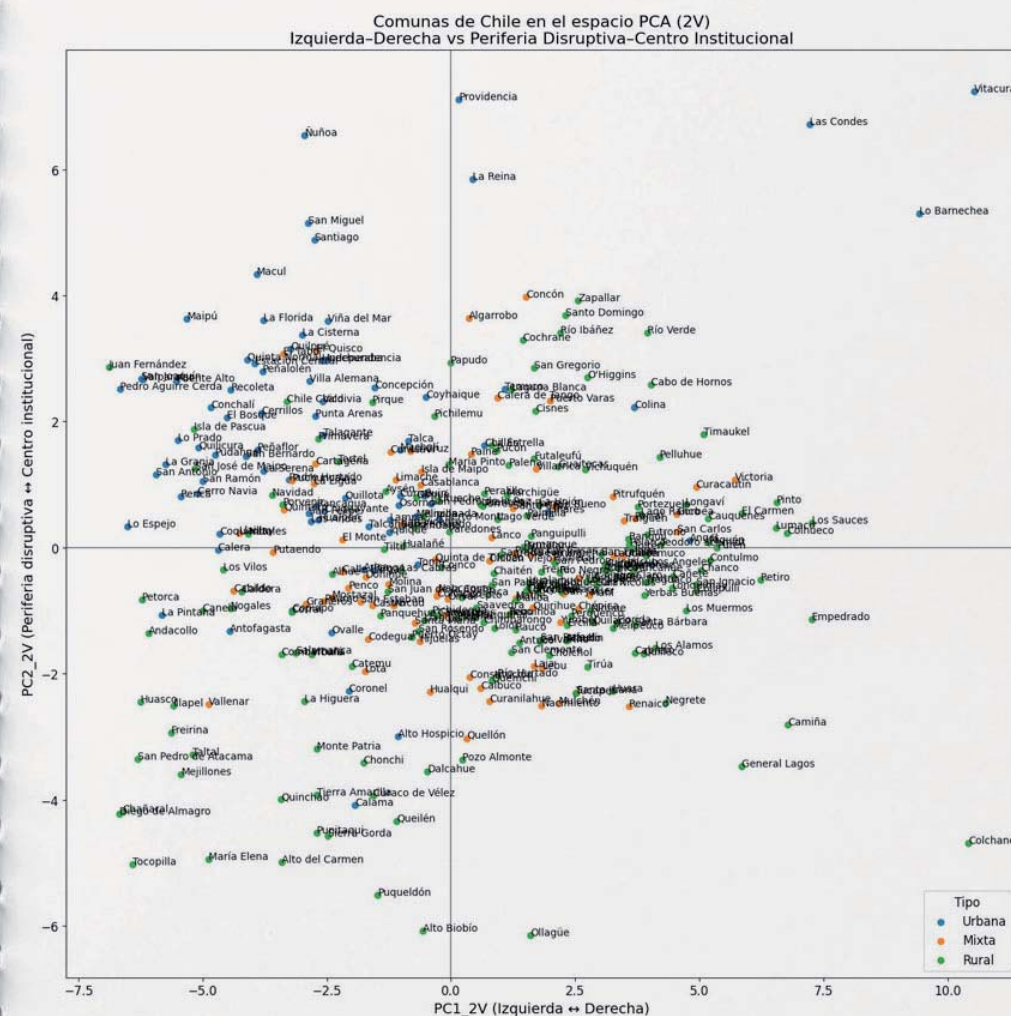
Mediante una metodología de análisis de clústeres basada en un análisis de componentes principales (PCA, por sus siglas en inglés), se incorporaron todas las elecciones relevantes realizadas bajo voto obligatorio, incluyendo los plebiscitos constitucionales

de 2022 y 2023, la elección de consejeros constitucionales de 2023, las elecciones subnacionales de 2024, así como las elecciones legislativas y presidenciales de 2025, tanto en primera como en segunda vuelta. Los resultados identifican dos dimensiones principales que tienden a ordenar las preferencias electorales. No obstante, estas dimensiones explican en conjunto menos del 44% de la varianza total, lo que sugiere que el electorado chileno se encuentra aún en un proceso de realineamiento, sin que exista una estructura plenamente estabilizada de clivajes.

Tal como se observa en la figura 1, las preferencias electorales en Chile se organizan en torno a dos clivajes o fisuras principales. El primero y más relevante corresponde al eje izquierda-derecha, el cual explica cerca del 31% de la varianza total y continúa estructurando de manera significativa el paisaje político chileno. En este eje, las distintas opciones del oficialismo se ubican mayoritariamente hacia la izquierda, mientras que las fuerzas de oposición más radicales concentran la orientación hacia la derecha. Si bien algunos autores han sostenido que el plebiscito constitucional de 2022 habría dado origen a un nuevo clivaje, al considerar el conjunto de elecciones posteriores se observa más bien un reordenamiento y realineamiento de este eje clásico, vigente en la política chilena al menos desde la Constitución de 1925.

Por su parte, la segunda división identificada no corresponde propiamente a los clivajes clásicos liberal-conservador ni democracia-autoritarismo, aunque ciertos elementos de

Figura 2. Comunas de Chile en el espacio político chileno, 2022-2025



Fuente: Elaboración propia con datos de SERVEL

ambos se entrelazan con el eje izquierda-derecha en torno a valores materiales y posmateriales. Este segundo eje, que explica alrededor del 12% de la varianza a nivel comunal, puede interpretarse como una dimensión institucional-disruptiva. En un extremo se ubican posiciones claramente proestablishment, asociadas a una mayor adhesión al sistema político tradicional y a liderazgos con fuerte anclaje institucional, como el caso de Evelyn Matthei.

En el extremo opuesto se concentran preferencias de carácter antiestablishment o disruptivo, representadas por la votación de Franco Parisi y del Partido de la Gente. De manera relevante, esta orientación también

se vincula con una mayor incidencia del voto inválido (nulo o en blanco) en elecciones clave, como la de consejeros constitucionales de 2023 y la segunda vuelta presidencial de 2025, lo que sugiere una expresión electoral de desafección y distancia respecto del sistema político formal. Si Matthei puede reflejar un centro más político y tradicional, Parisi representa un centro apolítico y antiélite, algo inédito en la historia política chilena en base a los partidos de centro del siglo XX (ya sea pragmático o ideológico) (Scully, 1992).

En el eje principal, tal como se aprecia en la figura 2, el clivaje izquierda-derecha presenta una distribución comunal heterogénea, en la que se combinan territorios urbanos y

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

rurales en ambos polos del eje ideológico. Comunas social y territorialmente muy distintas, como San Pedro de Atacama y Maipú, se ubican hacia la izquierda, del mismo modo que otras igualmente disímiles, como Colchane y Vitacura, se alinean hacia la derecha. Esto sugiere que el eje izquierda-derecha no responde de manera mecánica a la dicotomía urbano-rural, sino que atraviesa configuraciones territoriales diversas. El país aparece fragmentado en bloques territoriales diferenciados: posiciones más cercanas a la izquierda se concentran en comunas insulares, del norte chico y en amplios sectores del espacio metropolitano, mientras que las orientaciones hacia la derecha predominan en el norte fronterizo, en comunas urbanas de altos ingresos y en extensas zonas del centro-sur del país (ver figura 3).

No obstante, el segundo eje de carácter populista o antielitista presenta una fuerte asociación con la estructura centralista del país. En las posiciones más claramente proestablishment, como se observa en la figura 2, se concentran las comunas del cono nororiental de Santiago, tradicionalmente identificadas como parte de la élite político-urbana, ya sea de izquierda progresista (como Ñuñoa) o de derecha conservadora (Vitacura, por ejemplo) (Bro, 2023).

En contraste, el polo antiestablishment o disruptivo agrupa principalmente comunas rurales o mixtas del norte, del centro-sur y del archipiélago de Chiloé, así como ciertas comunas urbanas periféricas (Alto Hospicio o La Pintana) caracterizadas por mayores

niveles de precariedad socioeconómica y distancia respecto del centro político-institucional. Tal como señala Bro (2025), desde el plebiscito constitucional de 2022 se ha profundizado una brecha político-ideológica entre lo urbano y lo rural, estrechamente vinculada a una percepción persistente de abandono por parte de las élites urbanas. En este sentido, la figura 4 muestra que este segundo eje exhibe una marcada polarización territorial, a diferencia del eje izquierda-derecha, que tiende a fragmentar el territorio nacional de forma más transversal y que, con algunas excepciones, opone al centro territorial de la política (encarnado en comunas urbanas de ingresos medios y altos) con periferias regionales históricamente desplazadas por el centralismo chileno.

¿Un nuevo paisaje político chileno para el siglo XXI?

La evidencia territorial sugiere que no estamos frente a un único clivaje nuevo, ni ante una simple sustitución del eje autoritarismo-democracia o izquierda-derecha por la dicotomía Apruebo-Rechazo. Más bien, el período abierto tras el estallido social y la reintroducción del voto obligatorio muestra un paisaje político en reconfiguración, marcado por la superposición de fracturas históricas y emergentes. El Apruebo-Rechazo debe leerse de forma complementaria al resto de las elecciones realizadas entre 2022 y 2025, como una fotografía intensa de un momento crítico, pero no como la realineación completa del sistema político.

Figura 3. Clivaje "izquierda-derecha" entre las elecciones 2022 y 2025 en Chile.

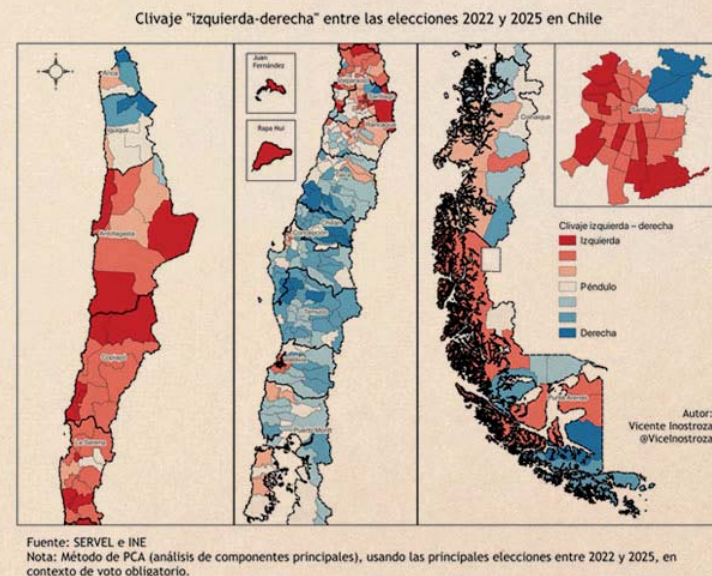
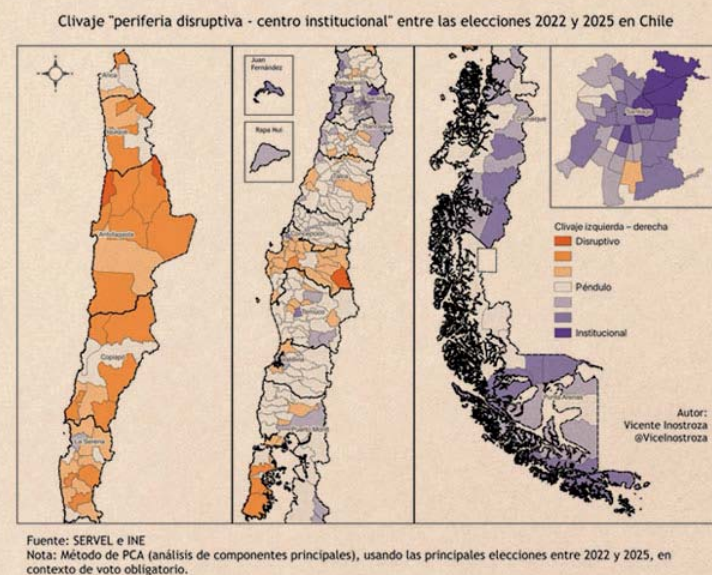


Figura 4. Clivaje "periferia disruptiva - centro institucional" entre las elecciones 2022 y 2025 en Chile.



Fuente: Elaboración propia con datos de SERVEL

Los datos indican que el eje izquierda-derecha sigue siendo una estructura ordenadora relevante del comportamiento electoral, aunque distinta que la década del 90. A su vez, emerge con fuerza una segunda dimensión institucional-disruptiva, que no reemplaza a los clivajes clásicos, sino que los cruza y tensiona. En este eje se expresan formas de desafección política, malestar social y distancia respecto de las élites que se manifiestan tanto en preferencias antiestablishment (suena el lema "ni facho ni comunacho" de París) como en el aumento del voto inválido.

En este sentido, analizar el ciclo electoral reciente como un juego binario (el "1 y 0")

de una elección puntual) resulta insuficiente. La analogía con la programación es más esclarecedora: lo que estamos observando es un código en ejecución, con líneas heredadas de la política del siglo XX, parches introducidos por el estallido social y nuevas preferencias activadas por el voto obligatorio. El resultado no es un nuevo sistema estable, sino una programación aún en ejecución. Las figuras muestran que el paisaje político chileno no se ha recompuesto en dos bloques nítidos, sino que se fragmenta de manera desigual en el territorio, especialmente entre centros urbanos institucionales y periferias históricamente desplazadas.

RELATO

Para muchos analistas electorales jóvenes como yo, la sensación es clara: estamos observando un país distinto al que crecimos, aunque nos socializamos políticamente en sus temblores precursores. El estallido social fue el gran terremoto; el plebiscito de 2022 y el ciclo electoral 2022-2025, un tsunami que aún genera réplicas. El nuevo paisaje político chileno del siglo XXI no está completamente definido, pero ya no es el mismo de la posdictadura. Y comprenderlo exige mirar más allá de una elección, especialmente el primer plebiscito de 2022, para entender el movimiento profundo del suelo sobre el que se reorganiza la política.

Bibliografía

Alenda, S. (2025). *La restauración según Kast: Entre orden, mercado y tradición*. *El País*. <https://elpais.com/chile/2025-12-14/la-restauracion-segun-kast-entre-orden-mercado-y-tradicion.html>

Altman, D. (2025). *Restauración vs. Refundación: Cómo el ciclo 2019-2023 reconfiguró el conflicto político chileno*.

Araujo, K., & Martuccelli, D. (2012). *Desafíos comunes: Retrato de la sociedad chilena y sus individuos* (1a ed). LOM Ediciones.

Bargsted, M. A., & Somma, N. M. (2016). *Social cleavages and political dealignment in contemporary Chile, 1995-2009*. *Party Politics*, 22(1), 105-124. <https://doi.org/10.1177/1354068813514865>

Bellolio, C. (2025). 1988 versus 2022. *Ex-Ante*. <https://www.ex-ante.cl/1988-versus-2022-por-cristobal-bellolio/>

Castillo, I. (2025). *Elecciones 2025: Los dos ejes de la política chilena*. *El Mostrador*. <https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2025/11/28/elecciones-2025-los-dos-ejes-de-la-politica-chilena/>

Meléndez, C. (2025). *La tercera mitad. La Tercera Era*. <https://www.latercera.com/opinion/noticia/la-tercera-mitad/>

Morales, M., & Navia, P. (2010). *El sismo electoral de 2009: Cambio y continuidad en las preferencias políticas de los chilenos*. Ediciones Universidad Diego Portales.

Morales, M., Navia, P., & Garrido, C. (2017). *El tsunami electoral de 2013 en Chile*. RIL editores.

Morales, M., & Pérez-Cosgaya, T. (2025). *The Impact of Socio-Political Cleavages on Constitutional Referendums: The Case of Chile 2022*. *Politics and Governance*, 13, 8804. <https://doi.org/10.17645/pag.8804>

Moulian, Tomás. (2014). *El consumo me consume* (Primera edición: mayo 1998, 23a reimpresión). LOM Ediciones.

Scully, T. R. (1992). *Los partidos de centro y la evolución política chilena*. CIEPLAN.

Tironi, E. (2001). *Clivajes políticos en Chile: Perfil sociológico de los electores de Lagos y Lavín*. Revista Perspectivas, 5.

Tironi, E., & Agüero, F. (1999). *¿Sobrevivirá el nuevo paisaje político chileno?* *Estudios Públicos*, 74.

Valenzuela, J. S. (1999). *Reflexiones sobre el presente y futuro del paisaje político chileno a la luz de su pasado. Respuesta a Eugenio Tironi y Felipe Agüero*. *Estudios Públicos*, 75.



Vicente Inostroza Sánchez (Chile) es cientista político y diplomado de Honor en Movilidad y Ciudad de la Universidad Diego Portales. Magister en Desarrollo Urbano de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente es estudiante del Doctorado en Ciencias Sociales UDP y docente en la Facultad de Gobierno de la Universidad de Chile. Sus principales líneas de investigación son: políticas de vivienda social, desigualdades socio-territoriales, y análisis geoespacial en ciencia política.

X: @Vicelnostrza



El caso Manzo: cuando la violencia disputa la narrativa del gobierno local

La vulnerabilidad estructural de los gobiernos locales y la disputa por el sentido de lo público en territorios donde el Estado convive con poderes fácticos evidencia un punto de inflexión: el crimen organizado tiene capacidad real de incidir en las rutas políticas.



Por Elda Magaly Arroyo Macías

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

La violencia política en el ámbito municipal se ha convertido en uno de los indicadores más claros de la fragilidad democrática en México, un fenómeno que resuena en buena parte de América Latina. El homicidio de Carlos Manzo, alcalde michoacano con creciente proyección estatal, condensó tensiones que la región comparte: el arraigo territorial de organizaciones criminales, la vulnerabilidad estructural de los gobiernos locales y la disputa por el sentido de lo público en territorios donde el Estado convive con poderes fácticos. Su asesinato marcó un punto de inflexión: no solo eliminó a un liderazgo emergente, sino que evidenció la capacidad de los grupos criminales para intervenir en las rutas políticas hacia 2027 y, potencialmente, en el ciclo presidencial de 2030.

El liderazgo de Manzo había emergido en un contexto completamente adverso. Tras denunciar la opacidad en el método de designación de candidaturas, optó por competir como independiente, reviviendo un instrumento que se consideraba agotado en México. Su victoria alteró las lógicas tradicionales entre bloques partidistas y abrió un espacio simbólico inesperado: un alcalde que, vestido con camisa blanca y sombrero —muy lejos de la formalidad política convencional— proyectaba cercanía comunitaria mientras desafiaba estructuras locales dominadas por la violencia. Ese ascenso sumando a su estilo directo y a un discurso frontal frente al crimen, lo colocó en el radar regional. En Michoacán se hablaba de su

potencial para competir por la gubernatura en 2027 y, en algunos círculos, incluso de una aspiración presidencial hacia 2030 bajo un formato similar al que lo llevó a triunfar en Uruapan.

Asesinar a Manzo no solo eliminó a un liderazgo emergente, sino que evidenció la capacidad de los grupos criminales para intervenir en las rutas políticas hacia 2027 y, potencialmente, en el ciclo presidencial de 2030

La vulnerabilidad municipal en México —tema reiterado en estudios sobre seguridad y gobernanza local— implica que la figura del alcalde suele situarse en la línea más débil del Estado. En territorios donde la criminalidad disputa la legitimidad y las funciones cotidianas del gobierno, cualquier desafío altera equilibrios sensibles. El asesinato de Manzo no puede explicarse únicamente como un ataque personal: representó un mensaje dirigido a quienes intentan modificar las reglas tácitas entre autoridad y crimen organizado. Casos como este, observados también en



Foto: facebook Carlos Manzo

Colombia, Ecuador y Guatemala, muestran patrones de captura territorial que adquieren relevancia continental.

La reacción social posterior confirmó su centralidad narrativa. Manifestaciones y actos de protesta surgieron en distintas partes del país, no como movimiento unificado, pero sí como un síntoma claro de desconfianza acumulada. La ciudadanía leyó el crimen como evidencia de un Estado debilitado, incapaz de proteger incluso a quienes ocupan un cargo público. La protesta derivó en expresiones de desorden, pero, sobre todo, en la instalación de una duda que afecta directamente los procesos electorales: ¿quién

garantiza que una elección se desarrolle en condiciones mínimas de seguridad?

La disputa por el legado de Manzo ha amplificado el conflicto. Diversos actores han buscado enmarcar su figura para sostener lecturas contrastantes sobre la situación del país: desde quienes lo presentaron como un opositor genuino al crimen, hasta quienes lo incorporaron a sus propias narrativas sobre abandono del Estado o descomposición institucional. Su muerte se ha convertido en un campo de batalla semántico donde cada interpretación busca legitimar un diagnóstico distinto sobre la gobernabilidad del país.

El caso de Manzo altera las rutas electorales hacia 2027 y abre interrogantes para 2030. Su presencia representaba un liderazgo emergente fuera de la lógica bipartidista de polarización. La eliminación de esa figura reconfigura cálculos y deja un precedente que incide en la voluntad de participación de otros perfiles locales. Los asesinatos de autoridades municipales no solo modifican mapas políticos, también envían señales disuasivas que pueden limitar el surgimiento de candidaturas competitivas, especialmente en estados con altos niveles de captura territorial.

Los asesinatos de autoridades municipales no solo modifican mapas políticos, también envían señales disuasivas que pueden limitar el surgimiento de candidaturas competitivas

En clave para Latinoamérica, la relevancia del caso es evidente. La violencia política local ha adquirido centralidad en países donde las organizaciones criminales disputan funciones del Estado y moldean comportamientos electorales. Episodios recientes en Ecuador, Colombia y Brasil

muestran dinámicas similares: asesinatos selectivos, control territorial, presión a candidaturas y uso de la violencia como mecanismo para influir en la deliberación pública. En este sentido, la muerte de Manzo no es un hecho aislado, sino un síntoma de una tendencia más amplia donde la democracia local se convierte en un espacio de alto riesgo.

Hablar de su caso es necesario para comprender la transformación del campo político en los próximos años. Su asesinato no solo truncó una trayectoria; expuso la tensión estructural entre la autoridad municipal y el crimen organizado, modificó la percepción ciudadana sobre la capacidad del Estado y evidenció los límites de gobernabilidad en territorios disputados. Para las campañas de 2026 a 2030 en América Latina, este caso funciona como una advertencia: sin fortalecer las capacidades locales y sin recuperar la legitimidad del Estado en el territorio, cualquier proyecto político queda vulnerable ante la violencia como mecanismo de control y silenciamiento.

Narrativas en tensión por la violencia

El asesinato de una autoridad municipal no solo altera el equilibrio político local, también abre una disputa inmediata por el sentido. En estos escenarios, el Estado intenta mantener la narrativa institucional —orden, capacidad de respuesta, investigación en curso— mientras que los grupos criminales operan desde



Foto: facebook Carlos Manzo

marcos que buscan demostrar dominio territorial, capacidad de castigo y control sobre la agenda pública. La violencia, más que un acto operativo, se transforma en un mensaje. Y en territorios donde la presencia estatal es intermitente o insuficiente, ese mensaje suele llegar primero y con mayor contundencia.

Episodios recientes en Ecuador, Colombia y Brasil muestran dinámicas similares: asesinatos selectivos, control territorial, presión a candidaturas y uso de la violencia como mecanismo para influir en la deliberación pública

Como se ha analizado en trabajos previos sobre la comunicación del crimen organizado (<https://relatocompol.com/villanos-que-ganan-adeptos-los-recursos-propagandisticos-del-crimen-organizado/>), los cárteles funcionan como auténticos entes comunicacionales: diseñan estrategias, eligen audiencias, segmentan territorios y difunden mensajes con objetivos específicos. La violencia es su principal herramienta persuasiva. Cada ataque, cada amenaza y cada escena pública está

pensada para instalar interpretaciones inmediatas: quién manda, quién puede desafiar, quién puede morir. La intencionalidad no es solo destruir, sino producir sentido, moldear percepciones y condicionar comportamientos colectivos.

Frente a esto, la narrativa del Estado opera desde una posición más rígida. Las instituciones suelen responder a formatos formales —comunicados, conferencias, protocolos de seguridad— que, aunque necesarios avanzan con menor velocidad que la narrativa criminal, la cual se despliega en tiempo real y a través de canales múltiples: redes sociales, rumores comunitarios, testimonios, mensajes directos en territorio y, en algunos casos, producción audiovisual deliberada. Esta asimetría comunicacional permite que los grupos criminales instalen primero el marco interpretativo y obliguen al Estado a reaccionar desde el terreno que ellos ya definieron.

En contextos como el de Uruapan, este desfase suele generar un vacío narrativo, uno de los riesgos más altos en situaciones de violencia política. Cuando la autoridad no emite un mensaje claro, oportuno y coherente, el espacio público queda expuesto a interpretaciones que favorecen a los poderes fácticos. Ese vacío no solo debilita la posición institucional, también se convierte en un instrumento de control simbólico. La población se da cuenta de las ausencias que se presentan con la falta de información, la ambigüedad oficial, la demora en las investigaciones que se traducen en señales de vulnerabilidad del Estado y fortaleza del crimen organizado.

Los grupos criminales comprenden que el miedo no solo paraliza, sino que también ordena. La amenaza —explícita o no— reorganiza e inhibe, limita y condiciona. En este marco, la violencia funciona como una coreografía diseñada para que el mensaje llegue a todos: rivales, autoridades, comunidad y posibles aspirantes en la política. El miedo y la violencia, vistos como un mecanismo comunicacional, no es accidental: se sostiene en la repetición, la espectacularización y la certeza de las consecuencias inmediatas. En el caso de Manzo la narrativa criminal se impuso con rapidez: la ejecución en una plaza pública, la exposición del hecho frente a los ciudadanos, la elección del momento y el espacio no fue al azar, cada elemento construyó una declaración de poder, mientras que la respuesta gubernamental quedó sometida y confinada a un territorio donde la población ya había elaborado sus propias conclusiones, muchas de ellas alimentadas por la memoria colectiva, por rumores previos y por la percepción de un riesgo creciente para todos.

La disputa por el sentido posterior al asesinato no solo implicó determinar responsabilidades, implicó definir qué significa ser autoridad en territorios donde el crimen organizado también reclama ese lugar. Mientras el Estado intenta restaurar el orden narrativo mediante procesos y protocolos, los grupos criminales avanzan sobre el terreno de las emociones: miedo, incertidumbre, desconfianza. En esa arena, el mensaje más veloz suele volverse el más dominante. La consecuencia es



Foto: facebook Carlos Manzo

profunda: la violencia se consolida como un dispositivo comunicacional y se convierte en un actor que interviene directamente en la vida política. Lo que está en juego no es solo la interpretación de un hecho, sino la disputa por la legitimidad de poder en el territorio.

El discurso provocador como artefacto político

El caso Manzo revela hasta qué punto un discurso provocador puede operar como un artefacto político en escenarios de fragilidad institucional. En México —y en buena parte de América Latina— han surgido liderazgos dispuestos a romper

con los bloques tradicionales, figuras que se presentan como ajenas a las élites partidistas y que recurren a un discurso antisistema para movilizar emociones profundas. Ese tipo de narrativa suele activar adhesiones rápidas, especialmente en territorios donde la desconfianza hacia el Estado es la norma y donde la población reconoce en lo disruptivo una vía posible de cambio.

El discurso provocador cumple una función doble: desafía el orden establecido (función simbólica) y genera una reacción emocional inmediata (función movilizadora). La provocación se convierte así en una estrategia para instalar nuevos

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

marcos interpretativos, para descolocar a los actores tradicionales y para capturar la atención de un electorado saturado de mensajes convencionales. Sin embargo, este mismo recurso, tiene un límite crítico cuando se despliega en territorios disputados por actores armados que también buscan descontrolar el sentido de lo público.

Para Manzo esta tensión fue determinante, su narrativa antisistema y su disposición a confrontar a los poderes fácticos (incluso ataviándose con un chaleco blindado para fortalecer el simbolismo) lo convirtieron en una figura atractiva para todos aquellos que están decepcionados de la política tradicional, pero también lo situaron en el punto ciego de un territorio donde la disputa por el poder no se dirime únicamente en las urnas. Su ascenso generó expectativas de cambio, sus gestos de autonomía lo instalaron en un nuevo imaginario, su estilo directo desafió las inercias, pero desde los alcances reales de un alcalde, enfrentarse simultáneamente a estructuras criminales, intereses políticos y redes arraigadas de poder era una ecuación imposible.

La provocación funcionó como mecanismo de viabilidad, lo colocó en la conversación nacional y continental al ser llamado el *Bukele mexicano*, lo proyectó hacia el 2027 y lo situó en escenarios que pocos alcanzan desde esa esfera, pero esa misma visibilidad aceleró su vulnerabilidad. En un territorio donde los mensajes se leen como movimientos de fuerza,

donde el silencio puede ser interpretado como debilidad y donde cada gesto público tiene consecuencias, el costo de desafiar a los poderes equivocados se vuelve inmediato. Manzo personificó el tipo de liderazgo que surge cuando la política formal deja vacíos, pero también evidenció que, en contextos capturados, la ruptura discursiva sin un blindaje institucional suficiente puede costar la vida.

Su asesinato no clausura la posibilidad de liderazgos disruptivos, en realidad expone las condiciones estructurales que los vuelven insostenibles. La narrativa antisistema puede movilizar y abrir posibilidades, pero en territorios donde la violencia también comunica, la provocación choca con límites que no impone la ciudadanía ni los adversarios electorales, sino actores que ejercen el poder desde fuera del Estado. Ese es, quizá, el mayor punto de inflexión que deja su caso: palpar que mientras la política formal permita que la violencia siga definiendo las reglas del territorio, cualquier liderazgo que intente romperlas enfrentará riesgos que exceden el campo democrático.



Elda Arroyo (México) es periodista y comunicadora con más de veinte años de experiencia, especializada en seguridad y gestión pública. Licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara y magíster en Administración Pública. Ha trabajado en medios como *Milenio Diario*, *Notisistema* y el *Eastern Group* de Los Angeles, California. Su enfoque estratégico en Seguridad, Gestión y Atención de Crisis es clave en la comunicación gubernamental. Fue coordinadora de Comunicación en la Secretaría de Seguridad de Jalisco, México y actualmente es directora de Comunicación Social del Gobierno de Tlaxiaco. Ha sido docente en universidades de América Latina, contribuyendo a la formación de nuevas generaciones de comunicadores.

X: @elda_arroyo | Ig: @eldaarroyo



Las de cal y las de arena del primer año de Claudia Sheinbaum

A un año de su histórico triunfo electoral, Claudia Sheinbaum consolida un liderazgo propio en la Presidencia de México, alejada de la sombra de AMLO, con logros en su gestión que marcan un balance positivo, pese a la violencia persistente.



Por Federico Irazabal

Es indudable que el resultado de la elección del 2 de junio de 2024 fue histórico para México, ya que por primera vez una mujer llegaría a la Presidencia de la República, pero ese carácter histórico se vio reforzado por el hecho de haber sido la elección presidencial en la que el ganador obtuvo la mayor cantidad de votos de la historia. Más de 35 millones de mexicanos se inclinaron por Claudia Sheinbaum, quien superó el récord existente de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) de 2018, cuando el oriundo de Tabasco alcanzó poco más de 30 millones de sufragios.

La sombra de AMLO

Más allá de su sólida trayectoria política, su destacado rol en el movimiento de la izquierda mexicana, y la evidente simpatía de López Obrador, Claudia Sheinbaum llegaba a la presidencia con un primer desafío: ubicarse por fuera de la sombra de AMLO y construir una figura con peso propio.

Me reconozco entre los escépticos que, desde el primer momento, el de la decisión de llevar a Sheinbaum como candidata de Morena, pensábamos que le iba a ser muy difícil desprenderse de una eventual incidencia del expresidente López Obrador en el día a día de la política. Por el momento, y a poco más de un año en ejercicio de la Presidencia, Claudia Sheinbaum parece habernos contradicho. Y tal vez ese sea el primer logro que pudie-

ra enumerar si este artículo tuviera ese formato tan ganchero de las redes, del estilo: “tres claves del gobierno de Claudia Sheinbaum”.

Si bien el escenario electoral del 2030 aparece aún lejano, se puede anticipar la irrupción de una línea “claudista” en la próxima puja presidencial

Probablemente, esto no sea solo atribuible a la presidenta Sheinbaum, sino que como en el tango, se necesitan dos para bailar, y el expresidente también ha tenido una actitud de distancia del poder realmente inesperada. Retirado en su casa de Chiapas, López Obrador se mantuvo ajeno a los movimientos del nuevo gobierno; ni siquiera marcó líneas en la conformación del gabinete, no apareció en el conflicto con Trump por los aranceles, y tampoco se manifestó públicamente durante el proceso de elección del Poder Judicial, por citar tres momentos destacables del segundo gobierno de Morena.

Gracias a esa distancia, la presidenta pudo consolidar un equipo propio y



fortalecer su narrativa relacionada con la importancia de las mujeres en los gobiernos de la transformación, y un estilo menos confrontativo, más técnico que el de su antecesor. Si bien el escenario electoral del 2030 aparece aún lejano, se puede anticipar la irrupción de una línea “claudista” en la próxima puja presidencial, frente a los puros de Morena y los históricos candidatos.

Claudia: presidenta y líder

Otro de los logros adjudicables al primer año del Claudia Sheinbaum tiene que ver con la concreción de

algunos éxitos vinculados con la institucionalidad y el poder. En primer lugar, concluyó con éxito la reforma del Poder Judicial celebrando elecciones para diferentes niveles de la administración de justicia en junio de 2025. Este cuestionable proceso institucional no alcanzó una participación significativa del electorado, pero consiguió avanzar en la idea de una democracia extendida a todos los niveles, y que refuerza el sentido del pueblo gobernando.

Un segundo eje de la narrativa, esta vez más personal, tiene que ver con su capacidad de liderazgo y su rol como

RELATO

líder más allá de fronteras. A diferencia de su antecesor, que realizó un gobierno de puertas hacia adentro, Claudia Sheinbaum le apostó un poco más fuerte a una agenda internacional, participando de la cumbre del G20 en Río de Janeiro, de la Cumbre de la CELAC en Tegucigalpa, y como invitada en la reunión del G7 en Canadá. A estos eventos internacionales se le suma una agenda de reuniones bilaterales con mandatarios extranjeros bastante más fluida que la de López Obrador, lo que la situó en una posición de fortaleza frente a las constantes amenazas arancelarias de Donald Trump.

A diferencia de López Obrador, que realizó un gobierno de puertas hacia adentro, Claudia Sheinbaum le apostó un poco más fuerte a la agenda internacional

Con firmeza y el trabajo de un equipo diplomático y comercial de primera línea, Sheinbaum logró contener las embestidas de Trump en materia comercial y capitalizó internamente el sentimiento nacional, en una suerte de *rally-around the flag* ante las tarifas arancelarias y las deportaciones masivas.

En materia de seguridad, el principal problema que enfrenta hoy México, hay incluso logros a exhibir. La estrategia desplegada por Omar García Harfuch, secretario de seguridad y hombre de máxima confianza de la presidenta ha tenido algunos avances, logrando la disminución en algunos delitos, como los homicidios en un 25%. Claro que, ante un panorama de violencia vinculada al crimen organizado, esos logros parecen todavía insuficientes. Las denuncias de colusión con el crimen organizado contra diferentes actores políticos mexicanos (gobernadores y senadores incluidos) empujan al gobierno a aumentar la presión sobre los grupos criminales y a hacer algunos ajustes a la interna del gobierno y del partido.

Derivado de la mejora en el resultado al combate contra el delito y el crimen organizado, algunos grupos se refugiaron en determinadas regiones para reforzar su control, como evidencian los casos de Sinaloa y Michoacán. Ante la permanente amenaza de Trump de desplegar fuerzas norteamericanas para combatir a los carteles en territorio mexicano, el gobierno busca alternativas para mejorar esos resultados.

Los desafíos en el horizonte

En el corto plazo, el gobierno de Claudia Sheinbaum tiene dos desafíos a la



vista. El primero de ellos es la organización de la Copa Mundial de Fútbol de la FIFA, en conjunto con Estados Unidos y Canadá. Este evento, uno de los mayores a nivel de audiencia y repercusión mediática constituirá una prueba de fuego al capacidad de México de ofrecer seguridad a miles de turistas de todo el mundo y a delegaciones deportivas de primer nivel, en un evento que durante un mes tendrá casi el 100% de los ojos del mundo puestos en él. También es una oportunidad para ponerse a la altura de dos países con mayor capacidad en el desarrollo de este tipo de eventos, y compartir escenario con su principal antagonista del momento, Donald Trump, y aprovechar una buena estrategia de contraste con el polémico mandatario norteamericano.

Con firmeza y el trabajo de un equipo diplomático y comercial de primera línea, Sheinbaum logró contener las embestidas de Trump en materia comercial

Un poco más adelante en el tiempo, en 2027 se realizarán elecciones municipales y legislativas, que suponen la

renovación de unas 3000 presidencias municipales, los 500 escaños de la Cámara de Diputados y varias vacantes en el Poder Judicial. Además, habrá elecciones a gobernador en diecisiete estados, algunos de ellos clave para mantener la hegemonía morenista a nivel de las gubernaturas.

Pero tal vez el principal desafío de Claudia Sheinbaum relacionado a este evento electoral sea la aprobación de una propuesta de reforma electoral, sobre la que aún no hay siquiera un texto propuesto, pero de la que se especula que uno de sus principales ítems será la eliminación de las candidaturas plurinominales, lo que reduciría aún más las posibilidades de representación de los partidos de oposición en ambas cámaras legislativas.

El saldo al cierre

Este primer año de gobierno de Claudia Sheinbaum concluye con un balance positivo. En base a un buen trabajo político y fuerte presencia en territorio y en el escenario mediático, la presidenta ha logrado construir un perfil propio, que cosecha excelentes niveles de aprobación en cualquiera de las encuestas que midan esta variable.

En materia económica no hubo sorpresas ni sobresaltos, a pesar de que las previsiones de crecimiento del PIB no muestran aumentos significativos. Por el momento, contener la arremetida de Trump en materia de aranceles parece ser la principal preocupación, y viene sorteándola positivamente.

En base a un buen trabajo político y fuerte presencia en territorio y en el escenario mediático, la presidenta ha logrado construir un perfil propio, que cosecha excelentes niveles de aprobación

La continuidad de su estrategia de seguridad en el combate al crimen organizado, con la consolidación del Plan Michoacán marcará el tono de la lucha contra los grupos delictivos, buscando no eliminar, pero sí dejar atrás el planteo anterior de “abrazos, no balazos”, producto de algunas manifestaciones políticas de grupos opositores que buscan activar una “generación Z”, convocando a manifestaciones supuestamente apolíticas que piden cambios en el gobierno. Este punto tal vez sea el flanco más débil en el horizonte de Sheinbaum: resucitar a una oposición que perdió su peso en la representación parlamentaria, y buscará recuperar algo de espacio en un terreno que por el momento no domina: el de la calle.



Federico Irazabal (Uruguay) es sociólogo; consultor en comunicación política; especialista en opinión pública, sistemas electorales y planificación de campañas. Consultor del programa Partidos Políticos y Democracia en América Latina (Konrad Adenauer Stiftung). Participó en procesos electorales y de capacitación en varios países de América Latina y el Caribe.

X: @fede_irazabal | Ig: @fede_irazabal



El muro invisible en la política mexicana

México tiene leyes pioneras contra la violencia política de género. El ascenso de las mujeres al poder en América Latina debería ser la crónica de una victoria democrática, con frecuencia el acoso es el precio del poder. El caso de Claudia Sheinbaum lo prueba: ni la presidenta está a salvo.



Por Edna Laura Huerta Ruiz

Cuando una mujer alcanza la cúspide política, debería preocuparse más por el debate legislativo, propuestas, aplicación de políticas públicas más que el miedo a ser algún día violentada. El caso de la presidenta de México, Claudia Sheinbaum, quien sufrió un incidente de acoso sexual de alto perfil, es un recordatorio brutal y paradigmático: ni siquiera la máxima autoridad ejecutiva está exenta de ser reducida a un objeto sexual y de enfrentar agresiones físicas.

La violencia digital se ha consolidado como la manifestación más frecuente y efectiva para deslegitimar a las mujeres en el servicio público

Mientras México ostenta uno de los marcos normativos más avanzados de la región culminando en la reforma de ley en el 2020 que tipificó la Violencia Política contra las Mujeres en Razón de Género (VPMRG) como delito y sanción electoral, el acoso sigue siendo la manifestación más común de una profunda resistencia cultural.

A pesar de este andamiaje legal, el campo de batalla real se ha trasladado al ámbito local, donde la violencia es más coercitiva y peligrosa. Los datos son escalofriantes: el ámbito municipal acumula la mayor cantidad de registros y sanciones, y durante el proceso electoral de 2024, casi la mitad el 48% de los casos de VPMRG atendidos se clasificaron con un nivel de riesgo alto, siendo la amenaza contra la integridad de las candidatas el principal acto denunciado.

Este no es un problema de leyes, sino de quién controla el poder y el territorio. El acoso político desde la difamación misógina en redes sociales, que abarca el 88% de los casos acreditados, hasta la coerción física que intenta forzar la renuncia de las funcionarias electas, es la herramienta silenciosa y sistémica que busca anular la participación femenina. ¿Es suficiente con sancionar al agresor cuando el sistema mismo sigue reproduciendo un riesgo vital para las mujeres que se atreven a gobernar? La respuesta está en la calle, en los ayuntamientos y en cada ataque digital.

El fenómeno de la VPMRG ha encontrado en la era digital su arma más potente, transformando las redes sociales en el nuevo campo de batalla donde el acoso opera con impunidad y rapidez se ha mudado a la pantalla.



De los procedimientos donde se acreditó este tipo de violencia es un abrumador 88% se encuentran vinculados a ataques en redes sociales. Esto demuestra que la violencia digital se ha consolidado como la manifestación más frecuente y efectiva para deslegitimar a las mujeres en el servicio público, siendo el retiro de esas publicaciones la medida cautelar más recurrente que la autoridad electoral se ve forzada a decretar.

El acoso como arma de control tiene como objetivo final limitar, anular o menoscabar el ejercicio efectivo de sus derechos político-electorales o el desempeño de su

cargo. Este repertorio de agresiones puede ser de cualquier tipo: física, psicológica, simbólica, sexual, patrimonial o económica. En este espectro, el acoso es el instrumento de control social más común. El acoso político se manifiesta frecuentemente como violencia psicológica, buscando dañar la estabilidad emocional a través de la humillación, la devaluación, la marginación o las amenazas. En el plano digital y mediático, esto se traduce en calumnias, descalificación o difamación que se basan específicamente en estereotipos de género, donde también podríamos hablar de Ley Olimpia o Sicariato Digital. Cabe destacar

que la ley prohíbe explícitamente la publicación o distribución de propaganda que degrade o denigre a una mujer usando estereotipos para limitar sus derechos políticos.

El acoso político se manifiesta frecuentemente como violencia psicológica, buscando dañar la estabilidad emocional a través de la humillación, la devaluación, la marginación o las amenazas

El acoso, en este contexto, busca el aislamiento y la desmoralización. Los agresores atacan el cuerpo, la vida privada o la supuesta incapacidad de la mujer para ejercer el poder. La violencia sexual incluye el acoso sexual, contacto físico no consensuado, tocamientos o solicitudes de favores sexuales que degrada la dignidad e integridad de la víctima, como lo demostró el incidente de acoso sexual sufrido por la Presidenta de México, el cuerpo de la mujer se convierte en un medio para desafiar y anular su autoridad, incluso en los más altos niveles de gobierno. El caso de la presidenta

Sheinbaum es la punta del iceberg de una violencia política de género que tiene un carácter específico y sexualizado. Los ataques contra mujeres en el poder rara vez son solo políticos; casi siempre son sexistas, cosificadores y dirigidos a recordarles su condición de mujer. "Si esto le hacen a la presidenta, ¿qué va a pasar con todas las jóvenes mujeres en nuestro país?", se preguntó Sheinbaum, al anunciar que presentaría una denuncia formal.

La respuesta institucional al episodio fue inmediata. La Secretaría de las Mujeres, creada por el gobierno de Sheinbaum, emitió un pronunciamiento de repudio, subrayando que "ninguna mujer está exenta de vivir acoso sexual en nuestro país". La presidenta anunció una campaña nacional por el respeto y una revisión para homologar el acoso como delito en los 32 estados.

Sin embargo, en el polarizado escenario político mexicano, hasta la violencia de género se convierte en arma arrojadiza. Mientras algunas voces mostraban solidaridad, otras, desde la oposición, deslizaron la teoría de que todo era un "montaje" para distraer la atención del asesinato del alcalde Carlos Manzo. Este giro es, en sí mismo, una forma de revictimización y un reflejo de lo que sufren millones de mexicanas cuando denuncian: la descalificación y el cuestionamiento de su testimonio, nos hace pensar que se trata siempre de desestimar.



La paradoja mexicana: ley de vanguardia, cultura de retaguardia

Este hecho ocurre en un país que, sobre el papel, es pionero en América Latina en equidad política. Desde 2019, México tiene una ley de "paridad en todo" que exige que el 50% de los cargos en los tres poderes y a todos los niveles sean ocupados por mujeres. Gracias a esta "combinación maravillosa" de leyes, litigio estratégico y activismo, hoy el Congreso es paritario y por primera vez en la historia una mujer gobierna el país. Sheinbaum y su rival, Xóchitl Gálvez, compitieron en unas elecciones presidenciales históricas.

En el incidente de acoso sexual sufrido por la Presidenta de México, el cuerpo de la mujer se convierte en un medio para desafiar y anular su autoridad

Pero las leyes no cambian automáticamente la cultura. Un androcentrismo profundamente arraigado en una visión del mundo que sitúa al hombre como universal y relega lo femenino

persiste en las estructuras sociales. La violencia política contra las mujeres, aunque tipificada como delito, sigue siendo la herramienta para sabotear ese avance legal. El caso de la presidenta ilustra la desconexión entre un marco jurídico de vanguardia y una realidad donde el cuerpo de una mujer, incluso el de la comandante suprema, puede ser vulnerado impunemente en plena calle.

Los ataques contra mujeres en el poder rara vez son solo políticos; casi siempre son sexistas, cosificadores y dirigidos a recordarles su condición de mujer

México no está solo, es un espejo para América Latina. Desde Brasil hasta España y Uganda, las mujeres en política enfrentan una cosecha particular de misoginia. El acoso digital es una epidemia: un estudio de la OTAN sobre ministras finlandesas encontró que recibían un número desproporcionado de mensajes abusivos y de lenguaje sexista explícito. En América Latina, región con tasas escalofriantes de feminicidio, la violencia es la sombra que acecha todo avance.

La pregunta central ya no es si existen las normas, sino ¿quién las aplica? y ¿quién protege a las mujeres? Nos cuidamos solas. La respuesta no puede depender solo de la valentía individual de cada mujer que entra a la vida política. Hoy el "feminismo institucional", no ha logrado resultados tangibles para la mayoría de las mujeres, especialmente las más pobres. Las leyes paritarias son un paso necesario, pero insuficiente. El verdadero cambio no está solo en que una mujer ocupe la silla presidencial, sino en que pueda caminar hasta allí y de regreso, sin que una mano extraña crea tener derecho sobre su cuerpo.

Lo que ocurrió el 4 noviembre a Claudia Sheinbaum es un recordatorio cívico urgente: hemos ganado el derecho a ser electas, pero todavía estamos lejos de conseguir el derecho básico a estar seguras, hoy sabemos alzar la voz y hemos aprendido que Calladitas NO nos vemos más Bonitas y soporten.



Edna Laura Huerta Ruiz (México) es especialista en comunicación y políticas públicas para la inclusión y diversidad. Realizó su maestría de Marketing Político en la Universidad de Barcelona. Ha trabajado en comunicación política para diversos partidos políticos y asociaciones civiles. Consultora en la Secretaría de Igualdad e Inclusión del Gobierno del Estado de Nuevo León, asesora en Cámara de Diputados en la actual legislatura y asesora de la Comisión de Igualdad de Género de la LXV Legislatura. Diputada Federal por el Estado de Nuevo León en la LXIV Legislatura. Periodista de profesión y docente en la Universidad de Monterrey, ha trabajado en diversos medios y en RRPP como Grupo Reforma, Televisión Azteca, Telemundo y Televisa.

Ig: @cuinadelaqueen



De la política *celebrity* a los candidatos *influencers*

El modelo de la *celebrity* política, fomentado por los medios masivos de comunicación, ha muerto. Hoy, los candidatos *influencers* la devoran con su agilidad: construyen autoridad desde la cercanía, generan *engagement* y contenido constante, y dominan los algoritmos para conectar directamente con comunidades reales.



Por Diego Mota

Hubo una época, no muy lejana, donde una de las estrategias más extendidas por los consultores políticos era convertir a sus candidatos en celebridades. Buscando esa aura de estrella de cine: aspiracional, entretenida y brillante. Era la era de la televisión, donde la pantalla funcionaba como un pedestal. Pero ese modelo ha muerto. Hoy, la *celebrity* política —esa figura que vive de la fama heredada o construida en medios masivos— está siendo devorada por una especie más ágil, más cercana y mucho más eficiente: los candidatos *influencers*.

La diferencia es notoria. Mientras la *celebrity* busca admiración desde la distancia, el *influencer* construye autoridad desde la cercanía. No busca votos, busca *engagement*. No emite comunicados, genera contenido. No colecta admiradores, construye comunidad y trabaja con ella. Y lo más importante: no depende de la mediación de la prensa, sino de entender y trabajar con el algoritmo. Los seres humanos estamos diseñados para prestar una atención especial a las historias (la herramienta de comunicación política más extendida para trabajar esto es el *storytelling*), es la forma en que mejor entendemos el mundo, toda nuestra vida se ve atravesada, ordenamos de esta manera la

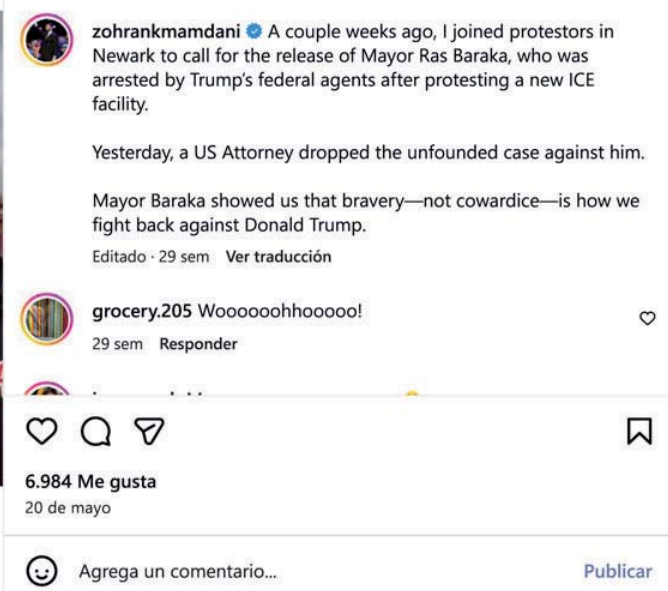
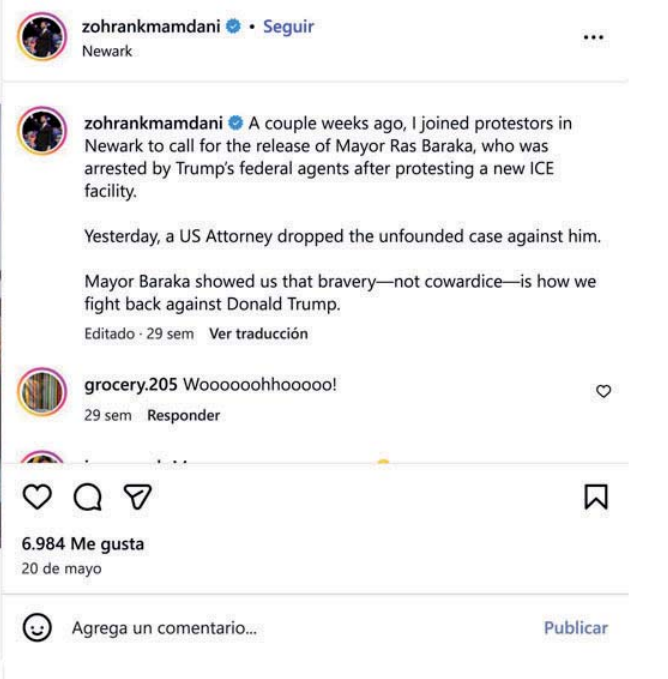
realidad, marcando qué es lo bueno y malo, lo justo o injusto; el modelo de político *influencer* aprovecha esta situación y construye historias a tiempo real con su comunidad.

Mientras la *celebrity* busca admiración desde la distancia, el *influencer* construye autoridad desde la cercanía. No busca votos, busca *engagement*

Estamos viendo el nacimiento de la política de cercanía digital, y tres escenarios electorales actuales, Nueva York, Honduras y Chile, nos muestran una fotografía de la evolución de este fenómeno en este momento a fines de este año 2025.

Nueva York y Zohran Mamdani: el político como "creador de contenido"

Si queremos ver el futuro, hay que mirar a Zohran Mamdani ("Mamdani" para sus seguidores digitales). Su exitosa campaña para la alcaldía de Nueva York



(NY) no fue una campaña política con redes sociales; fue una operación de medios que resulta tener un candidato.

Mamdani, quien ha ganado la elección de alcalde de NY siendo la revelación de dicha contienda electoral, por su juventud y su manera de llevar adelante la campaña, ha entendido que la microsegmentación ya no es solo dividir por demografía, sino por "tribus digitales". Se sabe que su estrategia utilizó funciones como los *Trial Reels* de Instagram (una herramienta que proyecta audiencias

potenciales) para testear contenido antes de viralizarlo, logrando tasas de seguimiento diez veces superiores a lo normal. No le habló a "los ciudadanos de NY", le habló a la tribu de los taxistas con su huelga de hambre, a la tribu de los inquilinos con memes sobre la renta, y a la Gen Z con un lenguaje visual que los medios tradicionales no pueden replicar.

Esto es parte de la microsegmentación con Inteligencia Artificial, ya no disparamos a la masa o a grupos grandes de personas, usamos algoritmos para identificar

RELATO

patrones de conducta y diseñar mensajes a medida. Mamdani no es una celebridad lejana; es un "creador de contenido" que colabora con otros *influencers* locales para validar su mensaje, saltándose por completo los filtros de la "verdad periodística" muchas veces editorializada por los grupos de influencia dominantes.

Honduras y Rixi Moncada: la maquinaria vs la organicidad

En Honduras, el caso de Rixi Moncada nos muestra la cara oscura y la tensión de esta transición. Mientras figuras como Shin Fujiyama (el *influencer* filántropo que cobró mucho peso en las elecciones) marcan la pauta de la conversación orgánica, la campaña de Rixi optó por la "fuerza bruta" digital.

Los análisis recientes muestran que, aunque Rixi dominó la conversación en volumen, gran parte de ese apoyo provino de cuentas propias, no de una comunidad orgánica real. Esto es peligroso. Es el intento de la "vieja política" de disfrazarse de *influencer* utilizando esteroides digitales. Generando un espejismo de popularidad que choca con la realidad de la calle, alimentando lo que llamamos posverdad, circunstancias donde los hechos objetivos influyen menos

que las emociones y las creencias personales fabricadas.

Con la microsegmentación con IA ya no disparamos a la masa o a grupos grandes de personas, usamos algoritmos para identificar patrones de conducta y diseñar mensajes a medida

Rixi se enfrentó al desafío de construir un *storytelling* creíble en un ecosistema donde la gente confía más en un tiktokero que en un comunicado oficial. Su narrativa no logró conectar emocionalmente y dependió de la amplificación artificial, cayendo en la trampa de la "burbuja de información", donde solo se escucharon a sí mismos.

Sin perjuicio de lo cual, cabe destacar que jugó en un escenario muy complicado con la injerencia y el apoyo explícito, tanto público como de herramientas de comunicación política actualizadas, del propio presidente de Estados Unidos, Donald Trump,



promoviendo el voto para el candidato Nasry Tito Asfura, quien resultara ganador de la polémica elección presidencial.

Chile y Jeannette Jara: la institucionalidad bajo asedio

Chile es quizás el laboratorio más fascinante. La exministra Jeannette Jara, candidata presidencial, representaba la institucionalidad, la gestión y la seriedad. Pero se enfrentó a un escenario donde el algoritmo premia la estridencia.

Las recientes elecciones regionales de 2024 mostraron el ascenso de figuras como Francisco Orrego, un *influencer* de panel y redes que, sin gestión previa, casi captura la gobernación de Santiago capitalizando el descontento a través de una narrativa de conflicto permanente. Jara tuvo el desafío de transicionar: debió pasar de ser una figura de "autoridad" a ser una figura que conversara, diera esperanzas y emocionara.

La figura del *influencer* político es seductora porque promete una conexión directa, sin intermediarios

En Chile, el voto obligatorio (restituido en el 2022) trajo a las urnas a millones de personas despolitizadas que no leen periódicos, sino que consumen política a través de clips de 15 segundos. Para Jara, el reto fue proyectar una personalidad auténtica, que bajara temas complejos (como la reforma de pensiones) a un lenguaje que el algoritmo distribuyera, sin perder su esencia. Al no lograr esa traducción, la marea de *influencers* derechistas y populistas le pasó por encima.

La trampa del algoritmo

Estamos en un punto de inflexión. La figura del *influencer* político es seductora porque promete una conexión directa, sin intermediarios, pero el mundo digital conlleva riesgos y desafíos éticos enormes: sesgos de confirmación, polarización extrema y la manipulación de la realidad a través de *deepfakes* y las granjas de *bots*.

Más que nunca recordamos las palabras de McLuhan (filósofo y teórico de la comunicación social), "el medio es el mensaje" y en esta época las reglas que marcan los algoritmos conforman

el paquete de envoltorio para los mensajes si queremos eficiencia en nuestra comunicación.

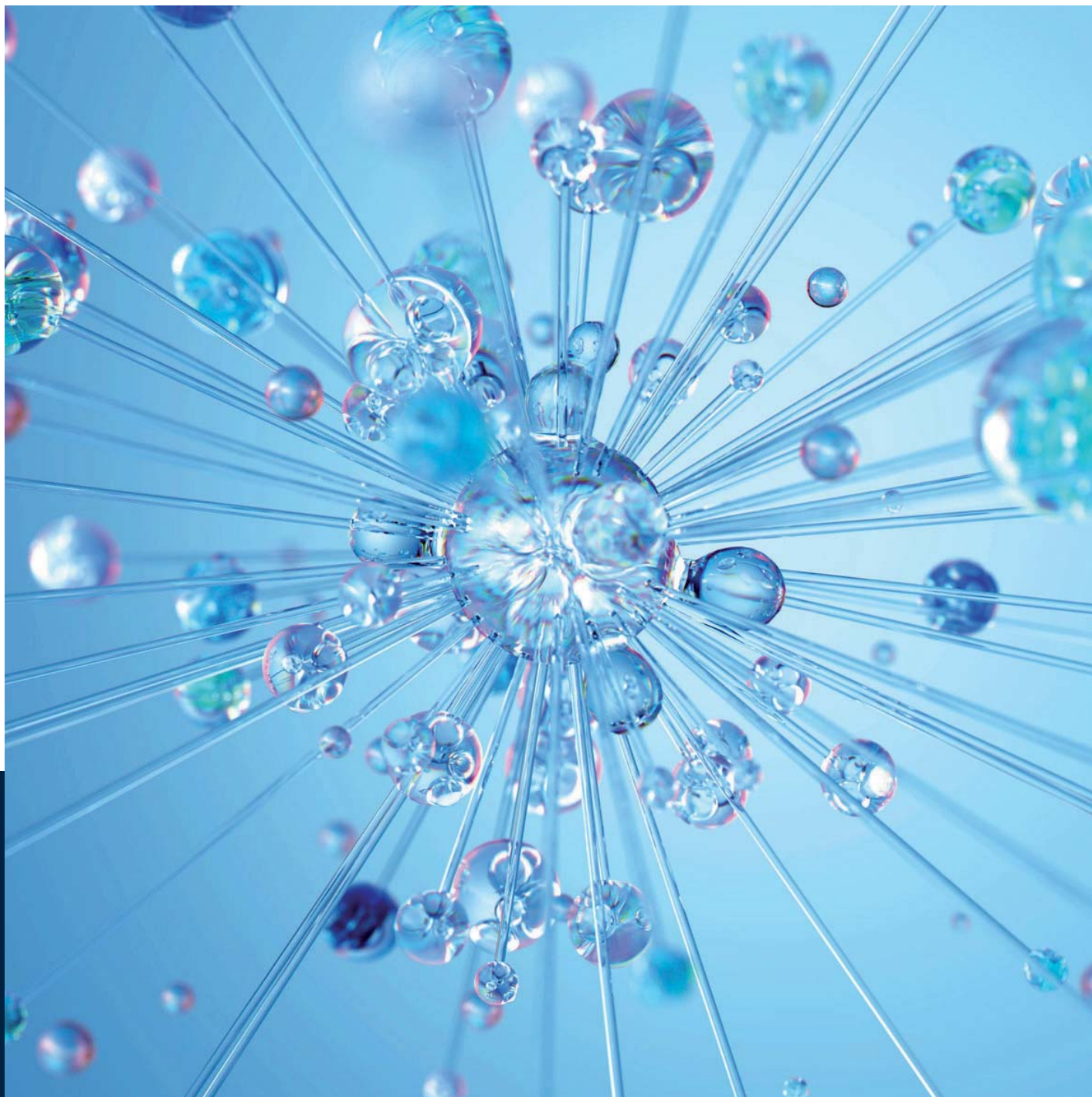
La política no es solo entretenimiento; es la herramienta para transformar la realidad. Esa historia no siempre cabe en un reel de 30 segundos

Mamdani, Rixi y Jara jugaron, con diferentes estrategias, en un tablero donde las reglas las pone el código de una aplicación. El peligro es que, en la carrera por el *like*, olvidemos que la política no es solo entretenimiento; es la herramienta para transformar la realidad y la vida de la gente. Esa es una historia que no siempre cabe en un reel de 30 segundos.



Diego Mota (Uruguay) es consultor en comunicación política. Ha trabajado en campañas electorales y comunicación de gobierno en Latinoamérica y Europa. Es máster en comunicación política por la Universidad de Blanquerna, Barcelona, realizó su trabajo final de tesis sobre inteligencia artificial en las políticas públicas.

X: @DiegoMota



El algoritmo como jefe de comunicación: la interfaz digital y la nueva disputa por el poder en América Latina

En el escenario del poder contemporáneo en América Latina, se ha producido un cambio que la consultoría política tradicional apenas comienza a decodificar.



Por Imelda J. Muñoz Carvajal

Durante décadas, la comunicación gubernamental se estructuró bajo la lógica del balcón y la plaza, es decir, aquellos espacios físicos o mediáticos donde el líder emitía un mensaje unificado hacia una masa homogénea. Sin embargo, esa arquitectura se ha fracturado. Hoy, la disputa por la legitimidad no se libra únicamente en las conferencias de prensa o en los spots televisivos, sino en un territorio silencioso, omnipresente y profundamente ideológico: la interfaz digital.

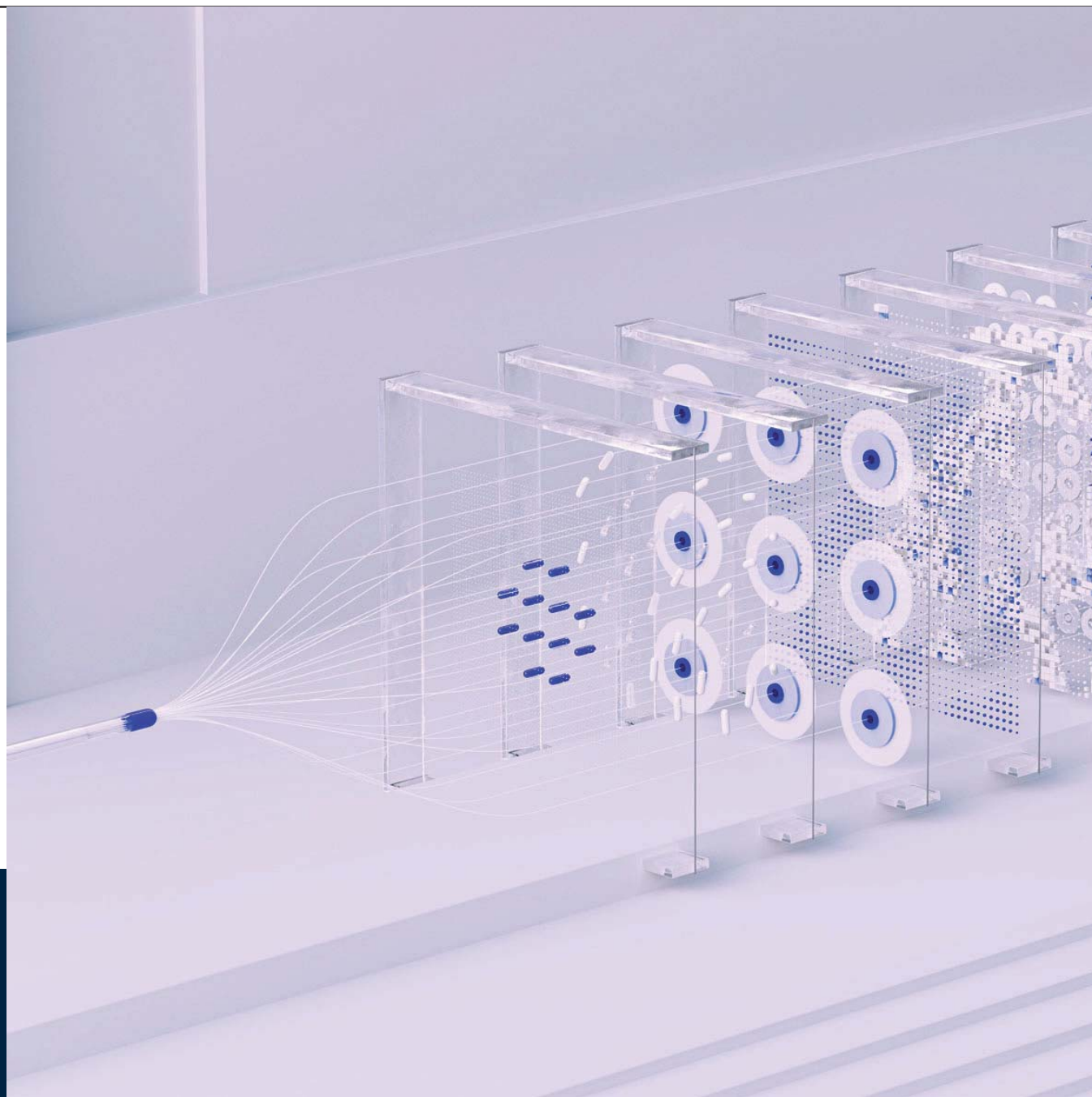
Para los gobiernos en México y en América Latina, la digitalización ha dejado de ser solo un imperativo técnico de modernización administrativa para convertirse en el eje central de su estrategia de supervivencia narrativa. La premisa es brutal, pero muy simple: un ecosistema de descrédito institucional, donde la palabra política vale poco, pero la experiencia de usuario digital se convierte en el discurso definitivo. El gobierno ya no necesita persuadir con argumentos retóricos; necesita diseñar interacciones digitales que comuniquen eficiencia, cercanía y control, y consolidar la percepción de que esa es la realidad que se vive y en la que administran.

Es por eso que, el diseño de una plataforma estatal opera bajo la misma lógica que rige un discurso en la tribuna pública, pero con adaptaciones de forma. Cada elemento visual, cada flujo de navegación y cada respuesta automatizada constituye una decisión política deliberada. Por ejemplo, cuando un municipio en crisis lanza una aplicación de servicios con una estética

minimalista, intuitiva y veloz, no está simplemente ofreciendo una herramienta; está instalando un marco interpretativo específico que busca proyectar el de un Estado moderno, ágil y presente.

Para los gobiernos de América Latina, la digitalización ha dejado de ser solo un imperativo técnico de modernización administrativa para convertirse en el eje central de su estrategia de supervivencia narrativa

Es bajo esta lógica que se crea una narrativa estética del rendimiento que funciona como un potente dispositivo de comunicación política diseñado para neutralizar la realidad física. En territorios, generalmente del ámbito local, donde el ciudadano experimenta el abandono representado en baches, inseguridad, hospitales saturados, es justamente en donde la fluidez de una interfaz digital ofrece un refugio narrativo. Es ese clic exitoso el que sustituye a la promesa de campaña y la notificación de un “trámite completado” es el eslogan más efectivo en la era de la inmediatez.



Sin embargo, este desplazamiento conlleva un riesgo semiótico profundo: la confusión deliberada entre la imagen o percepción de capacidad y la capacidad real. Existen gobiernos con graves deficiencias operativas que sostienen niveles de aceptación artificialmente altos usando una fachada digital consolidada por una estrategia de comunicación. La interfaz actúa como un mecanismo de propaganda silenciosa que no requiere de grandes oradores, sino de desarrolladores capaces de traducir ideología en código, creando una discrepancia donde el ciudadano habita dos países: el digital, que funciona, y el real, que colapsa.

El algoritmo como editor de la agenda pública

Si la interfaz es el nuevo discurso, el algoritmo es el nuevo estratega. En la comunicación política clásica, los jefes de prensa y consultores decidían qué temas priorizar y cómo encuadrarlos. Hoy, esa función editorial crucial se ha trasladado parcialmente a las reglas automatizadas que gestionan la relación Estado-ciudadano. Estamos ante una gobernanza de microinfluencias o *nudges* digitales.

En un algoritmo que prioriza la visualización de ciertos logros municipales en el *feed* de

una *app*, o un sistema de atención ciudadana diseñado para invisibilizar quejas complejas, están ejerciendo comunicación política pura. La diferencia radica en la escala y la precisión. Mientras el discurso televisivo es masivo y genérico, la comunicación algorítmica permite una segmentación quirúrgica del mensaje. El gobierno puede comunicar una narrativa de seguridad y orden a un barrio de clase media a través de alertas preventivas, mientras gestiona una narrativa de asistencialismo en zonas populares mediante la priorización de subsidios, todo ello sin que ambas audiencias se crucen.

El gobierno ya no necesita persuadir con argumentos retóricos; necesita diseñar interacciones digitales que comuniquen eficiencia, cercanía y control

Esta fragmentación del espacio público destruye la noción de ciudadanía unificada. El algoritmo comunica con precisión, al mismo tiempo que divide y ordena el territorio social, impidiendo la conformación de una crítica colectiva sólida, pues cada usuario experimenta una versión distinta del Estado.

Mirando hacia los próximos ciclos electorales en América Latina, es previsible la consolidación de un "tecnopopulismo". Se

proyecta el surgimiento de liderazgos que basarán su capital político en la captura de la atención en las pantallas, pues intentarán saltarse la intermediación de la prensa tradicional para gobernar directamente a través del dispositivo móvil.

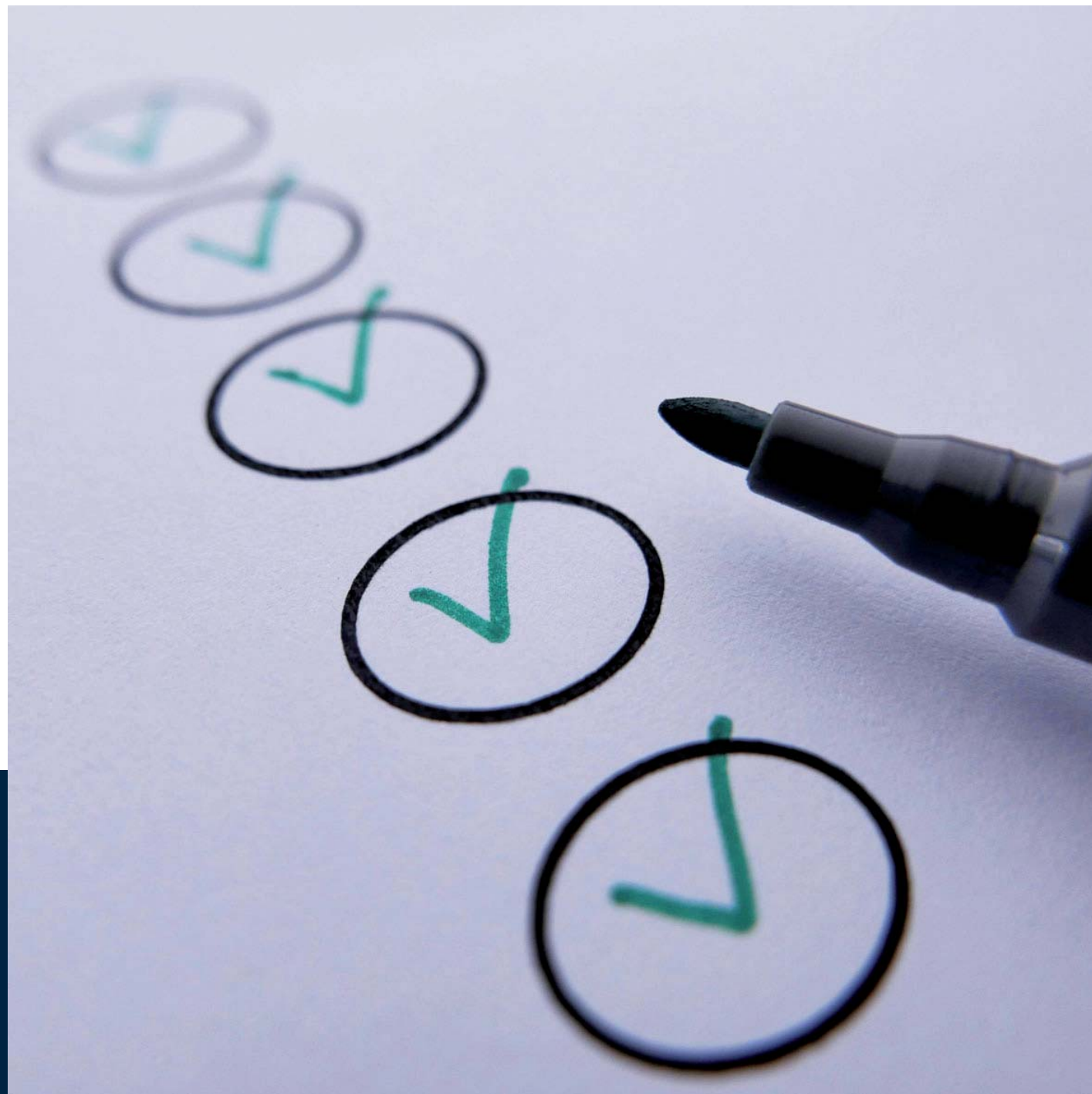
Su promesa comunicacional será la despolitización de la gestión mediante la tecnología. Venderán la ilusión de que una buena *app* equivale a una buena democracia, y que la eficiencia del algoritmo hace innecesaria la deliberación política. Este tipo de liderazgo buscará transformar al ciudadano en usuario, eliminando la fricción del debate público y reemplazándola por la satisfacción del cliente.

Para la consultoría política, el desafío es mayúsculo, pues debemos dejar de leer la comunicación gubernamental solo en los discursos y empezar a auditarla en las interfaces. Porque en el siglo XXI, quien diseña la experiencia de usuario, está escribiendo el guion de la legitimidad del poder. La soberanía narrativa ya no pertenece a quien grita más fuerte, sino a quien controla el código que media nuestra realidad cotidiana.



Imelda J. Muñoz Carvajal (México) es periodista y maestrante en Gobierno Electrónico por la Universidad de Guadalajara, con más de quince años de experiencia en comunicación estratégica, medios informativos y gestión de proyectos. Su trayectoria abarca la conducción de equipos de prensa, comunicación de crisis y análisis de audiencias, así como la creación de contenido multiplataforma para instituciones públicas y privadas. Actualmente combina su labor profesional con investigación académica en comunicación gubernamental, modernización administrativa y uso de tecnologías digitales para fortalecer la relación entre ciudadanía y gobierno.

X: @imeldamunoz | Ig: @imelda_munozc | In: Imelda Muñoz



El algoritmo no cuenta votos

Las conversaciones políticas se han llenado de métricas digitales, sin embargo, no podemos olvidar que la voluntad ciudadana se mide casilla por casilla.



Por Jorge Alberto Álvarez Gutiérrez

En los últimos años se ha vuelto demasiado común escuchar a equipos de campaña presumir que “ya somos tendencia”, “el video se volvió viral” o “traemos muy buen alcance en redes”. Actualmente, la conversación política se ha llenado de métricas digitales y toda gira en torno a *likes*, impresiones, *engagement* o seguidores. Sin embargo, detrás de la euforia digital hay un dato elemental que muchos prefieren olvidar: el algoritmo no cuenta votos, pues al final, la voluntad ciudadana se mide casilla por casilla, sección por sección, acta por acta y ese momento decisivo no ocurre frente a una pantalla táctil sino de cara a la urna.

Detrás de la euforia digital hay un dato elemental: el algoritmo no cuenta votos, pues al final, la voluntad ciudadana se mide casilla por casilla, sección por sección, acta por acta

Sin restarle importancia a las redes sociales, la política contemporánea se juega también en la esfera digital

y quien lo ignore se autoexcluye de una parte central de la conversación pública, pero no podemos confundir visibilidad con estructura; conversación con organización; y tendencia con voto efectivo. Lamentablemente, este error se ha replicado en muchas campañas que se centra únicamente en este aspecto, haciendo a un lado la planeación y la logística política. La verdad debe decirse sin rodeos: la política se gana en el territorio, con método y con estructura. Las redes ayudan, amplifican y ordenan la conversación, pero es el territorio en donde todo se decide.

Desde la militancia, se observa una situación delicada, incluso alarmante, ya que cada vez contamos con menos cuadros formados que pueden entender esta diferencia. En no pocas mesas de estrategia se usan palabras como “padrón”, “estructura”, “promotores”, “activistas”, “movilización” o “defensa del voto” como si fuera sinónimos intercambiables. Quien ha coordinado estructuras territoriales y desarrollado logística electoral sabe que cada uno de esos conceptos describen acciones distintas de un engranaje que solo funciona si está bien ensamblado. El padrón no es una lista de contactos del teléfono móvil, ni la base de datos que alguien consiguió en algún momento, es el universo formal de ciudadanas y ciudadanos con posibilidad de votar en



una elección disgregado por sección, casilla y territorio. Trabajar sin un padrón bien entendido es hacer política a ciegas, es caminar sin saber exactamente sobre qué terreno se está pisando.

La promoción del voto tampoco equivale a repartir folletos al azar ni llenar grupos de WhatsApp con cadenas, es el proceso sistemático de identificar persona a persona, quién está dispuesto a escuchar, recibir un mensaje o considerar una opción política específica. Es un trabajo paciente, casi artesanal que exige método, coordinación y seguimiento; a partir de ahí entra

en juego el activismo, desde el cual se genera que esa red de personas reconvierta la simpatía en presencia organizada a través de comités, responsables por calle, liderazgos naturales y vecinos que no solo opinan, sino que también hacen una tarea concreta. Sin esta capa organizativa, no se tiene estructura, pues es solo una lista de buenas intenciones.

La movilización, por su parte, es el momento en el que todo lo anterior se activa para que esa intención de voto se traduzca en gente que se levanta, se traslada, hace fila y marca una boleta. Pretender llegar

a esa fase sin haber construido adecuadamente las anteriores es condenarse a improvisar o depender de ocurrencias de último minuto, o peor aún, a comprar movilización sin haber construido lealtades ni confianza. Mezclar estas categorías o intentar saltarse etapas solo deja un resultado predecible: campañas que se perciben fuertes en conversación, pero que cuando llega el conteo se desploma en estructura.

La política se gana
en el territorio,
con método
y con estructura.
Las redes ayudan,
amplifican y ordenan
la conversación,
pero es el territorio en
donde todo se decide

La lógica del marketing entró a la política por la puerta grande para segmentar públicos, perfilar audiencias, generar contenidos aspiracionales y medir impactos en tiempo real. Esta profesionalización tiene aspectos positivos y necesarios, el problema comienza cuando se copia sin adaptar, vender un producto y ganar una elección no son procesos equivalentes. Un consumidor puede comprar una marca una

vez y luego cambiar sin mayor implicación, mientras que un elector se relaciona con instituciones, sufre o disfruta las decisiones públicas.

Las redes sociales son espacios poderosísimos para exponer ideas, fijar agenda y disputar la narrativa pública, por ello hay campañas que logran posicionarse rápidamente, pero no pueden responder tres preguntas elementales: ¿en qué secciones son competitivos? ¿qué corte actualizado tienen de su voto duro? ¿quién es el responsable de cada espacio? Estas respuestas son valiosas porque forman parte de la estrategia que se traduce en resultados.

Las redes construyen prestigio, sin duda, pero la gobernabilidad, es decir, la capacidad de cumplir lo que se promete y de sostener un proyecto en el tiempo, se define en otra dimensión: en la forma en que se llega al territorio, se escucha, se ordena y se trabaja con la gente real, en lugares concretos.

En el día de la elección, la diferencia entre una campaña robusta y una campaña frágil no se ve en los discursos ni en los spots finales, sino en los detalles: representantes que sí llegaron y saben qué hacer; listas de movilización realistas y verificadas; vehículos con rutas definidas; y centros de coordinación que reciben datos, no rumores. Lo contrario también lo conocemos: teléfonos que no



contestan, casillas sin representante, “encargados” que nadie encuentra y votantes potenciales que se quedaron en casa porque nadie les avisó a tiempo o porque se equivocaron de casilla. Lo peor es que, muchas veces, al final se le echa la culpa a factores externos: al árbitro electoral, a la baja participación o a la “guerra sucia” de los adversarios. Pocas veces se admite lo evidente: lo que falló fue la operación.

Una estrategia territorial exige conectar territorio y relato. El territorio debe retroalimentar la narrativa. De lo contrario, el candidato parece hablar de un país abstracto que nadie reconoce

Por último, una estrategia territorial exige conectar territorio y relato. El territorio debe retroalimentar la narrativa. De lo contrario, el candidato parece hablar de un país abstracto que nadie reconoce, situación que en la actualidad se evidencia diariamente en México, mediante conferencias de prensa matutinas a modo, desde las que se dictan

temas a conveniencia a tratar, mientras la realidad y la gente se mantiene sobrellevando problemas concretos que nunca aparecen en el discurso ni tendrán solución. Dicho lo anterior, ver el territorio como ingeniería política, es aceptar que cada colonia, cada comunidad y cada distrito requiere una combinación distinta de presencia, atención, organización y mensaje específico. Eso no se improvisa, se diseña con la recopilación y estudio de datos, experiencia y capacidad de escucha.

Plantear una guerra entre “lo digital” y “lo territorial” es, en este contexto, una falsa disyuntiva. La pregunta correcta no es cuál importa más, sino cómo se integran. Las redes sociales pueden aportar mucho al trabajo territorial: permiten detectar focos de simpatía o de descontento que no pasan por las estructuras tradicionales; ayudan a identificar liderazgos comunitarios que ya están activos en plataformas digitales; facilitan la convocatoria a voluntarios que quizá no entrarían a un comité formal, pero sí a una acción puntual o a una causa específica; afinan el lenguaje y los temas que más resuenan en distintos segmentos de la población. Pero para que todo eso sume, hay que hacer un movimiento clave: llevar la información del mundo digital al mapa territorial y a la logística, no dejarla flotando como conversación aislada.

Plantear una guerra entre “lo digital” y “lo territorial” es una falsa disyuntiva. La pregunta correcta no es cuál importa más, sino cómo se integran

De poco sirve que un video tenga un millón de reproducciones si el equipo de planeación no sabe en qué colonias conviene reforzar presencia, en qué secciones debe concentrar la movilización o qué segmentos de electores muestran mayor disposición al cambio. La métrica digital debe traducirse en decisión operativa. Si no hay esa traducción, las redes se convierten en un espejo que devuelve, amplificada, la imagen que la campaña quiere ver de sí misma, pero sin tiros de precisión. Por eso, el orden correcto de los factores es otro: primero mapa, datos, método y estructura; después narrativa y redes al servicio de ese diseño. Intentar invertir la secuencia es como construir una casa empezando por la pintura de la fachada.



Jorge Alberto Álvarez Gutiérrez es licenciado en Mercadotecnia y especialista en planeación y logística político-electoral. Actualmente se desempeña como Coordinador de Planeación y Logística del PRI Jalisco, responsabilidad que ocupa desde 2022, con énfasis en el diseño estratégico, la organización territorial y la operación de estructuras partidistas. Cuenta con experiencia en el trabajo seccional y en la articulación de estructuras locales, habiendo fungido como Presidente de Seccional del PRI en Zapopan entre 2022 y 2025, además de ser Consejero Político Estatal del PRI Jalisco para el período 2022-2026.

Fb: Jorge Alberto | Ig: @oficialgeorges



Tribulaciones, lamentos y ¿amanecer? de un rey (no) imaginario

Cuando las encuestas y los analistas imaginaban un resultado desfavorable para el presidente argentino Javier Milei en las elecciones de medio término, el León sacó pecho y se llevó los laureles. Cómo se forjó el espinoso camino a la victoria, y cómo encara el envalentonado gobierno los dos años restantes para las elecciones presidenciales.



Por Leonardo Agustín Motteta

La canción de Sui Generis¹ describe una escena conocida de la política. El ocaso, el momento en donde baja la espuma y, frente a la efervescencia inicial de los buenos tiempos, aparecen las dudas, los problemas. La opinión pública, la misma que parecía apoyar incondicionalmente, se vuelve en contra. Los creyentes se vuelven escépticos y lentamente terminan por convertirse en desencantados.

Si bien el tiempo es el erosionador implacable de cualquier relación (y por eso se suele utilizar en política la metáfora de la “luna de miel”), generalmente este ocaso viene de la mano con errores de quienes detentan el poder político. El proceso es simple, pero la naturaleza del hombre lo hace difícil de evitar: envalentonado por los resultados electorales, el líder comienza a creer que no puede fallar y sus acciones no tienen consecuencias. El poder se disocia de la realidad (una realidad que, como dice Charly García, muy bien no conocen y deciden no oír), y avanza en un espiral descendente que es cada vez más difícil de detener.

Lo que parecía precipitarse a una derrota que los dejaría frente a dos años muy difíciles terminó siendo un triunfo contundente que revitalizó al gobierno libertario

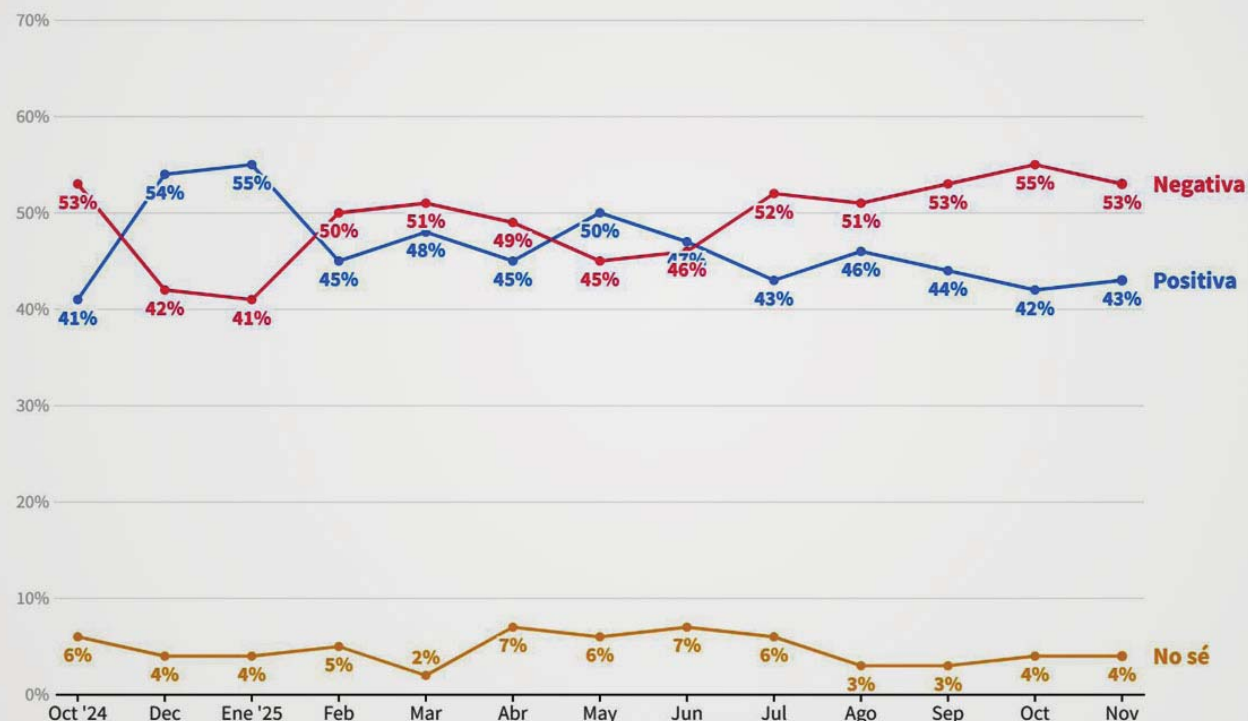
Pero en el caso Milei, se dio (nuevamente) la novedad que rompió la regla. La Libertad Avanza tuvo sus tribulaciones, lamentos, pero no su ocaso. Lo que parecía precipitarse a una derrota que los dejaría frente a dos años muy difíciles, y mientras pululaban especulaciones sobre posibles sucesiones por vacancia del poder, terminó siendo un triunfo contundente que revitalizó al gobierno libertario.

Si bien se abordará el porqué de este resultado sorpresivo, también debemos preguntarnos por lo que viene. Es que, si no existió la pérdida de vitalidad esperada, es posible que se haya dado el movimiento contrario: un fortalecimiento de La Libertad Avanza como identidad política y una consolidación del presidente libertario en el poder. Si después de un proceso de desgaste, de un ajuste a sectores medios y trabajadores, y de varios desaciertos mediáticos en rápida sucesión, el gobierno sigue fuerte, es posible que estemos presenciando no un ocaso, sino un (nuevo) amanecer de Milei. Una posibilidad de remediar los errores y fortalecerse, empujado por la obtención de numerosas bancas en las cámaras legislativas.

En un contexto en donde el gobierno pretende avanzar con la reforma laboral, la cual es promovida históricamente por el antiperonismo argentino pero nunca logra hacerse realidad, la pregunta por el resurgimiento de las posibilidades de reelección del presidente y el fortalecimiento de su marca es cada vez más relevante. Avanzaré con el análisis del recorrido preelectoral, la situación posterior y lo que se viene.

1 - Sui Generis, grupo de rock argentino conformado por Charly García y Nito Mestre, lanzó en el año 1973 el disco *Confesiones de invierno*, que incluía el tema *Tribulaciones, lamento y ocaso de un tonto rey imaginario o no*, al que hace referencia el autor.

IMAGEN DE JAVIER MILEI (Serie temporal)



Tribulaciones

Partimos del entendimiento de que el gobierno de Milei surcó aguas tormentosas, es decir, los errores y escándalos no fueron ajenos al ejercicio del poder. Con “el diario del lunes” podríamos discutir si estos acontecimientos no fueron sobredimensionados por la prensa y los analistas; y si en realidad estábamos frente a sucesos que no tenían un impacto importante en la imagen del gobierno. Sin embargo, según sondeos de opinión, parece comprobarse que existió realmente una apreciación negativa sobre estos eventos por parte de la población y una desaprobación de las acciones del presidente y sus funcionarios.

En la siguiente medición de Atlas Intel, queda clara la tendencia al aumento de la imagen negativa del presidente, que se da con altibajos desde febrero de 2025. La recuperación comienza con el resultado electoral favorable.

¿Cuáles fueron estos escándalos que dañaron la imagen del presidente?

Pretender abarcar este tema en su totalidad se hace difícil, porque los problemas y errores de la alianza gobernante fueron abundantes. El fentanilo contaminado, las coimas en la agencia de discapacidad

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

(que implican a la hermana y mano derecha del presidente, Karina Milei), la moneda Libra (criptogate), el lazo de Espert con el empresario acusado de narcotráfico Fred Machado.

Cada uno de estos acontecimientos tuvieron un gran impacto mediático y pusieron en una situación complicada al experimento libertario. Se convirtieron velozmente en tema de discusión cotidiana, lo cual pone en juego la reputación de los involucrados, algo que nadie en política quiere enfrentar.

Si bien se podría decir que hubo algunas buenas noticias en el plano económico (me refiero específicamente a las negociaciones con Donald Trump y la desaceleración del fenómeno inflacionario), la bonanza prometida tampoco se hizo presente. Suba de impuestos, cierre de empresas, pérdida del poder adquisitivo, recortes a jubilados. La economía no terminaba de arrancar y las señales de la llegada de un porvenir dichoso eran cada vez más tenues.

Lamentos

Cuando las borrascas comienzan a soplar fuertes y el barco no se endereza, comienzan los intentos de salvar el naufragio. Y en política, generalmente, la desesperación le gana a la buena praxis. El problema surge cuando se empieza a perder el norte y el poder decide cerrar los oídos y creerse lo que su círculo repite (“no los oí, que vil razón, les molestaban sus barrigas”).

Las respuestas ante la crisis, suelen ser, más que operaciones de precisión, quejas de un gobierno enojado porque la respuesta de la población, que parecía obvia, fue distinta a la esperada. Y desde esa posición inicial errada, es difícil recuperarse.

El manejo de crisis fue poco efectivo en el caso de la comunicación de Milei. No se logró imponer un *framing* positivo para el gobierno en ninguno de los escándalos, y el “control de daños” fue inefectivo, al punto que las situaciones críticas se profundizaban con el tiempo.

A pesar de contar con una maquinaria de comunicación aceitada, principalmente en redes sociales, el gobierno carece de estrategias claras para dar respuestas ante situaciones inesperadas

El gobierno acusó el golpe, y los distintos comunicadores relacionados al mismo, comenzaron ante el desconcierto general, a lanzarse acusaciones cruzadas. *El Gordo Dan*, principal cruzado mileista



en la batalla cultural de las redes sociales, cargaba contra las palabras cautelosas del ministro del Interior Guillermo Francos, al mismo tiempo que algún sector de la militancia culpaba al “cerebro” que ayudó a crear a Javier Milei, el consultor Santiago Caputo. No existió ni coordinación ni consenso. El gobierno atravesó la tormenta como pudo, con impericia y amateurismo.

La victoria de La Libertad Avanza fue contundente. Superó el 40% de los votos, ganando en quince provincias

Tomemos por ejemplo el caso de la relación entre José Luis Espert y Fred Machado. El escándalo explota cuando Espert era el candidato a diputado por la provincia de Buenos Aires, representando a La Libertad Avanza. Cuando se descubrió una transferencia de dinero por parte del empresario investigado por narcotráfico hacia el político libertario, todo fue cuesta abajo para Espert. Primero, eligió negar, pero las pruebas eran muy claras, tanto que existe una denuncia penal y una causa en Estados Unidos. Luego, ensayó embarrar la cancha culpando a su denunciante, Juan Grabois, de jugar políticamente contra él con mentiras. Pero al mismo tiempo, no pudo negar frente a un periodista en televisión

que recibió dinero. Ante las pruebas, terminó aceptando que le transfirieron dinero, pero que no fue para la campaña. Dijo “no me bajo nada”. A los dos días, se bajó.

El gobierno no pudo no haber sospechado que la denuncia de Grabois iba a llegar. El escándalo data de la campaña a presidente de Espert en 2019 y ya había sido utilizado en su contra en 2021. Pero no pareció haber una preparación consecuente: idas y vueltas, funcionarios pidiendo explicaciones mientras que el presidente bancó públicamente a Espert; una reacción tardía de Santiago Caputo con un comunicado filmado que no cerró por ningún lado (comunicado que por cierto, no fue muy bien actuado por el acusado), y finalmente, una renuncia que obligó a dejarlo a Espert en la foto de la boleta única, al no haber tiempo para modificarla.

El mismo patrón se repitió en todos los escándalos del gobierno. Es un llamado de atención, porque demostró que, a pesar de contar con una maquinaria de comunicación aceitada, principalmente en redes sociales, carece de estrategias claras para dar respuestas ante situaciones inesperadas. Cuando se los requería, no aparecieron los pilotos de tormenta, dejando el barco a la deriva de los embates externos

¿Y el ocaso?

Invito al lector a recapitular sobre lo que se habló hasta ahora. Tenemos un gobierno que sufre en año electoral, una caída considerable de su imagen. A eso le sumamos diferentes escándalos, que sacuden a La

Libertad Avanza y a sus aliados. Otro ingrediente que agregamos es que, ante estas crisis, el gobierno se equivoca de estrategia comunicacional, aumentando el impacto de los escándalos.

Si tendríamos que ponerle un final a la historia que acabamos de narrar, sería difícil que sea uno feliz. Milei fue a elecciones no solamente contra el peronismo, sino también contra los gobernadores “dialoguistas”, que percibieron la debilidad de la alianza gobernante y decidieron armar una escudería aparte. Algunos, hasta soñaban con la posibilidad de colgarse la banda presidencial, cuando, según sus cálculos, el experimento liberal quedara trunco.

Pero otra vez, el León dio la sorpresa. La victoria de La Libertad Avanza fue contundente. Superó el 40% de los votos, ganando en quince provincias. Hasta ganó en la provincia de Buenos Aires, lo que parecía imposible teniendo en cuenta la elección provincial ocurrida un mes antes y las mediciones que circulaban en los medios. La fuerza de Milei ganó en muchos lugares en donde se asomaba como tercero y se consolidó a nivel nacional. La “tercera vía” de las provincias, quedó lejos de forzar un esquema de tercios, y el presidente obtuvo las bancas que necesitaba para fortalecer su poder en las cámaras legislativas.

¿Cambiemos 2.0?

La elección que terminó haciendo el partido gobernante, fue muy similar a la de Cambiemos en 2017, cuando esta fuerza



arrasó en las elecciones intermedias. La mayor diferencia fue cómo llegaron cada uno a esta instancia. La alianza dirigida por Mauricio Macri llegaba envalentonada, con buena imagen y sosteniendo un gradualismo económico que les había ganado tiempo para retrasar el ajuste. El caso de Milei, como analizamos antes, fue todo lo contrario

Se han ensayado distintas explicaciones sobre la razón de la victoria libertaria. De todas estas, las más difundidas son la que lo explica a través del voto antiperonista; y la que señala la importancia de la intervención de Trump.

Ambas hipótesis llevan algo de razón. Argentina históricamente se explicó más por el antagonismo peronismo-antiperonismo, que por la tradicional izquierda-derecha. El clima preapocalíptico que se encendió en los medios, con predicciones de suba del dólar y desmoronamiento de la economía, seguramente influyeron para extender el fenómeno del voto antiperonista, poniendo en alerta a la población de la posibilidad de la vuelta del PJ al poder. La figura de una Cristina Fernández de Kirchner presa volviendo a subirse al ring, sumado al recuerdo fresco del gobierno errático de Alberto Fernández, fue suficiente para que muchos decidieran apoyar al presidente. Más por el odio que por el amor.

El impacto de las acciones y palabras del presidente estadounidense son más difíciles de medir, pero indudablemente tuvieron influencia en el resultado final. El miedo es, tal vez, uno de los sentimientos más fuertes, y si logra ser interpelado comunicacionalmente, es muy posible utilizarlo para movilizar voluntades. Trump es un especialista de este tipo de política y logró captar la atención de muchos argentinos que no querían ver su esfuerzo dilapidado en vano.

Quedan algunas dudas en torno a que esta sea la interpretación completa del resultado electoral. Es verdad que el anti-peronismo puede explicar el comportamiento electoral, pero en general se observaba que la aparición de una tercera fuerza con aparato iba a dificultar las posibilidades de polarización. De la misma manera, la intervención estadounidense también podría haber sido negativa para la imagen deteriorada del gobierno, que mostraba abiertamente que tenía grandes problemas económicos, al mismo tiempo que alejaba el voto nacionalista.

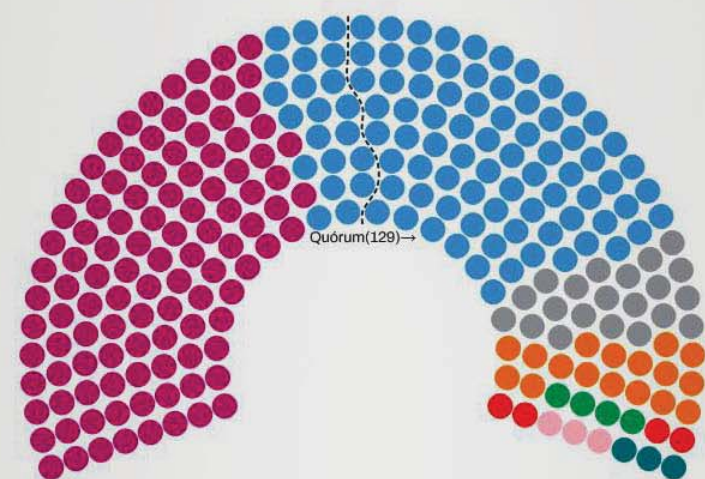
¿Qué más podría explicar la elección? En mi opinión, hay otro factor que no se está teniendo en cuenta: la emoción.

En comunicación política siempre resaltamos el papel de lo emocional frente a la razón. Si no interpelamos profundamente a los votantes, es muy difícil que nos ganemos su apoyo, más allá de todos los buenos argumentos que podríamos haber desarrollado. Tal vez, sin hacer un

trabajo sobresaliente, La Libertad Avanza fue la única fuerza que logró llegar al corazón de la gente, a través de sentimientos positivos y negativos. Positivos por la esperanza de un futuro mejor, una Argentina potencia, en donde todos podamos cumplir nuestros sueños. Negativos por el miedo de volver al pasado triste, pobre y mediocre al cual nos condenarían los políticos de la "casta".

Se han ensayado distintas explicaciones sobre la razón de la victoria libertaria. Las más difundidas son la que lo explica a través del voto antiperonista; y la que señala la importancia de la intervención de Trump

El apartado de la emoción fue desaprobado por las demás fuerzas políticas. El peronismo se centró en el miedo, pero no terminó llegando a sus electores objetivo. Muchos que antes votaban al peronismo y discrepan fuertemente con Milei, decidieron votar a fuerzas menores, votar en blanco o ni ir a ejercer el derecho al sufragio. El peronismo sigue en su piso (alto, por cierto, pero insuficiente), y no puede levantar cabeza. Su discurso le habla a los propios y ya no gana corazones.



	Bancas
● La Libertad Avanza + PRO	107
● Fuerza Patria + aliados	98
● Otros	21
● Provincias Unidas	17
● Frentes Locales	4
● Izquierda	4
● UCR	3
● Democracia Para Siempre	3

“Provincias Unidas” hizo una campaña de argumentos, razones y política. Quiso vender gestión, institucionalidad, normalidad. Ser los antiperonistas, pero cuerdos. Fue una campaña que le faltó el alma, y eso lo pagó caro. Los votantes prefirieron la opción no tan segura, pero que les decía algo que les llegaba.

La “locura” de Milei, es un rasgo del personaje que le otorga cierta humanidad, que lo separa del político clásico. Hoy en día, esto es un diferencial enorme frente a opositores que parecen cada día más lejanos de quienes representan. Esta sea tal vez la “bala de plata” de los libertarios que les permitió salir airoso de la contienda electoral.

Esto explica porque prefiero no llamar a La Libertad Avanza un “Cambiamos 2.0”. El resultado fue similar, pero por causas diferentes. El gobierno dirigido por el PRO obtuvo un resultado que tenía que ver con una gestión aprobada, la consolidación de una marca y una comunicación con pocas grietas. La Libertad Avanza logró lo mismo, pero su principal arma fue la emoción, seguramente potenciada por la errática experiencia liderada por Alberto Fernández.

¿Cómo quedaron las cámaras?

Las expectativas del gobierno siempre fueron las de crecimiento. Al ser una fuerza que aumentó su caudal de votos exponencialmente en los últimos años, el número de diputados propios era muy reducido, y cualquier resultado le aseguraba sumar

bancas. Sin embargo, la contundencia del resultado cambió el escenario político de forma inesperada.

Empecemos por la cámara de diputados. Sumando al PRO, los libertarios cuentan con 107 bancas, convirtiéndose en la primera minoría. El peronismo quedó con 98 y Provincias Unidas solo cosechó 17.

Es cierto que la fragmentación de las fuerzas menores dificulta la posibilidad de alcanzar consensos que le den mayor gobernabilidad a la gestión de Milei. Sin embargo, La Libertad Avanza en el pasado, ya logró impulsar proyectos en el congreso desde una posición más desfavorable. Siendo la primera minoría, los libertarios pueden encarar las negociaciones desde otro lugar, y de esta manera tener más herramientas para hacer política en la cámara.

La Libertad Avanza fue la única fuerza que logró llegar al corazón de la gente a través de sentimientos positivos y negativos

En el Senado la ecuación es más difícil, pero para nada imposible. La Libertad Avanza logró igualar en bancas al peronismo, quedando la cámara con un escenario de tercios (24 por lado y 24 de otras

fuerzas). Pero teniendo la lapicera, es decir, siendo la fuerza que dirige el ejecutivo y con la posibilidad de negociar con los gobernadores, los libertarios tienen buenas perspectivas para llevar adelante su agenda legislativa.

Requiere un paréntesis el principal problema que tiene el gobierno en el Senado, que irónicamente no viene desde la oposición: la vicepresidenta, Victoria Villarruel, quien oficia de cabeza en esa cámara no tiene buena relación con nadie perteneciente a La Libertad Avanza. No hay diálogo entre Milei y la vicepresidenta, lo que puede dificultar negociaciones y permitirle al peronismo bloquear intentos parlamentarios del ejecutivo. Villarruel tiene algunas herramientas para mojar la pólvora de un gobierno que viene envalentonado.

Un ejemplo del nuevo poder de fuego del presidente se dio en la reunión con los gobernadores dialoguistas. La misma sucedió apenas terminada la elección, convocada por el mismo Milei. No faltó (casi) nadie (la no presencia de Axel Kicillof era, como dicen, cantada). La foto fue muy clara: de ahora en más, quien dirigía era Milei y, para conseguir lo que los gobernadores querían, había que sentarse a escuchar la oferta del presidente. Los recortes presupuestarios calaron fuerte en las provincias, lo que llevó al intento de fortalecerse en la legislatura a través de provincias unidas. Al final, la apuesta no terminó pagando.



¿Amanecer?

Al final, nadie gritó revolución. Los “gritos de las bestias” que horrorizan al soberano fueron tapados por el rugido del León que salió fortalecido. Un gobierno golpeado, que pasó por los pasos previos a la debacle, no solamente sobrevivió, sino que salió airoso.

La pregunta que surge en esta etapa es: ¿estamos asistiendo a un nuevo amanecer de La Libertad Avanza, que borra los errores del pasado y se encamina decididamente a la reelección? ¿O en realidad lo que observamos es un hecho coyuntural, que puede terminar como

terminó Cambiemos en 2019? Recordemos que la alianza que puso en la Presidencia a Mauricio Macri, perdió en primera vuelta contra el peronismo, más allá de la victoria contundente de 2017 en las elecciones intermedias.

La eficacia como marca de La Libertad Avanza y la potencia del fenómeno Milei son, a estas alturas, innegables. Argentina vio caer muchos intentos de ajustes y reestructuraciones, que tuvieron muchos mejores modales que el fenómeno actual. Pasaron por las mismas tribulaciones y los mismos lamentos, (tal vez, hasta con más soltura), pero se quedaron en la mitad. Milei no avanza con mucha cautela, pero

RELATO

eso no lo detiene. Y a la oposición le cuesta cada vez más interpelar a un grupo grande de personas que rechaza a este gobierno, pero también a los anteriores.

Se discute mucho sobre la importancia de las redes, los algoritmos y las nuevas formas de comunicar. Sin intención de ingresar a este importante debate, me parece relevante decir que la elección de La Libertad Avanza demuestra que muchas cosas han cambiado, y que asistimos a un fenómeno comunicacional sobre el cual debemos generar herramientas nuevas de análisis para abarcarlo.

Mientras se le recomendaba prudencia al presidente, las declaraciones eran polarizantes. Cuando se le decía que el show en el Movistar Arena “plantaba” votos, los libertarios fueron para adelante. En el momento en que parecía sensato hacer la paz con la prensa, Milei decidió atacar periodistas. Ejemplos variados de una fuerza política que rompió varios manuales de comunicación y se salió con la suya. Se nos presenta una tarea importante, que es la de seguir generando herramientas de análisis para poder dar cuenta de las transformaciones que se han operado en la opinión pública y consecuentemente, en la mente de los votantes.

La pregunta del posible amanecer queda, por ahora, sin respuesta. El espaldarazo de la elección dejó bien

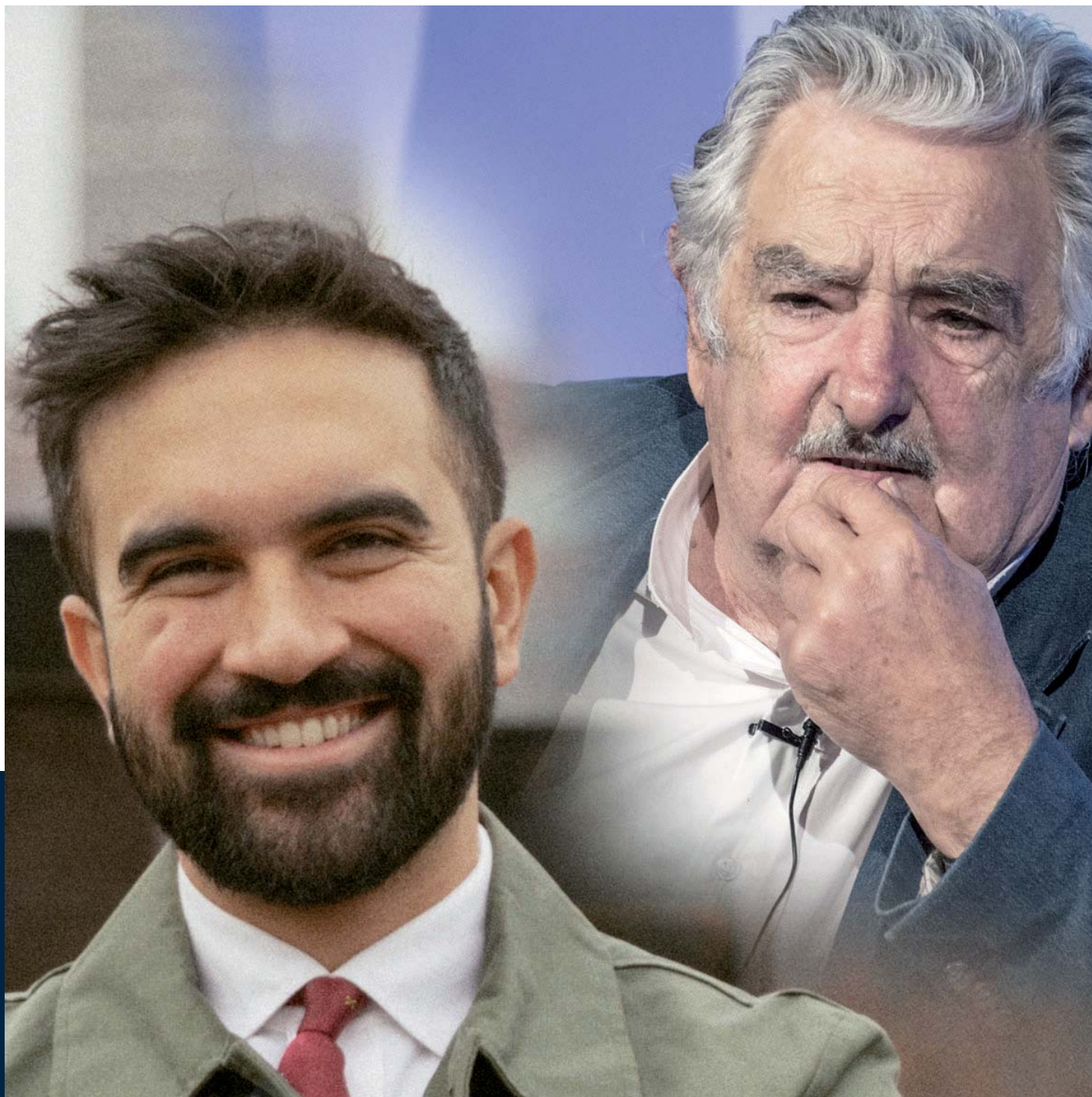
parado al gobierno, pero eso no borra los problemas del pasado, ni soluciona los temas del presente. Una elección intermedia no es la final, y faltan muchos pasos para llegar al 2027. Pero la resiliencia de un gobierno que superó un camino sinuoso deja a Milei muy esperanzado. Deberán tomar nota los opositores, aquellos que ya no convencen ni gustan. La perspectiva de un proyecto alternativo a la Argentina libertaria quedó trunca con la elección de este año, no hay candidato ni nada que se le oponga a lo que ya existe en el país. Es momento de barajar y dar de nuevo, dejando de lado las explicaciones que culpan al votante, buscando descifrar las causas de la derrota, para empezar a crear algo que conecte realmente con el pueblo argentino.

Si esta tarea no se completa, la reprobación caerá del lado de la oposición y terminaremos asistiendo así, al ocaso de estos proyectos. No saber leer la situación y actuar con soberbia, lleva a la irrelevancia política. Y si así fuera el caso, predecir el final de esa historia, es mucho más fácil.



Leonardo Agustín Motteta (Argentina) es licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario. Se desempeña como consultor, analista político y redactor. Es investigador en el Centro de Estudios de Política Internacional de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

In: Leonardo Agustín Motteta



De Mamdani a Mujica: el éxito de las campañas austeras

La austeridad, el trabajo territorial, la militancia organizada y un relato coherente pueden derrotar a estructuras políticas y económicas aparentemente invencibles. Una reflexión estratégica sobre cómo las campañas de base siguen siendo una herramienta eficaz para disputar el poder en contextos dominados por el dinero y la sobreexposición mediática.



Por Marcel Lhermitte

Zohran Mamdani es el último gran fenómeno para quienes trabajamos y nos apasionamos por la planificación y gestión de campañas electorales. El nuevo alcalde de Nueva York, tal como lo hizo anteriormente Alexandria Ocasio-Cortez en Estados Unidos o el propio Pepe Mujica en Uruguay, demuestra que —entre otras enseñanzas— una buena estrategia puede vencer a quienes tienen la maquinaria mediática y económica a su disposición.

Las primeras campañas del Movimiento de Participación Popular (MPP) en Uruguay no invertían recursos económicos en medios de comunicación tradicionales, por iniciativa de su líder, Pepe Mujica. En una época en la que las redes sociales no estaban extendidas, la mayor erogación monetaria se volcaba fundamentalmente a la televisión, que por entonces reinaba en la mayoría de los hogares.

No pautar en televisión suponía para “los entendidos” que la campaña sería un fracaso y que se minimizaría la cantidad de votos, pero esa máxima se rompió en Uruguay cuando Pepe Mujica decidió hacer una campaña austera, con énfasis en el territorio y sin erogaciones desmedidas.

En 2004, cuando el Frente Amplio llegó a la Presidencia de la República por primera vez, el resultado de la lista 609 “rompió el molde”: sin publicidad en televisión, el MPP, encabezado por el líder tupamaro, fue el sector más votado de la coalición de izquierda —incluso superó a todas las

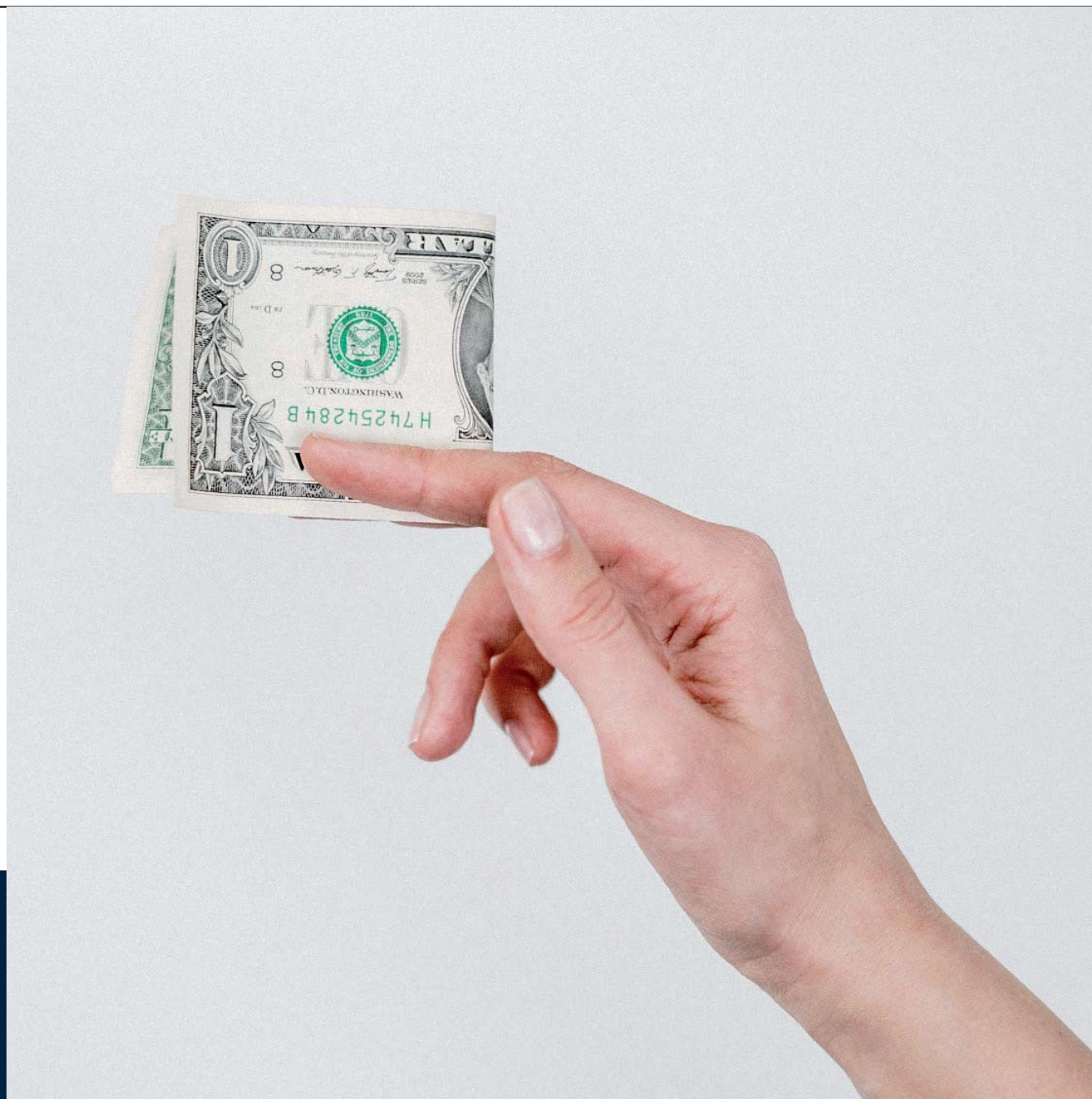
listas sumadas del Partido Colorado— y sus números fueron fundamentales para que Tabaré Vázquez fuera electo jefe de Estado en primera vuelta.

Una buena estrategia puede vencer a quienes tienen la maquinaria mediática y económica a su disposición

El secreto estuvo en el relato construido durante muchos años por Mujica, pero también en la estrategia territorial sostenida en el tiempo, no solo durante la campaña electoral de ese año.

Más de veinte años después, es Mamdani quien, como candidato a alcalde de Nueva York, rompe el molde en 2025 al vencer al gran favorito y adversario más poderoso en términos de recursos económicos, Andrew Cuomo —primero en las primarias demócratas y posteriormente cuando este, tras ser derrotado, se presentara igualmente como candidato independiente en la elección general—.

Pero el triunfo de Mamdani tiene otro antecedente: la victoria alcanzada por la diputada demócrata Alexandria Ocasio-Cortez, también en Nueva York, cuando derrotó en las urnas al líder de su propio partido en esa circunscripción, el experimentado y poderoso Joe Crowley.



Tanto Mamdani como Ocasio-Cortez pertenecen a los Demócratas Socialistas de América, colectivo ubicado en el ala izquierda del Partido Demócrata de Estados Unidos, que en su momento supo liderar Bernie Sanders. La idiosincrasia estadounidense lleva a que este colectivo sea tildado de “comunista”, con el peso simbólico que ello supone en el país del norte del continente.

Claves de triunfos austeros

Cuando nos enteramos de cuánto gastó un partido político o un candidato en una campaña electoral, los números muchas veces nos sonrojan. No es disparatado

observar casos en los que un candidato invierte en una campaña mucho más de lo que podría percibir como salario durante todo un mandato.

Esta situación abre otro debate: si sin dinero no hay campañas, entonces ¿sin dinero no se puede hacer política?

Los recursos económicos son fundamentales para hacer política en general y, por lo tanto, también lo son en una campaña electoral, en la que es necesario pagar transporte, cartelería, folletería, locales, equipos técnicos, asesores, inversión en redes sociales y en medios de comunicación tradicionales, entre otros rubros.

Estas erogaciones generan que quienes poseen mayores recursos, fundamentalmente económicos, partan con cierta ventaja sobre el resto de sus adversarios. Sin embargo, esa condición —como lo vemos en los casos de Mujica en Uruguay y ahora de Mamdani u Ocasio-Cortez en Estados Unidos— no garantiza necesariamente la victoria. De allí la importancia de analizar estos procesos exitosos para extraer conclusiones útiles para la planificación y gestión de campañas de candidatos o candidatas con menor poder adquisitivo.

Plan de movilización

La campaña de Mamdani, según datos de su equipo, movilizó a más de 100 mil voluntarios, que realizaron alrededor de tres millones de acciones de puerta a puerta y más de un millón de contactos directos, enfocados en votantes de baja propensión —jóvenes, musulmanes, comunidades negras e hispanas en barrios periféricos como el Bronx y Queens—. Esta iniciativa superó cuantitativamente a la realizada anteriormente por Ocasio-Cortez, que también apostó por una estrategia casa a casa.

Los votos y la energía del candidato o candidata nunca alcanzan para ganar una elección. Los comicios los gana la militancia, fundamentalmente quienes integran el primer anillo: aquellos convencidos del proyecto político, que brindan su tiempo para salir a buscar los votos a los que no llega el liderazgo.

Ahí radica la importancia de comenzar una campaña electoral focalizada en el núcleo duro; en el enamoramiento, convencimiento y fortalecimiento de la base militante, que será la infantería política en el territorio a conquistar.

Relato

Tanto Mamdani como Ocasio-Cortez apelaron a narrativas claras, focalizadas en la “dignidad económica” frente a la situación cotidiana que atravesaban los neoyorquinos. El objetivo fue generar identificación y ofrecer respuestas a los problemas diarios de la mayoría de la ciudadanía.

Sin publicidad en televisión, el MPP rompió el molde y se convirtió en el sector más votado de la coalición de izquierda

Siguiendo el concepto del consultor catalán Xavi Peytibi, ambos apostaron por la solidez de sus “campañas conectadas”: la narrativa online tuvo su correlato en la narrativa offline y viceversa, generando coherencia y consistencia en los mensajes.

Las redes sociales y la campaña digital son hoy fundamentales. Muchos votantes, especialmente los menos politizados,



se encuentran en la virtualidad, por lo que los influencers y los espacios de podcast o streaming comienzan a ser vitales en las estrategias de comunicación política. Sin embargo, no están por encima de las estrategias territoriales, como demuestran los casos analizados.

Los comicios no los gana un candidato en soledad: los gana la militancia organizada en el territorio

Paralelamente, la segmentación estuvo muy bien lograda en ambas campañas, incluso mediante mensajes en español orientados a captar el voto de la comunidad latina, utilizando un lenguaje sencillo y fácilmente decodificable por el público objetivo. Sabían a quiénes les hablaban, los conocían y compartían sus códigos lingüísticos.

Desinformación

Un síntoma de que estas campañas estaban funcionando fue la desinformación de la que fueron víctimas, especialmente la de Mamdani, quien debió resistir ataques de figuras como el actual presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y de uno de los empresarios más poderosos del mundo, Elon Musk, dueño de la red social X.

Mamdani fue objeto de una intensa campaña de desinformación durante su candidatura, con acusaciones que lo catalogaban como “comunista” o “pro-Hamas”. Se registraron millones de publicaciones con información falsa dirigidas contra el entonces candidato. Frente a ello, la estrategia del ahora alcalde incluyó mecanismos de defensa basados en respuestas oficiales y en la apelación a la transparencia para contrarrestar el odio y la desinformación promovidos por sus adversarios.

La erogación desmedida de recursos no garantiza el triunfo; la coherencia, la base social y el trabajo territorial sí

En síntesis, las campañas de Mamdani y Ocasio-Cortez demuestran que la erogación desmedida de recursos económicos no garantiza el éxito electoral; que las campañas de base pueden derrotar a aquellas financiadas por los sectores más poderosos, y que la militancia y el despliegue territorial siguen siendo determinantes.

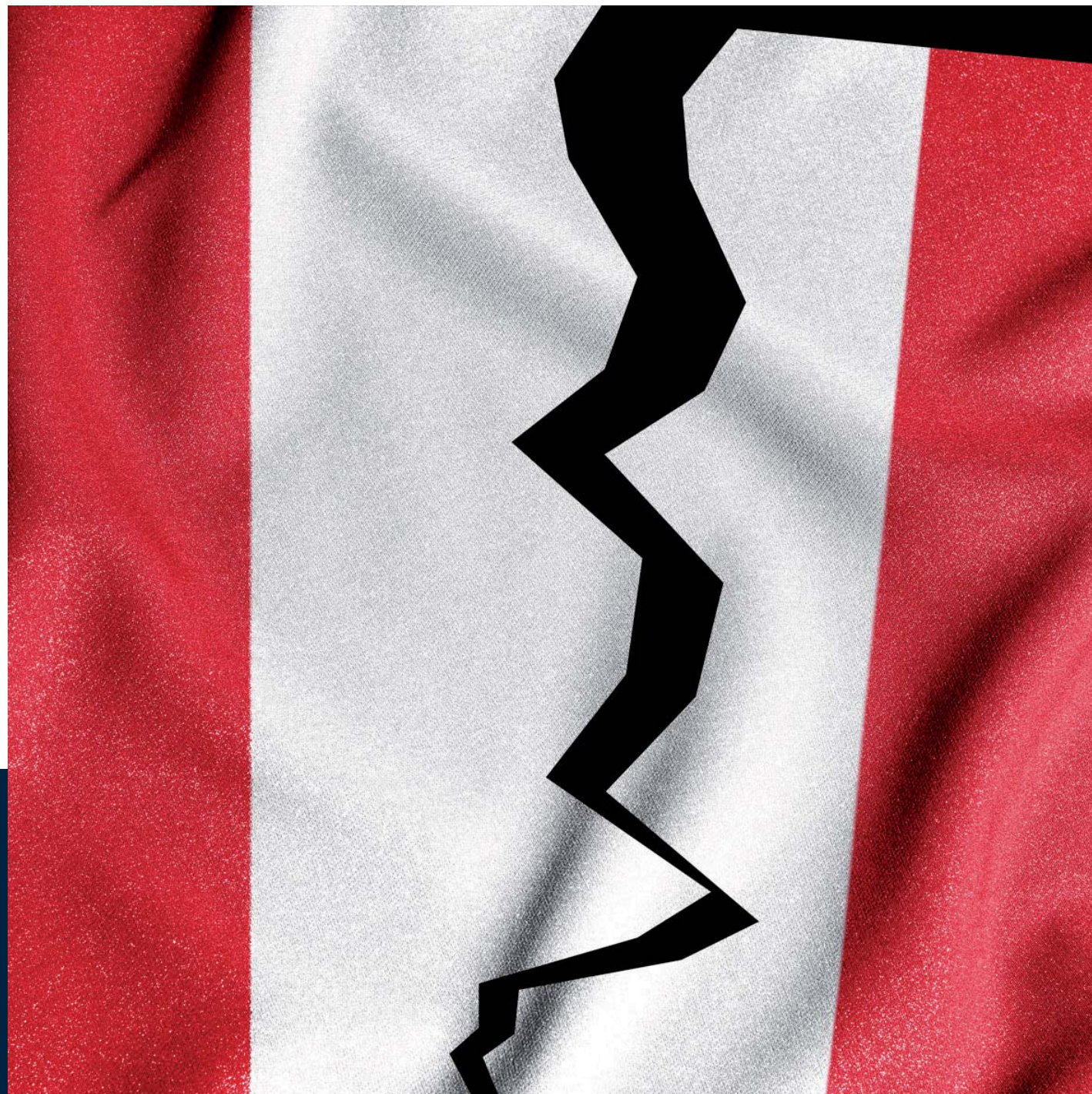
Por supuesto, todo esto requiere también de un buen candidato o candidata, con la disciplina necesaria para seguir una estrategia y la capacidad de apoyarse en una militancia vigorosa y en una organización política con músculo.

En un mundo donde el dinero parece comprarlo todo —incluso la atención pública—, los triunfos de Mujica, Ocasio-Cortez y ahora Mamdani recuerdan una verdad incómoda para los poderosos: la política de base, la coherencia y la militancia apasionada siguen siendo imbatibles. Mientras haya candidatos dispuestos a caminar los barrios con el mismo entusiasmo que los estudios de televisión, y militantes dispuestos a ofrecer su tiempo antes que su billetera, la democracia seguirá reservando sorpresas para quienes creen que todo se compra.



Marcel Lhermitte (Uruguay). Periodista, licenciado en Ciencias de la Comunicación y magíster en Comunicación Política y Gestión de Campañas Electorales. Ha sido consultor en campañas electorales en América Latina, el Caribe y Europa. Asesor de legisladores y gobiernos locales en Iberoamérica. Director del colectivo latinoamericano de comunicación política Relato. Coordinador del Diploma de Comunicación Política de la Universidad Claeh. Autor de los libros *La Reestructura*, *La comunicación de gobierno en la primera presidencia de Tabaré Vázquez*, *La campaña del plebiscito de 1980*, *La victoria contra el miedo* y *Los ecos del No*. Las elecciones internas de 1982.

X: @MLhermitte | Ig: @marcel_lhermitte



Elecciones generales 2026 en Perú. Crónica de una muerte anunciada

El contexto en el que se desarrollarán las Elecciones Generales de 2026 en el Perú estará marcado por la gestión de Dina Boluarte la cual se caracterizó por una notoria falta de autoridad y liderazgo político.



Milton Vela-Gutiérrez

Constantemente amenazada por la vacancia, Boluarte convocó a elecciones sin cuestionar los cambios en la ley impulsados por el Congreso, aceptando pasivamente una contrarreforma que anuló los resultados del referéndum de la era Vizcarra, donde la ciudadanía se había pronunciado abrumadoramente en contra de las mismas reformas que hoy el Parlamento ha impuesto. Ya entonces era evidente que los congresistas habían diseñado un marco normativo a la medida de sus propios intereses, sin considerar a las mayorías nacionales ni la necesidad de fortalecer las instituciones democráticas.

Ningún partido alcanzará la mayoría en primera vuelta, pues carecen de capacidad orgánica y sus candidatos no poseen liderazgo diferencial. El balotaje obligará a negociar el poder, generando una gobernabilidad raquítica

Todos estos cambios liderados por un congreso sin mayor aceptación popular y modificando inclusive muchos artículos de la Constitución, promovieron como efecto real una fragmentación extrema del sistema partidario peruano, lo que ha llevado a una situación crítica: 43 partidos inscritos en el Jurado Nacional de Elecciones (JNE) y 39 de ellos habilitados para inscribir candidaturas.

Muchos de estos partidos o los llamados vientre de alquiler, solo nacieron para participar en las elecciones como mero requisito para inscribirse, no cuentan con historia, ideología, programas y menos organización de tal manera que en esta informalidad llenan sus cuadros de candidatos sin mayores requisitos que la voluntad de los interesados. Las fuentes de financiamiento de estos partidos o movimientos, son también desconocidas, se sabe que cobran cuotas de ingreso a los participantes y otras veces son apoyados por la economía ilegal que en el Perú mueve más de 10 mil millones de dólares.

En 2021 ya resultó abrumador que participaran veinte candidaturas presidenciales. Aquella dispersión evidenciaba la fragilidad del sistema político y anticipaba un período de inestabilidad. El tiempo lo confirmó: desde entonces el país tuvo tres presidentes —Pedro Castillo (vacado),



Dina Boluarte (vacada) y José Jerí, aun en el cargo, sostenido únicamente por una cúpula parlamentaria—. La tendencia: un presidente dura, en promedio, un año en el Perú.

Si con veinte candidatos la situación fue problemática, con 39 agrupaciones la descomposición institucional es inevitable. Solo dos o tres partidos tienen mínima organización nacional. El resultado es previsible: ningún partido alcanzará mayoría en primera vuelta, pues carecen de capacidad orgánica y sus candidatos no poseen liderazgo diferencial. El balotaje obligará

a negociar el poder, como ocurrió con PPK en el 2016, generando una gobernabilidad raquítica. El Congreso, elegido en la primera vuelta, tendrá mayoría opositora y un apetito desmedido por el control político, replicando la dinámica con Boluarte, donde el Presidente del Congreso emergió como el verdadero dueño de un poder sustentado en una dictadura parlamentaria de facto.

Por otro lado, en el Perú, en 2021 se realizó un referéndum a fin de contar con el apoyo popular de varias reformas en el sistema político una de ellas era la bicameralidad, la

cual fue rechazada por amplia mayoría y la otra era la aprobación de las elecciones PASO (Primarias, Abiertas, Simultáneas y Obligatorias), la cual permitiría que solo los partidos que hayan alcanzado un porcentaje de votos podrían pasar a la elección final y esta fue aprobada.

Pese al rechazo ciudadano en referéndum, por la bicameralidad y la aprobación de las PASO, este Congreso impuso el retorno a la bicameralidad y eliminó las citadas primarias, dejando un desorden descomunal que traerá graves consecuencias a la institucionalidad democrática. Gracias a las modificatorias generadas por el llamado peor congreso de la historia tendremos un Senado con sesenta miembros: treinta elegidos por circunscripción nacional, veintiséis por circunscripciones uninominales y cuatro por Lima Metropolitana y serán 130 los diputados a nivel nacional.

El Congreso,
elegido en
la primera vuelta,
tendrá mayoría
opositora y un apetito
desmedido
por el control político

El ciudadano deberá emitir cinco votos simultáneos: presidencial, senado nacional, senado por circunscripciones, diputados y Parlamento Andino.

Y, además: listas cerradas y no bloqueadas para el Congreso y el Parlamento Andino. Esto involucra hasta siete votos preferenciales: tres para Senado, dos para diputados y dos para el Parlamento Andino. Es una intoxicación legislativa sin precedentes.

Son casi 10 mil los candidatos que participarán. Esto generará un ruido comunicacional inmanejable y encarecerá las campañas. Quienes no cuenten con financiamiento caerán, como en los últimos comicios, en manos de la economía ilegal, cuyo dinero ya sostiene a varios actores que hoy ostentan poder y pagan favores. La fiscalización será prácticamente imposible para organismos electorales ya debilitados por su desempeño pasado.

Se mantiene la valla electoral del 5%, para tener representación, por lo que en el Senado deberán superar el 5% y elegir tres senadores. Mientras en la Cámara de Diputados tienen que superar el 5% y elegir al menos siete diputados. El voto digital se aplicará solo a las Fuerzas Armadas, Policía Nacional del Perú y residentes en el extranjero.



Oportunismo con facilidades

Siguiendo los efectos de las modificaciones en las normas electorales, se ha producido una lluvia de partidos, muchos de los cuales son meros cascarones sin mayor contenido, creados solo como requisitos para las elecciones y acomodar candidatos oportunistas sin mayor prestigio ni vocación de servicio. El Congreso ha impulsado partidos que no tienen representación ciudadana a través de componendas que redujeron o eliminaron los mecanismos de supervisión que garanticen partidos orgánicos y representativos. Esta debilidad sistémica de los partidos más la presencia activa y creciente de la economía ilegal como fuente de financiamiento consolidó la transformación de los partidos en vehículos de captura de cuotas de poder, administrados por propietarios y socios de estas agrupaciones políticas, que buscan beneficios personales, no de representación ciudadana.

Como podemos observar muchos líderes partidarios arrastran problemas judiciales y ven en el Congreso un espacio para asegurar impunidad y negocios, mientras una bancada fuerte permite frenar sus procesos. La reducción extrema de requisitos para inscribir partidos ha producido una explosión de organizaciones sin ideología definida,

abiertas a oportunistas cuyo objetivo es obtener una cuota mínima en el legislativo, no gobernar.

Las autoridades electorales son laxas e incapaces de fiscalizar la vida interna de los partidos. Estas organizaciones hibernan fuera de las elecciones y aparecen solo para captar recursos, vender candidaturas y beneficiar a sus cúpulas. Sin formación de cuadros, meritocracia ni filtros éticos, el ingreso de dinero procedente de actividades ilegales se ha vuelto una constante.

Muchos líderes partidarios arrastran problemas judiciales y ven en el Congreso un espacio para asegurar impunidad y negocios

Indudablemente, el proceso político rumbo a 2026 ha sorprendido por su degradación acelerada. La débil supervisión del sistema de partidos y la permisividad para inscribir organizaciones fantasmas han generado la peor representación política en décadas. Los mejores cuadros están ausentes porque no existen partidos con liderazgo, visión ni institucionalidad.

El retorno a la bicameralidad, impuesto por un Congreso con prácticas antidemocráticas, se producirá 33 años después de su eliminación. La cédula de votación —44 cm x 42 cm— será un “papelógrafo” lleno de rostros y símbolos desconocidos, una receta segura para la confusión y el voto errado.

Además, el Congreso aprobó que los legisladores del período 2021–2026 puedan postular a Diputados y Senado, vulnerando la prohibición de reelección. Y en el Senado incluso eliminaron para sí mismos el requisito de edad mínima de 45 años. Una ambición sin límites que erosiona aún más la ya frágil democracia.

Macrorregión Sur y Generación Z

En orden de importancia territorial, la Macrorregión Sur tendrá un voto decisivo en las próximas elecciones —Arequipa, Moquegua, Tacna, Puno, Cusco, Apurímac y Madre de Dios— representan el 16,5% del padrón electoral, con 4,3 millones de votantes.

Esta macrorregión se ha consolidado más por las desdichas que por las bondades. Tras la vacancia de Castillo en diciembre de 2022 y el ingreso de Boluarte, hubo una reacción en el sur y centro con marchas, protestas y algunos episodios violentos, aunque sin armas. Mientras



la respuesta del gobierno de turno fue desproporcionada con un uso desmedido de la fuerza, generando cientos de heridos y más de sesenta muertos, en su mayoría jóvenes.

Estos hechos marcaron irremediablemente a la gestión Boluarte. La narrativa de “terruqueo” profundizó la indignación ciudadana. La aprobación presidencial por otro lado se desplomó hasta niveles estadísticamente cercanos a cero. Boluarte quedó convertida en una autoridad sin legitimidad, incapaz de viajar a regiones sin protestas.

La Macrorregión Sur no ha perdonado estos sucesos. Se consolidó un poderoso voto identitario, cimentado en décadas de discriminación y distancias culturales con Lima. Ese sentimiento solidario se convirtió en fuerza política. La percepción de injusticia generó cohesión y conciencia de poder. Y la derecha sabe que esa región será un escenario particularmente hostil para ellos. Los intentos de campaña de este sector han sido respondidos por los ciudadanos con resistencia e incluso beligerancia.

Los pobladores sostienen que quienes guardaron silencio ante las muertes también son responsables. Y casi todos los partidos que están en el congreso y van a participar en la contienda electoral 2026, nunca como en ese momento estuvieron más callados.

Las autoridades electorales son laxas e incapaces de fiscalizar la vida interna de los partidos. Estas organizaciones hibernan fuera de las elecciones y aparecen solo para captar recursos, vender candidaturas y beneficiar a sus cúpulas

La aparición de una fuerza ciudadana que ha resurgido con mucha energía y dinamismo en los últimos meses ha sido los jóvenes. Normalmente el joven peruano es visto como apático e indiferente en política, salvo algunos episodios contemporáneos, nunca tuvo

una participación tan activa como en los últimos meses. Este compromiso por el cambio mostrado en las diferentes marchas ha involucrado cientos de jóvenes en las calles, enfrentándose de manera violenta con las fuerzas del orden. Todo esto invita a pensar que ha resurgido una fuerza ciudadana que tendrá una alta influencia en el voto mayor a otras oportunidades electorales.

Los estudios muestran que el 58% de universitarios no se identifica con ninguna tendencia política; apenas 30% se ubica en la derecha/centroderecha y 12% en la izquierda. Casi el 40% afirma que no considera la ideología del candidato, sino sus propuestas.

La generación Z —con aproximadamente 2,5 millones de votantes nuevos— vota sin las lealtades ideológicas tradicionales. Sus demandas están marcadas por el temor a un futuro distópico, la frustración ante el sistema político y la urgencia de cambio estructural. Este segmento será decisivo en las elecciones del próximo año.

Medios de comunicación

Los grandes medios masivos marcaron toda una época. Era una cuestión de controlar el “sartén por el



mango”. Quien tenía el mango podía orientar la opinión pública y defender sus propios intereses. La relación entre los grandes grupos empresariales y el poder político encontraba en los medios de comunicación su principal bisagra, una dinámica presente en prácticamente todos los países.

En el caso del Perú, la concentración mediática en un reducido grupo económico fue particularmente preocupante. Ese conglomerado empresarial tuvo, durante décadas, la capacidad de elevar y derrumbar presidentes. Golpes de Estado, vacancias y crisis recurrentes configuraron un escenario donde la prensa terminó siendo cómplice —por acción u omisión— de muchos de los desvaríos del poder. Así, la concentración mediática no solo afectaba el pluralismo informativo, sino que también ampliaba significativamente la capacidad de los medios para influir, encuadrar e incluso manipular la agenda pública, especialmente en contextos de crisis política.

Pese a procesos judiciales y reclamos de diversos sectores ciudadanos, la propiedad de los medios en el Perú sigue dominada por dos grandes conglomerados privados. El Grupo El Comercio controla más del 70% del mercado de prensa escrita, además de canales por cable, plataformas digitales

y una presencia determinante en el mercado publicitario. Le sigue el Grupo La República, con menor alcance, pero con influencia significativa en el espacio informativo urbano. Aunque han surgido alternativas, estas aún no constituyen un contrapeso real al poder mediático consolidado.

Es evidente que la concentración mediática impacta directamente en la formación de la opinión pública y en la salud democrática. Menos propietarios controlando más plataformas implica menos diversidad de voces, menor competencia narrativa y mayor capacidad para imponer marcos interpretativos sobre los hechos políticos. En este proceso, los medios dejaron de ser intermediarios neutrales y asumieron roles abiertamente políticos, contribuyendo a la construcción de consensos, la fabricación de enemigos públicos y la instalación de percepciones de crisis que inciden en procesos electorales y en la legitimidad gubernamental. Este mecanismo es especialmente visible en la selección y priorización de escándalos políticos, así como en la omisión sistemática de otros, según afinidades corporativas o alianzas con actores de poder. La evolución del poder del Congreso alimentó una crisis política estructural que atraviesa el país desde hace más de una década, debilitando la legitimidad de instituciones como la justicia, los partidos y el propio

Poder Ejecutivo. En este vacío de representación, los medios han asumido funciones cuasi-políticas, conformando lo que algunos autores denominan una “mediocracia”: conglomerados que no solo informan sobre la política, sino que la producen, la condicionan y, en ocasiones, la orientan. Los medios se han convertido, así, en los nuevos “catones” de la sociedad.

El retorno a la bicameralidad, impuesto por un Congreso con prácticas antidemocráticas, se producirá 33 años después de su eliminación

La debilidad de los partidos políticos ha permitido que los medios sustituyan tareas fundamentales como la generación de discursos, la construcción de liderazgos y la definición de prioridades públicas. De esta manera, la influencia mediática se expande más allá de la comunicación y penetra en la propia gobernabilidad.

La victoria electoral de Pedro Castillo, pese a la oposición abierta de los



medios tradicionales, derrumbó un mito histórico y sacudió a las élites económicas. La irrupción de plataformas digitales generó una alternativa más diversa, accesible y descentralizada para la expresión pública, fragmentando el monopolio informativo tradicional. Surgieron nuevos actores —periodistas independientes, *influencers* políticos, medios alternativos y redes transmedia— que, si bien ampliaron el pluralismo, también abrieron espacio para la desinformación, la polarización emocional y la postverdad. En este terreno, la inteligencia artificial ha consolidado un ecosistema

donde es más fácil desinformar que aportar claridad.

En el Perú, plataformas como TikTok, Facebook, YouTube y X se han convertido en espacios que contrarrestan o amplifican las narrativas de los conglomerados tradicionales, generando un ecosistema híbrido donde conviven información verificada y propaganda emocional.

Este nuevo escenario preocupa a la gran prensa. Los candidatos de la derecha tradicional perciben que el monopolio mediático ya no es la fortaleza que fue en el pasado. El “fenó-

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

meno Castillo” ha reconfigurado la relación entre política y ecosistema digital, empujando a múltiples actores a incursionar apresuradamente en el espacio cibernético, sin comprender que este posee sus propias reglas, lenguajes y tecnologías. Lo que funcionaba en el sistema tradicional no necesariamente es eficaz en este nuevo formato.

Todo esto juega en contra de unas elecciones formales y normales en 2026. La mayoría de partidos y candidatos aún no asimilan la magnitud del cambio tecnológico y mantienen estrategias convencionales. La desconfianza hacia los medios tradicionales, sumada al temor a la manipulación digital, convierte a los electores en ciudadanos llenos de dudas y con una profunda falta de confianza en la política.

La fragilidad del gobierno que resulte electo bajo estas condiciones probablemente afectará su legitimidad desde el inicio, repitiendo la historia reciente del país: crisis, vacancias y procesos judiciales contra los propios mandatarios.

Riesgo electoral 2026

Con 39 agrupaciones y un voto obligatorio donde predominan sectores con bajo nivel educativo, el escenario es caótico. Se ha forzado el sistema electoral mediante cambios normativos que permiten la prolifera-

ción de organizaciones improvisadas que buscan repartirse el poder como botín.

En perspectiva, se puede observar que ningún partido superará el 10% en primera vuelta. Habrá balotaje y, con él, otra vez un gobierno débil, obligado a alianzas contradictorias. El Congreso será distante y dominante, y el Ejecutivo enfrentará extorsión parlamentaria permanente debido a la facilidad con la que se puede vacar al presidente.

Encontrar cuadros honestos, técnicos y sin vínculos con redes de poder será difícil.

En este contexto, el próximo gobernante, en el mejor de los casos, podrá intentar diseñar políticas de corto, mediano y largo plazo. Pero, siendo realistas, será un éxito si logra permanecer al menos un año en el cargo.

A juzgar por la historia reciente, quizá debamos prestar más atención a quién será el vicepresidente, pues probablemente termine gobernando el país.



Milton Vela-Gutierrez (Perú) es profesor en Marketing Estratégico, Político y Comunicación Política, en áreas de grado y postgrado en la Universidad de Lima. Consultor y analista en campañas políticas y gestión gubernamental, con especialización en prospectiva. Estudios en Maestría en Marketing Político y Comunicación Estratégica, posgrado en Marketing Comercial, diplomado Internacional en Marketing Político y campañas Electorales, especialista en Investigación de Mercados, diplomado en Comunicación en Crisis Políticas y Gerencia de Campañas Electorales.



Foto: facebook Rodrigo Paz Pereira

Bolivia no es Argentina: un mes de Rodrigo Paz en el gobierno

A tan solo un mes de asumir el gobierno, Rodrigo Paz enfrenta una crisis con su vicepresidente, en una administración que tiene desafíos económicos, políticos y sociales, además de no contar con una mayoría en el Congreso.



Por Lucas Malaspina

Rodrigo Paz, por el Partido Demócrata Cristiano (PDC), asumió la presidencia de Bolivia el 8 de noviembre tras imponerse en el balotaje al candidato de Libre, Jorge Tuto Quiroga (54,5% a 45,5% respectivamente). Tuto Quiroga no pudo superar los negativos que traía por representar a una política previa a Evo Morales, percibida como oligárquica, poco arraigada a las mayorías del país e incluso racista. A poco más del primer mes de su gobierno, su vicepresidente Edman Lara, quien fue el principal tractor durante la campaña electoral y le dio un carácter plebeyo y anticorrupción, ya lo desafió abiertamente: lo acusa de mentiroso y anunció que tendrá “candidatos propios” para las elecciones regionales del próximo 22 de marzo. Las “lunas de miel” de los gobiernos son cada vez más cortas, producto de la aceleración de la vida social y la fragilidad de las mayorías que surgen de los balotajes. ¿En qué se gasta su “luna de miel” el presidente Paz y cuáles son sus desafíos?

La tensión macro que enfrenta Paz es un callejón estrecho: los subsidios a combustibles consumen miles de millones de dólares, erosionan las reservas y presionan sobre la escasez de divisas. El gobierno arrancó con señales promercado y financiamiento, pero evitó (o retardó) el ajuste que viene recomendando el FMI en sus documentos sobre Bolivia.

En su informe de abril 2024 llamado *Una corta luna de miel: los primeros 100 días en 9 países americanos*, los investigadores del observatorio Pulsar UBA plantean que la pospandemia y la alta polarización cambiaron el patrón: los presidentes ya no tienen lunas de miel largas ni comienzan con aprobaciones cercanas al 70%. Hoy estamos más cerca de “lunas de miel” de 30 o 60 días que de las de antaño. La incógnita clave es cuánto dura el margen para tomar las medidas antipopulares (suponiendo que algo así fuera posible), antes de que la demanda social pase de expectativas a veredicto, y cómo impacta la interna Paz-Lara en esa velocidad.

El presidente Paz deberá demostrar que puede conseguir la fortaleza para surfear una situación económica muy compleja

Durante la campaña de cara al balotaje, los esfuerzos de la campaña de Tuto Quiroga por presentar una cara amigable para sectores que se sienten más vinculados a la tradición indígena del país fueron constantes



(contó con el asesoramiento de Jaime Durán Barba), pero no alcanzaron (véase la polémica desatada por tuits del candidato a vice de Quiroga). Quiroga decía explícitamente que su intención era aplicar una “terapia de shock”), lo que algunos asimilan a la promesa presidencial de Milei: es una simplificación excesiva, ya que el ajuste de Milei estaba planteado contra “la casta”. Además, en Bolivia todavía no existe suficiente consenso sobre el ajuste a realizar (que en Argentina se generó tras el desastre económico del gobierno de Alberto Fernández). En ese sentido, no fue Rodrigo Paz quien ganó, sino

la “terapia de shock” propuesta por Quiroga la que fue derrotada.

El investigador estadounidense Evan Ellis, profesor sobre América Latina en el Colegio de Guerra del Ejército de Estados Unidos analiza que el nuevo gobierno “necesitará una ayuda rápida y significativa de Estados Unidos para navegar por la grave crisis económica y los campos minados políticos del país”, incluso si su orientación no es tan proestadounidense como la de Quiroga. El presidente Paz deberá demostrar que puede conseguir la fortaleza para surfear una situación económica

muy compleja. Antes que problemas de comunicación, ya tiene problemas eminentemente políticos.

El nuevo presidente está improvisando con gran velocidad, ya que no posee equipos políticos y técnicos previamente consolidados con él

En campaña, Paz prometió no recurrir al FMI. Por eso, al comunicar su gobierno las primeras medidas de su programa de estabilización necesita decir que es “por decisión propia”: negociación de financiamiento multilateral (recibirá más de U\$S 9 mil millones, cuando lo que se preveía originalmente era la mitad), eliminación de impuesto a la riqueza y de impuestos a transacciones, anuncio de recorte del 30% del gasto en 2026 e integración al sistema financiero formal de cripto/stablecoins (todavía faltan algunas “letras chicas” y hay riesgo de bancarizar el riesgo si no se hace bien), con necesidad de aval legislativo para varias de esas decisiones.

Encuesta Ipsos Ciesmori (eje troncal, marzo 2025):

- 65% está de acuerdo con retirar la subvención a los combustibles.
- Pero de ese 65%, 51% solo lo acepta de forma gradual y apenas 14% lo quiere “de inmediato”.
- Un 19% quiere mantener la subvención y 16 % no sabe/no responde.

La campaña de Rodrigo Paz ha sido una campaña al principio bastante artesanal que creció a golpes. Su jefa de campaña fue Catalina Paz, su hija, una joven profesional formada en investigación de mercado y marketing que asumió el desafío con audacia. La que han hecho Rodrigo Paz y Edman Lara ha sido una expresión de una “campaña conectada” del tipo que el experto catalán Xavier Peytibi ha estudiado y desarrollado muy bien en su libro *Campañas conectadas*. En un contexto de empobrecimiento de los ciudadanos bolivianos, ha sido muy importante que la campaña sea austera para representar coherentemente lo que se trató de transmitir. Además de recorrer el territorio, se valieron de la popularidad de Edman Lara, que cosechó la simpatía de gran parte de la población a través de TikTok mostrando su vida cotidiana como un policía despedido que tenía que trabajar en una plataforma y denunciando al gobierno de Luis Arce.

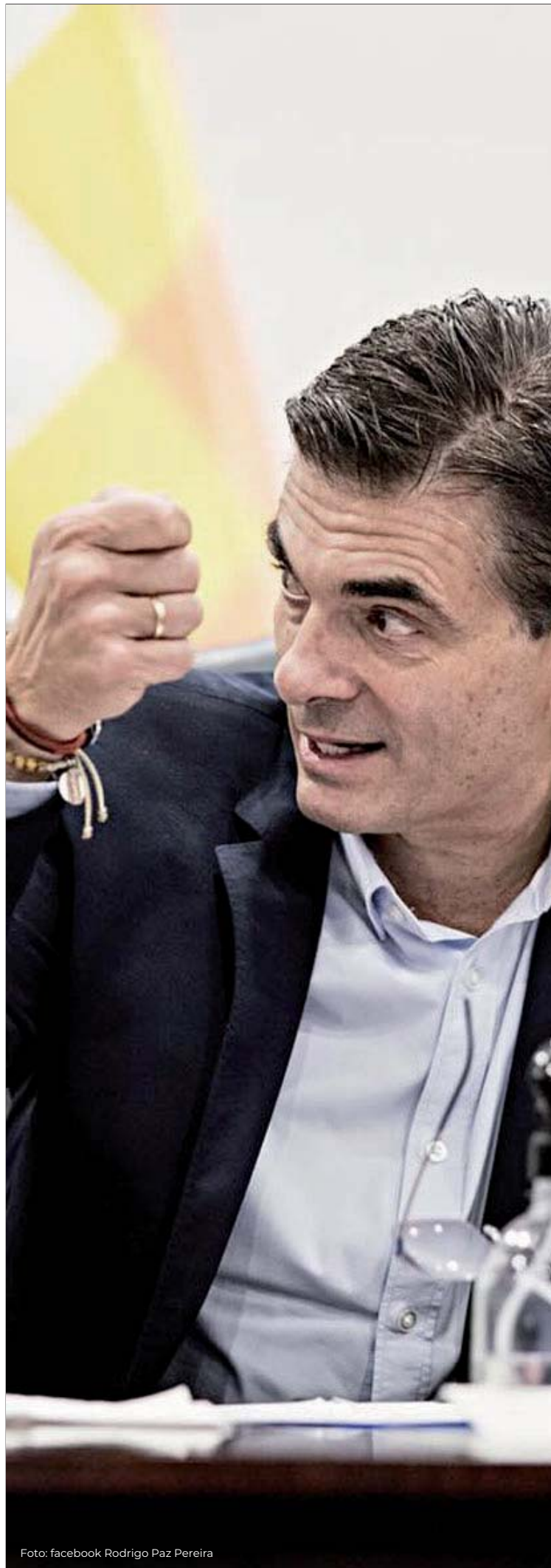


Foto: facebook Rodrigo Paz Pereira

Salvador Romero Ballivián, expresidente del Tribunal Supremo Electoral (TSE) de Bolivia y doctor en sociología política por Sciences Po, analizó que “la geografía electoral de Bolivia en lo esencial no ha cambiado desde 1980 (tierras bajas orientales por la derecha y tierras andinas occidentales por la izquierda) e incluso desde 1951”, año en que se produjo un golpe de Estado para perpetrar un fraude contra el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) –al año siguiente, hubo una revolución minera pro MNR que destruyó al Ejército–. Ricardo Paz Ballivian, uno de los sociólogos políticos bolivianos más experimentados, analizó que durante la campaña “Rodrigo (Paz) y Edman (Lara) aprendieron a complementarse y consiguieron hablarles a todos los públicos, principalmente a los exvotantes del MAS, que fueron desplazándose de la desconfianza y el voto nulo hacia la propuesta del PDC”.

Rodrigo Paz designó un gobierno compuesto por empresarios como Óscar Justiniano, expresidente de la Federación de Empresarios Privados de Santa Cruz, (Desarrollo Productivo); José Romero, exlíder de la Asociación de Productores de Oleaginosas y Trigo (Planificación del Desarrollo); y Mauricio Zamora, empresario vitivinícola y hotelero (Obras Públicas). Con esto, el presidente Paz marca un contraste histórico con

gobiernos anteriores de Bolivia al no incorporar entre sus ministros a ningún representante de organizaciones sindicales (obreras y campesinas) que tienen mucho poder de movilización y que pueden poner ir rápidamente en su contra si se afecta sus intereses.

Lo que queda del MAS puede ser una oposición social, pero no gravitará en el Parlamento. Evo Morales ha quedado muy reducido y desgastado, pero aún conserva capacidad de presión

El nuevo presidente Paz está improvisando con gran velocidad, ya que no posee equipos políticos y técnicos previamente consolidados con él. Tampoco los tenía Tuto Quiroga, aunque estaba mejor posicionado en ese sentido; posiblemente el mejor preparado era Samuel Doria Medina, quien era favorito según la prensa, pero no llegó al balotaje: su excandidato a vice, José Luis Lupo, es el actual Ministro de la Presidencia de Paz, mientras que quien iba a ser el líder

del equipo económico de Doria Medina, José Gabriel Espinoza, es el actual Ministro de esa cartera. Doria Medina (de excelente relación con el boliviano más influyente del planeta, el empresario tecnológico global Marcelo Claure) no solo aporta cuadros: aporta banca legislativa y un compromiso explícito de respaldo. Por todo esto, Edman Lara, vice de Paz, lo acusa al presidente de “mentiroso” y “títere de Doria Medina”.

Un caso interesante para comparar es que en Ecuador, Guillermo Lasso tuvo un desafío similar (transicionar desde un populismo de izquierdas) y salió eyectado a mitad de su mandato. Al igual que Lasso, no controlará el Parlamento. Las listas parlamentarias de Paz, dice Romero Ballivián, “tienen muchas lagunas” porque no pensaba ganar. Una diferencia con aquella transición en Ecuador, es que la Revolución Ciudadana (del populista de izquierdas Rafael Correa) sí tenía representación parlamentaria. Dado que Evo Morales no quiso apoyar a Andrónico Rodríguez (8%) y que el grupo del expresidente Arce obtuvo un porcentaje bajísimo (3%), las diversas fracciones del antiguo partido de gobierno en este caso, la representación es mucho menor a la que podría haber obtenido. Lo que queda del MAS puede ser una oposición social, pero no gravitará en el Parlamento. Evo Morales no ha desaparecido del



mapa de poder: ha quedado muy reducido y desgastado, pero aún conserva capacidad de presión (en primera vuelta, su llamado al voto nulo conquistó el 20% cuando en general ese voto tenía un porcentaje del 3%).

La relación de Rodrigo Paz con el vicepresidente Lara comenzó a detonarse a solo tres días de la asunción del gobierno, cuando denunció que lo quiere excluir del gabinete y amenaza con luchar contra los ministros que puedan caer en “la corrupción”. “El pueblo sabe que estoy dispuesto a ponerme adelante”, advirtió. El

propio Evo Morales intervino en la polémica: «el presidente Rodrigo Paz tiene que reconocer y respetar al vicepresidente, ya que gracias a él ganó las elecciones».

La última encuesta de IPSOS/Ciesmori (publicada el 8 de diciembre) concluye que Paz arranca con 65% de aprobación (encuesta *online*, 400 casos en La Paz, El Alto, Cochabamba y Santa Cruz, trabajo de campo entre 19/11–01/12). Lara aparece desalineado a nivel nacional: 52% desapueba su gestión y 34% la aprueba. Sin embargo, Edman Lara tiene en El Alto un elemento favorable: 48% aprueba, 42% lo desapueba. La

regularización del suministro de combustibles y la caída del dólar paralelo generaron alivio, lo que es transitorio, ya que no se debe a causas estructurales. Mientras tanto, el expresidente Luis Arce cayó en detención preventiva (cinco meses) por cargos de corrupción/administración de fondos, sumando al clima de “nuevo orden”.

La relación de Rodrigo Paz con el vicepresidente Lara comenzó a detonarse a solo tres días de la asunción del gobierno, cuando denunció que lo quiere excluir del gabinete

Paz tiene en su electorado sectores medios vulnerables que tienen la expectativa de que todo vuelva a ser como en la buena época del MAS. Y eso va a ser muy complicado. Ni siquiera Evo Morales pudo lograr un recorte de los subsidios en la gasolina en el mejor momento de su gobierno, y a causa de eso enfrentó movilizaciones sociales durísimas. Tampoco Tuto Quiroga se animó a prometer eliminarla. Paz planteó originalmente “platita para todos” y lo combinaba con “capitalismo para todos”: ahora deberá ver qué bonos de los que el MAS ha creado dejará y cuáles no, siendo que había prometido incluso aumentarlos o crear nuevos.

El tiempo corre y al nuevo gobierno de Paz le aparecen dudas clave: ¿El conflicto con Lara se vuelve un problema de gobernabilidad? ¿Paz está perdiendo su base electoral original y ganando otra? ¿Lara puede capturar (o retener) El Alto como plataforma propia? Si Lara empuja un proyecto propio para las subnacionales de marzo de 2026 y a la vez conserva poder institucional, la pregunta estratégica es si se convierte en un socio incómodo, en oposición interna, o en un actor que negocia apoyo a cambio de agenda/territorio.

En el caso de la encuesta de IPSOS/Ciesmori, como es usual, la ficha técnica indica que la encuesta online tiene su base en cuatro ciudades del eje troncal. Posiblemente, Bolivia rural/intermedia está subrepresentada (como pasó antes de la elección, cuando nadie vio que Paz podía ganar) y puede reaccionar distinto ante las medidas en curso y simbología de gobierno: alineación con Estados Unidos e Israel o exclusión de organizaciones sociales y mayor peso empresario, no son lo mismo en Bolivia que en Argentina.



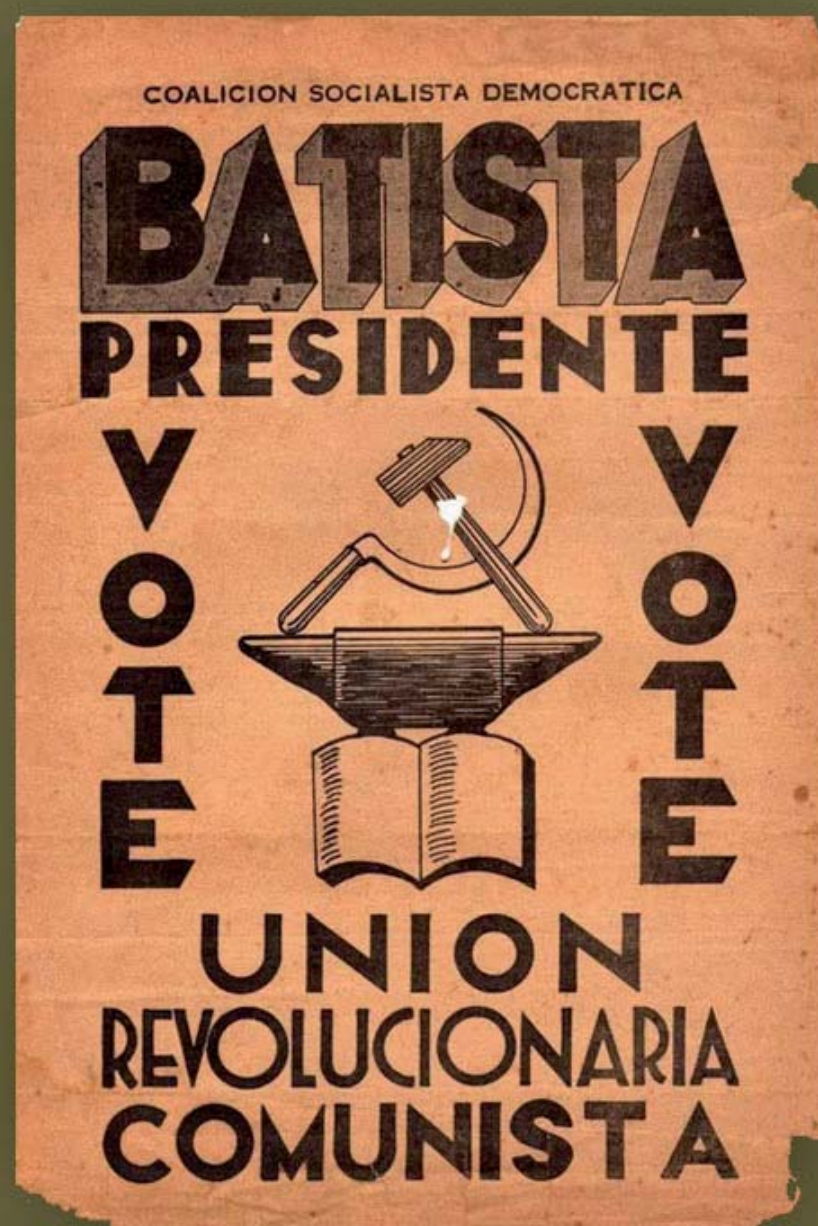
Lucas Malaspina (Argentina) es consultor en Comunicación Política y Asuntos Públicos y realiza estrategias digitales para diferentes empresas, gobiernos, partidos, medios de comunicación y ONGs. Cuenta con experiencia directa en campañas electorales de Argentina y México, así como trabajó en múltiples proyectos de esos países, Bolivia, Ecuador, Colombia, Brasil, Perú y Chile. Se desempeña como Director de Nuevos Negocios de sustantiva digital y como conductor del programa de conversaciones “Sin Pauta” (disponible en YouTube y Spotify).

lucasmalaspina.com | X: @lucmalaspina | Ig: @lucmalaspina
In: <https://www.linkedin.com/in/lucasmalaspina/>



RELATO ELECTORAL

Campañas que hicieron historia



La campaña de 1940 de Batista en Cuba: de candidato constitucional a dictador

La elección de Fulgencio Batista en 1940 fue producto de un contexto de reformas, alianzas sociales amplias y una campaña moderna para su época. Este texto analiza su candidatura, la competencia electoral, el modo de hacer campaña en Cuba y el contraste entre su presidencia constitucional y su posterior dictadura.

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA

La elección presidencial de 1940 en Cuba constituye uno de los episodios más singulares de la historia política de la isla, tanto por la amplitud del proceso democrático como por la figura que resultó vencedora: Fulgencio Batista y Zaldívar. Su triunfo electoral no solo reflejó un momento de apertura institucional y reformas sociales, sino que también anticipó las profundas contradicciones que marcarían su trayectoria política posterior.

Batista se presentó como candidato presidencial en 1940 respaldado por una amplia coalición que incluía partidos liberales, conservadores y también al Partido Comunista de Cuba

Batista no provenía de las élites tradicionales cubanas. Nacido en una familia humilde, su ascenso comenzó en el Ejército y se consolidó tras la caída del dictador Gerardo Machado en 1933. A partir de la llamada “revuelta de los sargentos”, Batista emergió como el principal árbitro del poder, controlando las Fuerzas Armadas e influyendo decisivamente en

los gobiernos que se sucedieron durante el resto de la década. Aunque no ocupó formalmente la presidencia hasta 1940, fue, en la práctica, el hombre fuerte del Estado cubano durante esos años.

La Cuba de finales de los años treinta vivía un intenso proceso de politización social. La crisis económica derivada de la Gran Depresión, la dependencia estructural del azúcar y la influencia de Estados Unidos convivían con un movimiento obrero organizado, un estudiantado activo y una creciente demanda de reformas. En ese clima se convocó a una Asamblea Constituyente que dio lugar a la Constitución de 1940, un texto avanzado que incorporó derechos laborales, garantías sociales y una concepción más intervencionista del Estado.

Batista supo leer ese contexto y se presentó como candidato presidencial respaldado por una amplia coalición conocida como Coalición Socialista Democrática. Esta alianza incluía partidos liberales, conservadores y, de manera particularmente relevante, al Partido Comunista de Cuba. El apoyo comunista, lejos de ser marginal, fue estratégico: aportó una sólida estructura sindical y legitimidad entre sectores obreros, a cambio de promesas de legalización, mejoras salariales y respeto a la organización laboral.



Su principal adversario fue Ramón Grau San Martín, líder del Partido Revolucionario Cubano, figura carismática y símbolo del reformismo nacionalista. Grau contaba con respaldo de las clases medias urbanas, estudiantes e intelectuales, y representaba una alternativa civil frente al candidato de origen militar. La contienda fue intensa, pero se desarrolló dentro de márgenes institucionales relativamente estables para los estándares cubanos del período.

La campaña electoral de 1940 mostró formas modernas de movilización política. Los mítines multitudinarios, el uso sistemático de la

radio, la prensa partidista y el contacto directo con sindicatos y asociaciones fueron herramientas centrales. Batista articuló un discurso de orden, estabilidad y justicia social, presentándose como garante de la nueva Constitución y como figura capaz de conciliar intereses de clase. Aunque su pasado represivo era conocido, logró proyectar una imagen de político pragmático y reformista.

Las elecciones se celebraron el 14 de julio de 1940 y arrojaron un resultado claro: Batista obtuvo alrededor del 56% de los votos frente a aproximadamente el 40% de Grau San Martín.

La victoria fue ampliamente reconocida y permitió una transición constitucional sin ruptura institucional. Batista asumió la presidencia el 10 de octubre de 1940, fecha simbólica en la historia cubana.

Los mítines multitudinarios, el uso sistemático de la radio, la prensa partidista y el contacto directo con sindicatos y asociaciones fueron herramientas centrales de la campaña

Durante su mandato (1940–1944), Batista gobernó bajo el marco constitucional, mantuvo relaciones estrechas con Estados Unidos —especialmente durante la Segunda Guerra Mundial— y promovió ciertas políticas sociales. Sin embargo, muchas de las reformas estructurales quedaron inconclusas y la corrupción continuó siendo un rasgo persistente del sistema político. Aun así, en 1944 aceptó su derrota electoral y entregó el poder.

El contraste con su etapa posterior es marcado. Tras un fallido intento de regresar a la Presidencia cubana por vía electoral, Batista encabezó un golpe de

Estado el 10 de marzo de 1952, cancelando las elecciones y estableciendo un régimen dictatorial. La suspensión de garantías constitucionales, la represión política y la corrupción sistemática erosionaron rápidamente su legitimidad. Este régimen autoritario fue finalmente derrocado por la Revolución Cubana el 1 de enero de 1959, tras lo cual Batista partió al exilio.

Aunque su pasado represivo era conocido, Fulgencio Batista logró proyectar una imagen de político pragmático y reformista en ese entonces

La trayectoria de Batista ilustra así una de las paradojas centrales de la historia política cubana: un líder que alcanzó el poder mediante elecciones competitivas y alianzas sociales amplias, pero que terminó identificado con una dictadura cuyo colapso transformó radicalmente el destino de la nación.

Bibliografía

Aguilar, Luis E. *Cuba 1933: Prologue to Revolution*. Cornell University Press.

Domínguez, Jorge I. *Cuba: Order and Revolution*. Harvard University Press.

Pérez, Louis A. *Cuba: Between Reform and Revolution*. Oxford University Press.

Thomas, Hugh. *Cuba: The Pursuit of Freedom*. Harper & Row.

Guerra, Lillian. *Visions of Power in Cuba*. University of North Carolina Press.



Reelección histórica en Santa Lucía

Philip J. Pierre y el Partido Laborista ganaron 14 de 17 escaños en elecciones de Santa Lucía, con el 55,77% de votos. Se trata de una victoria histórica, ya que es el primer gobierno reelecto desde 1979, en unas elecciones marcadas por la baja participación.

Las elecciones generales de Santa Lucía, celebradas el 1 de diciembre de 2025, marcaron un hito en la historia política de esta nación caribeña de apenas 180.000 habitantes. Por primera vez desde la independencia en 1979, un gobierno en funciones —el Partido Laborista de Santa Lucía (SLP, por sus siglas en inglés)— logró una reelección consecutiva con un margen ampliado, rompiendo un ciclo de 24 años de gobiernos de un solo mandato.

Pierre, un abogado de 53 años con raíces en el sindicalismo, impulsó un salario mínimo, redujo el desempleo al 7-8% —el más bajo histórico— y fortaleció lazos con la región Caricom.

El primer ministro Philip J. Pierre, líder del SLP, convocó elecciones anticipadas disolviendo el Parlamento el pasado 10 de noviembre, apenas cuatro años después de su victoria en 2021. Esta movida estratégica buscaba capitalizar la estabilidad económica post-pandemia y contrarrestar críticas crecientes sobre crimen y corrupción.

Con un padrón de 184.654 votantes y una participación del 48,45% —la más baja en décadas, un descenso de 2,63 puntos porcentuales respecto a 2021—, los comicios se desarrollaron en un clima de polarización, pero sin incidentes mayores, bajo la supervisión de misiones de la OEA y Caricom (Comunidad del Caribe).

Un mandato bajo presión

Santa Lucía, una isla volcánica dependiente del turismo y la agricultura, enfrentaba en 2025 una recuperación frágil tras el COVID-19. El SLP asumió el poder en 2021 con 13 escaños, prometiendo equidad social y crecimiento inclusivo. Pierre, un abogado de 53 años con raíces en el sindicalismo, impulsó un salario mínimo, redujo el desempleo al 7-8% —el más bajo histórico— y fortaleció lazos con la región Caricom. Sin embargo, el gobierno lidió con huracanes, inflación y un escándalo en el programa de "ciudadanía por inversión" (CBI), que vende pasaportes a millonarios extranjeros por hasta 200.000 dólares, generando el 30% de los ingresos fiscales, pero atrayendo críticas de Estados Unidos por lavado de dinero y vínculos con adversarios geopolíticos. La oposición, el Partido de los Trabajadores Unidos (UWP), capitalizó estos temas para erosionar la legitimidad de Pierre, recordando abusos policiales que llevaron a la suspensión de ayuda estadounidense bajo la Ley Leahy¹.

1- La Ley Leahy es una normativa estadounidense que prohíbe al Departamento de Estado y al Departamento de Defensa entregar asistencia militar, entrenamiento o fondos a unidades extranjeras de seguridad (ejército, policía, etc.) cuando existen evidencias de que han cometido graves violaciones a los derechos humanos y no han sido investigadas ni sancionadas.



El sistema electoral, de mayoría simple en 17 circunscripciones uninominales, favorece mayorías absolutas y polariza el debate entre los dos grandes bloques: el centro-izquierda del SLP (socialdemócrata, enfocado en welfare state y diplomacia regional) y el centro-derecha del UWP (conservador, pro-empresarial y pro-occidental). Menores como el Partido Congreso Nacional (NCP) e independientes jugaron roles marginales.

El SLP presentó una lista renovada, con Pierre como figura central en Castries East, en donde se destacaron Ernest Hilaire (viceprimer ministro y

exembajador en la ONU, en Castries South) y Emma Hippolyte (en Soufriere, activista ambiental y defensora de la juventud). El partido, fundado en 1951, representa tendencias socialistas moderadas, sus énfasis programáticos son la educación gratuita, salud universal y empoderamiento de mujeres y jóvenes.

La UWP, liderada por Allen Chastanet (52 años, empresario hotelero y ex primer ministro 2016-2021), apostó por la renovación con 12 caras nuevas en la política local. Chastanet, hijo de un magnate sirio-libanés, buscó reconectar con su base conservadora en Micoud South.

La UWP es un colectivo conservador-liberal que promueve el libre mercado, alianzas con Estados Unidos y Reino Unido, además de reformas fiscales, pero arrastra el estigma del nepotismo y el elitismo.

Independientes como Stephenson King (Castries North, ex primer ministro UWP disidente) y Richard Frederick (Castries Central, exministro de Justicia) representaron disidencias conservadoras, atrayendo votos antipartidarios.

Narrativas, issues y el lado sucio

La campaña, de apenas tres semanas (del 21 de noviembre al 1 de diciembre), fue intensa y bimodal: por un lado, un relato oficial de "avance juntos" promovido por el SLP; por el otro, un lodazal de ataques personales que dominó redes sociales y mítines.

Pierre centró su narrativa en la estabilidad y el toque personal: "Hemos construido sobre cimientos sólidos", repetía en los *puerta a puerta* y en las reuniones comunitarias, destacando 5.000 nuevos empleos en turismo, becas para 2.000 jóvenes y un crecimiento del PIB del 3,5% en 2024. El SLP enfatizó su empatía con las "luchas cotidianas" —alza de precios, acceso a salud— y un legado histórico de justicia social, movilizando mujeres y sindicatos. Su estrategia *grassroots*, abarcó el 80% de cobertura territorial.

Chastanet, por su parte, tejió un relato de renovación y *accountability*: "Es hora de auditar el caos", acusaba, culpando al SLP de un "aumento del 40% en homicidios" (50 en 2025) y la "opacidad en pasaportes" que costó 10 millones en ayuda USA. Invocó el legado de Compton —fundador del UWP y héroe nacional— para posicionarse como continuador de prosperidad prepandemia, prometiendo 10 mil empleos vía inversión extranjera y "policía moderna" con apoyo bilateral. Sin embargo, inconsistencias dañaron su mensaje: distanciarse de Compton en debates para evitar su imagen autoritaria, pero invocarlo en spots, generó escepticismo.

La campaña fue intensa y bimodal: por un lado, un relato oficial de "avance juntos" promovido por el SLP; por el otro, un lodazal de ataques personales que dominó redes sociales y mítines

El "lado sucio" de la campaña empañó todo. La UWP usó canciones en los que decía que Pierre era autista, hecho que generó gran malestar en



las asociaciones de discapacitados. También se constataron ataques a mujeres candidatas y raciales contra Chastanet ("blanco extranjero"), en publicaciones que proliferaron en Facebook y TikTok.

La participación baja reflejó apatía juvenil, con solo 40% de los menores de 30 años votando

Surrogados no regulados² amplificaron "corrupción" e "incompetencia", con memes virales y *deepfakes* menores. Analistas como Cynthia Barrow-Giles notaron que este "roro" (barro) distrajo de políticas, beneficiando al SLP por su tono unificador. La participación baja reflejó apatía juvenil, con solo 40% de los menores de 30 años votando, pese a campañas focalizadas en redes sociales como Instagram.

Los resultados finales marcaron que el SLP arrasó con 14 escaños (de 13 en 2021), registrando 48.855 votos (55,77%), mientras que la UWP cayó a un escaño (Micoud South, Chastanet con 58,6%), al obtener 32.597 votos (37,21%) —su peor resultado desde 1997. Independientes retuvieron dos escaños: King (Castries North, 66%) y Frederick (Castries Central, 59,5%). NCP obtuvo 0,05%.

2 - Cuentas, páginas o grupos anónimos financiados que hacen campaña sucia sin declarar gasto ni responsable.

Tendencias políticas y legado

Pierre, reelecto en su bastión, emerge como el arquitecto de esta "victoria histórica", con tendencias hacia un SLP más consolidado: socialdemocracia pragmática, con énfasis en equidad regional y sostenibilidad. Hilaire y Hippolyte simbolizan diversidad (afrocaribeña, femenina).

Chastanet renunció el pasado 5 de diciembre, abriendo un relevo en UWP hacia figuras como Guy Joseph, pero el partido enfrenta crisis identitaria: ¿más liberal o populista?

Pierre emerge como el arquitecto de esta "victoria histórica", con tendencias hacia un SLP más consolidado: socialdemocracia pragmática, con énfasis en equidad regional y sostenibilidad

El proceso electoral en Santa Lucía muestra un debilitamiento del clásico péndulo bipartidista. Los independientes ganan terreno como válvula antiélite y la baja participación juvenil (48,45 %) enciende alarmas sobre desafección. El SLP triunfó gracias al "toque personal" de Pierre y la conexión emocional con el legado laborista, mientras las promesas abstractas y tecnocráticas del UWP no lograron movilizar. Las felicitaciones de Maduro (Venezuela) y Mia Mottley (Barbados) refuerzan la lectura de un leve giro izquierdista en el Caribe anglófono.

En resumen, estas elecciones consolidan estabilidad en Santa Lucía, pero exigen reformas en CBI³ y crimen para sostener el mandato. Pierre prometió "gobernar para todos", pero la oposición fragmentada vigilará. Un capítulo vibrante en la democracia caribeña, donde el pueblo optó por continuidad sobre cambio radical



3 - CBI (Ciudadanía por Inversión) es el programa mediante el cual Santa Lucía y otros países caribeños venden pasaportes a inversores extranjeros ricos. En 2025 se endurecieron las reglas (tope de 500 pasaportes al año, más controles y requisitos) para frenar el lavado de dinero y responder a presiones de Estados Unidos y la Unión Europea.



San Vicente y las Granadinas: Fin de una era y amanecer de un nuevo orden político

Godwin Friday y el NDP lograron un triunfo histórico en las elecciones de San Vicente y las Granadinas, desalojando del poder a Ralph Gonsalves y poniendo fin a 24 años de la ULP en el gobierno del país caribeño.

Las elecciones generales en San Vicente y las Granadinas, celebradas el 27 de noviembre de 2025, representaron un terremoto político en el Caribe oriental. Por primera vez en 24 años, el Partido Laborista de la Unidad (ULP, por sus siglas en inglés), que había gobernado ininterrumpidamente desde 2001 bajo el carismático primer ministro Ralph Gonsalves, fue desalojado del poder.

El Partido Demócrata Nuevo (NDP), en la oposición desde entonces, logró una victoria aplastante al conquistar nueve de los quince escaños en la Cámara de la Asamblea, asegurando una mayoría absoluta y allanando el camino para que su líder, Godwin Friday, asuma como el séptimo primer ministro del país. Esta contienda, disputada en un clima de alta polarización y con una participación del 65,8% —superior al 61% de 2020—, no solo cerró un capítulo de longevidad democrática excepcional, sino que reflejó el hartazgo ciudadano con la fatiga de un liderazgo prolongado, agravado por desafíos pospandemia como el cambio climático, la inflación y la corrupción percibida.

Mandato agotado y oposición renovada

San Vicente y las Granadinas (SVG), un archipiélago de 150.000 habitantes dependiente del turismo, la agricultura y remesas, ha sido un bastión de

estabilidad en el Caribe. Gonsalves, de 78 años, economista formado en la Universidad de Manchester, transformó el país apoyado en alianzas de países con gobiernos de izquierda que financiaron infraestructuras clave como el aeropuerto Argyle (inaugurado en 2017) y hospitales modernos. Bajo el ULP, el país evitó la recesión durante la COVID-19 gracias a vacunas chinas y bonos venezolanos, pero el huracán Beryl de 2024 devastó plantaciones y dejó daños por 200 millones de dólares, exacerbando la deuda pública al 90% del PIB.

Godwin Friday,
un abogado de 55 años
con raíces
en el sindicalismo y la
diplomacia caribeña
es el nuevo primer
ministro de San Vicente
y las Granadinas

El NDP, fundado en 1975 por James Fitz-Allen Mitchell, resurgió bajo Friday, un abogado de 55 años con raíces en el sindicalismo y la diplomacia caribeña. Tras derrotas en 2001, 2005, 2010, 2015 y 2020, el partido se reinventó con un enfoque en juventud y anticorrupción, atrayendo a votantes urbanos y de la diáspora. La



convocatoria anticipada de elecciones —convocadas por Gonsalves el 10 de octubre para capitalizar logros como la legalización del cannabis en 2018— salió mal: encuestas preelectorales del Caribbean Development Bank mostraban un empate técnico (ULP 48%, NDP 47%), pero el descontento con el "gobierno eterno" inclinó la balanza.

El sistema electoral, de mayoría simple en quince circunscripciones uninominales (más seis senadores nombrados), favorece mayorías claras y minimiza terceros partidos. La supervisión de la OEA y la

Caricom (Comunidad del Caribe) elogió el proceso como "libre y justo", aunque denunció campañas digitales con desinformación en Facebook y WhatsApp.

La batalla por el poder

El ULP presentó una nómina experimentada, con Gonsalves disputando el distrito de North Central Windward por décima vez. Dentro de los postulados del partido, posicionado ideológicamente en la centro-izquierda socialdemócrata, se enfatiza el Estado de bienestar, la integración regional

(ALBA y Caricom) y la resiliencia climática, con un legado de equidad social que redujo la pobreza del 30% al 15% en dos décadas.

Por su parte, el NDP apostó por la frescura, con Friday en North Leeward, un distrito clave, que obtuvo un 62% de apoyo en primarias internas. El partido, de tinte conservador, liberal y con una ideología centro derechista buscó la renovación generacional de dirigentes y en su narrativa apostó por la promoción del libre mercado con alianzas con Estados Unidos y Canadá, y la meritocracia, criticando el "clientelismo" del ULP.

El NDP hereda el liberalismo de Mitchell: promercado (reducción impuestos corporativos), alianzas occidentales y valores familiares (oposición al aborto, por ejemplo), pero con Friday, incorpora postulados del progresismo moderno como los derechos LGBTQ+ y el cannabis regulado.

Narrativas cruzadas y guerra híbrida

La campaña, de seis semanas intensas (del 15 de octubre al 27 de noviembre), fue un choque de visiones: continuidad versus renovación. El ULP lanzó su manifiesto "Un Contrato con el Pueblo" el 16 de noviembre en un mitin masivo en la capital del país, Kingstown, bajo la atenta mirada de 10 mil asistentes.

Su relato triunfalista giró en torno a "legado probado": Gonsalves, apodado *Comrade Chief*, evocó los 578 millones de dólares invertidos en carreteras, puertos, vivienda y salud, destacando la "revolución silenciosa" que posicionó a SVG como líder en cannabis medicinal (exportaciones por 50 millones anuales). "Hemos navegado tormentas —pandemia, huracanes, sanciones— y salimos más fuertes", proclamaba, apelando a la lealtad emocional con himnos laboristas y promesas de becas para 5 mil jóvenes y un fondo climático de 100 millones.

El centroderechista Partido Demócrata Nuevo se reinventó con un enfoque en juventud y anticorrupción, atrayendo a votantes urbanos y de la diáspora

La estrategia principal fue la territorial, basada en el cara a cara y llegando a islas remotas como Bequia y Union. Se puso principal énfasis en mujeres (50% de candidatos) y en la diáspora (voto por correo, fundamentalmente desde Estados Unidos).



El NDP contraatacó con "Tiempo de Cambio: SVG Adelante", un manifiesto lanzado el 20 de octubre en un estadio abarrotado. Su narrativa opositora fue implacable: "24 años de fatiga, corrupción y estancamiento". Friday, carismático orador, denunció el "gobierno de un solo hombre" por nepotismo (hijos de Gonsalves en cargos clave), opacidad en contratos venezolanos y fracaso en diversificar la economía (turismo al 40% del PIB, vulnerable a huracanes).

"No más promesas vacías; queremos *accountability*, empleos reales y justicia", repetía, el líder del NDP, prometiendo auditorías independientes, incentivos fiscales para inversores y un "pacto nacional" contra la corrupción.

Friday, carismático orador, denunció el "gobierno de un solo hombre" por nepotismo, opacidad en contratos venezolanos y fracaso en diversificar la economía

La campaña triunfadora puso su énfasis en la comunicación digital: TikToks virales con memes de *Comrade Tired*¹

1 - *Comrade Tired* es el mote sarcástico usado por opositores y en redes sociales para referirse a Ralph Gonsalves (apodado *Comrade Ralph*), el ex primer ministro de San Vicente y las Granadinas, criticando su longevidad en el poder (78 años) y su aparente fatiga física/mental, tras 24 años de gobierno, que contrastaba con la energía de Friday.

y vivos en Instagram que alcanzaron las 200.000 vistas, estrategia que logró movilizar al público *millennial* (los menores de 35 años representan el 35% del padrón) hartos de la longevidad de Gonsalves.

Desde la ULP se apostó a la campaña negativa, al difundir rumores de "traición" de Friday a Estados Unidos (por su rol en la OEA). Esta situación llevó a que el NDP replicara con videos editados de Gonsalves "viviendo como rey" mientras la pobreza rural persistía. Los ataques personales —la edad de Gonsalves versus la "inexperiencia" de Friday— polarizaron la elección, al punto que la OEA advirtió sobre *deepfakes*.

En cuanto a los temas clave la economía (inflación 6%, desempleo juvenil 20%), la seguridad (homicidios y pandillas) y el clima (el huracán Beryl dejó mil desalojados) acapararon la agenda mediática y la atención ciudadana.

Terremoto electoral

Con 85.000 votantes registrados, el NDP arrasó con nueve escaños (60%), 52% de votos (44.200). La ULP cayó a seis escaños, obteniendo el 46% (39.100 votos), y perdiendo bastiones como Central Windward.

El relato del NDP, encarnado en Friday, fue de "liberación colectiva": "El pueblo ha hablado: fin al monopolio, inicio de la prosperidad compartida". En su oratoria luego de conocer su triunfo, Friday invocó el "espíritu de 1979" (año de la independencia), prometiendo un "gobierno al servicio, no al ego", con énfasis en transparencia (promoción de una ley anticorrupción en cien días) y juventud (creación de un ministerio).

Gonsalves, en concesión digna, luego de la derrota, defendió su "revolución transformadora": "Plantamos semillas que Friday cosechará". Su ULP, con raíces en el movimiento obrero de los años 50, narró un "viaje heroico" contra imperialismo, pero falló en desconectar de la "fatiga Gonsalves". La derrota puede atribuirse a la sucesión fallida (no hubo un relevo claro) y percepción de arrogancia.

Las elecciones en San Vicente y las Granadinas marcaron el ocaso de un titán caribeño, como el *Camarada Ralph*, y el alba de una era incierta bajo el liderazgo de Friday, que hereda un país resiliente pero frágil; su éxito dependerá de equilibrar cambio con continuidad. SVG, joya del Caribe, demuestra que incluso las democracias longevas deben renovarse para sobrevivir.



MAPA ELECTORAL

En los primeros meses de 2026, Colombia y Costa Rica vivirán procesos electorales clave que podrían redefinir sus escenarios políticos. En Costa Rica, el 1 de febrero se elegirán presidente y diputados en una contienda altamente fragmentada y volátil, marcada por la alta indecisión ciudadana y el intento de continuidad del oficialismo chavista. En tanto, en Colombia, el 8 de marzo se renovará el Congreso en un contexto de polarización política.

Costa Rica

Las elecciones generales se celebrarán el domingo 1 de febrero de 2026, con primera vuelta para elegir al presidente, dos vicepresidentes y los 57 diputados de la Asamblea Legislativa. Si ningún candidato presidencial alcanza el 40% de los votos válidos, habrá balotaje el 5 de abril.

El Tribunal Supremo de Elecciones (TSE) inscribió oficialmente veinte candidatos presidenciales, la segunda cifra más alta en la historia, reflejando la fragmentación partidista que ha caracterizado los últimos procesos (donde ganadores como el actual mandatario Rodrigo Chaves surgieron de posiciones bajas en encuestas iniciales).

No existe la reelección presidencial inmediata en Costa Rica, por lo cual el presidente Chaves está inhibido de presentarse para un nuevo mandato. Los principales candidatos incluyen a Laura Fernández (Partido Pueblo Soberano, PPSO, alineada con el oficialismo y exministra de Planificación y Presidencia), Álvaro Ramos (Partido Liberación Nacional, PLN, centroizquierda tradicional y expresidente de la CCSS), Fabricio Alvarado (Nueva República, conservador evangélico en su tercera candidatura), Claudia



MAPA ELECTORAL

Dobles (Coalición Agenda Ciudadana, progresista ambiental y ex primera dama), Ariel Robles (Frente Amplio, izquierda), Juan Carlos Hidalgo (Partido Unidad Social Cristiana, PUSC, liberal económico) y Eliécer Feinzaig (Partido Liberal Progresista, liberal). Otros aspirantes de partidos menores completan la papeleta, pero con menor visibilidad.

Las encuestas de diciembre 2025 (como CIEP-UCR del 3 de diciembre, Idespo-UNA de noviembre-diciembre y Opol Consultores) muestran a Laura Fernández consolidada en primer lugar con 30-32,8% de intención de voto entre los decididos, triplicando o cuadruplicando a sus rivales más cercanos, gracias al respaldo implícito del presidente Chaves y la popularidad de su gestión en temas como empleo. Sin embargo, la indecisión es alta (43-45%), lo que mantiene abierta la posibilidad de sorpresas o segunda vuelta. Álvaro Ramos ronda el 8%, Ariel Robles el 5% y Claudia Dobles el 4%, con el resto por debajo del margen de error.

Los temas dominantes de la campaña son la inseguridad, el costo de vida y el empleo.

Colombia

Las elecciones legislativas en el país cafetero están programadas para el domingo 8 de marzo de 2026. En ellas, los colombianos elegirán a todos los miembros del Congreso: 108 senadores (que representan a todo el país o a comunidades específicas como indígenas y afrocolombianos) y 188 representantes a la Cámara (elegidos por departamentos o circunscripciones especiales).

Ese mismo día, varios partidos y coaliciones podrán realizar consultas internas abiertas (una especie de primarias voluntarias) para decidir quién será su candidato oficial a la Presidencia en las elecciones presidenciales de mayo de 2026. El resultado de estas legislativas es muy importante porque define qué partidos tendrán más fuerza en el Congreso para apoyar o bloquear las leyes del próximo presidente.

Los candidatos al Congreso se agrupan en listas presentadas por partidos o coaliciones políticas. Algunos colectivos usan listas cerradas (el votante solo elige el partido y el orden lo decide el partido) y otros abiertas (el votante puede marcar su candidato favorito dentro de la lista). Las listas más conocidas pertenecen a partidos tradicionales o grandes coaliciones: por ejemplo, el Pacto Histórico (la coalición de izquierda que apoya al actual presidente Gustavo Petro), el Centro Democrático (fundado por el expresidente Álvaro Uribe, de derecha), el Partido Liberal, el Partido Conservador o Cambio Radical. Aunque existe la posibilidad de listas independientes (formadas por ciudadanos que recolectan firmas sin pertenecer a un partido), estas son muy pocas y casi nunca logran escaños importantes.

Los sondeos generales muestran una alta indecisión (entre 70% y 77% de los votantes no han decidido su voto legislativo) y preocupación ciudadana por temas como la inseguridad, la violencia, la corrupción y el rumbo de las reformas impulsadas por el gobierno actual.



El eco de una orden antigua

Hay imágenes que no piden permiso: irrumpen. Se plantan frente a uno con la misma fuerza con la que un dedo acusa, exige o convoca. Recientemente, la ministra de Seguridad de Argentina, Patricia Bullrich, compartió un afiche estilo “Tío Sam” para anunciar el reclutamiento de profesionales universitarios en la nueva “Carrera de Investigador del Delito” del Departamento Federal de Investigaciones (DFI), iniciativa que apunta a modernizar la fuerza.

Esta pieza no es nueva, en realidad es heredera directa de una tradición centenaria del cartel político: la del señalamiento frontal como mecanismo de reclutamiento emocional. El gesto tampoco es novedoso, pero sí su traducción contemporánea.

La figura femenina al centro, con gesto adusto y mirada fija, reproduce la lógica de un reclutamiento simbólico que nació mucho antes de la era digital. Su postura rígida, la mano extendida hacia el espectador y el trazo pictórico que enfatiza la severidad del rostro dialogan con una genealogía visual que aún hoy sigue siendo reconocible.

La primera voz en esa línea fue la británica. Lord Kitchener, inmortalizado por el ilustrador Alfred Leete en 1914, señalando al pueblo desde la pared con un mensaje urgente: *Your country needs YOU*. Ese “tú” implícito era una interpelación innegociable. La Corona te llamaba. La patria te reclamaba. El deber te miraba a los ojos.

Aquel cartel, pensado para reclutar soldados en plena Primera Guerra Mundial, instauró un lenguaje visual: la proximidad agresiva del dedo, la mirada que no admite escapatoria, el fondo sobrio que elimina distracciones y la frase breve que funciona como golpe seco.

Décadas después, Estados Unidos tomó ese mismo molde y construyó su versión más famosa: el Tío Sam. Con su sombrero estrellado, su ceño fruncido y su *I WANT YOU*, consiguió elevar el gesto al rango de mito cultural. La figura no solo convocaba; marcaba quién pertenecía y quién debía presentarse a defender “la idea de América”. Fue propaganda, identidad y mandato.

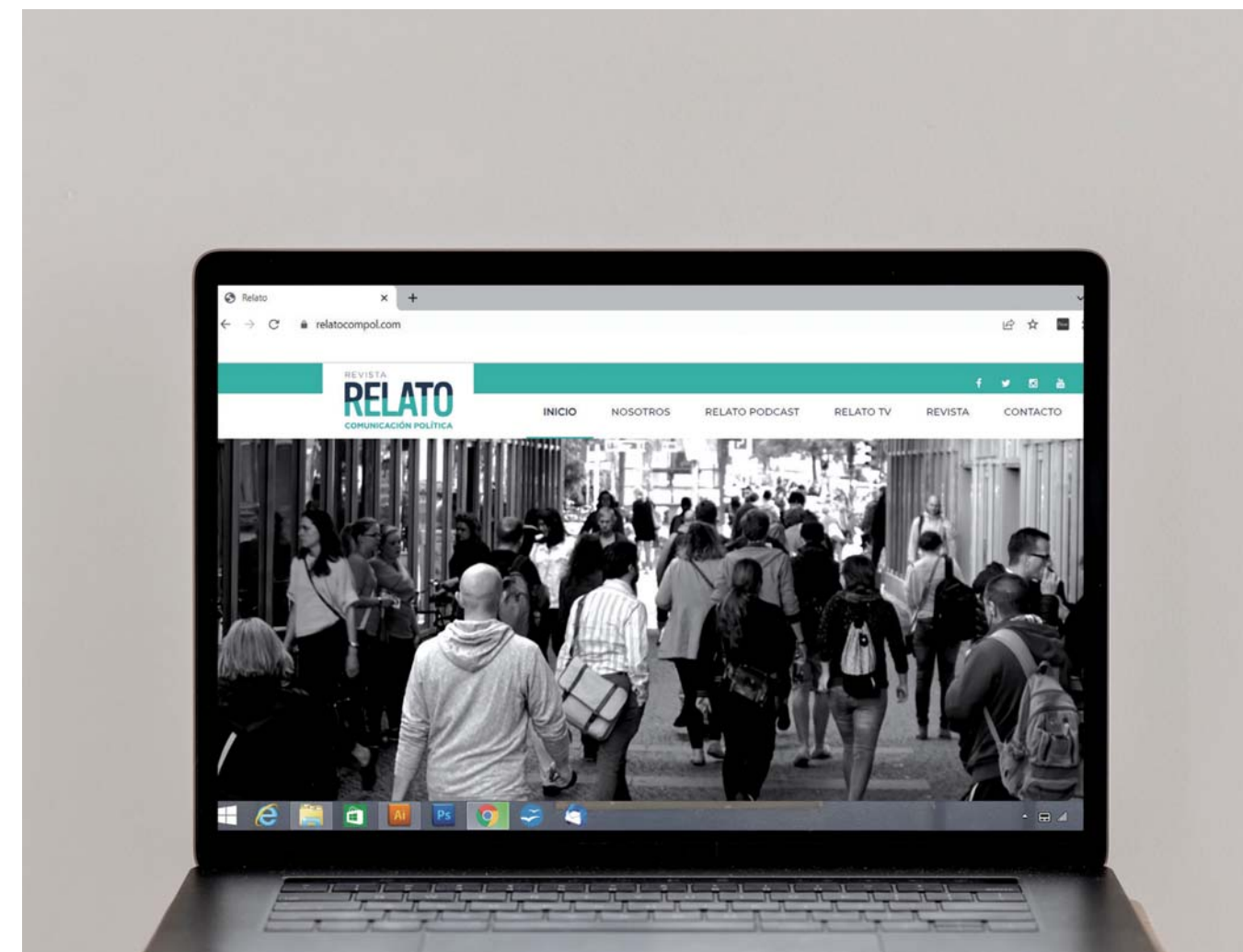
Ambos carteles tenían algo en común: su grito no venía de una persona, sino del Estado hecho rostro.

La imagen que hoy observamos retoma esa herencia visual, pero la reescribe desde otro territorio político. La frontalidad del personaje, su ropa sobria, la cualidad pictórica del trazo y el dedo que irrumpe en el espacio del espectador replican la estructura original: un llamado directo, sin metáforas, sin atajos. Solo una voz que exige atención y participación.

Pero aquí, el mandato se invierte: no convoca soldados ni reclama sacrificios bélicos. Llama a “detectives”. Invita a ocupar un rol civil revestido de solemnidad. El gesto es el mismo; la misión es otra. Sin embargo, la operación simbólica permanece intacta: generar la sensación de que te están buscando a ti, precisamente a ti, no a la masa indefinida.

En su esencia, este cartel funciona como un eco actualizado de aquel grito que alguna vez cubrió las paredes de Europa y América. Un recordatorio de que las imágenes que señalan no describen: ordenan. Y su fuerza no proviene del dedo extendido, sino del lugar desde donde ese dedo habla.

Hoy, igual que hace un siglo, la mirada avanza desde el papel hacia quien la observa.



SÍGUENOS EN NUESTRA WEB:
www.relatocompol.com

y en nuestras redes sociales



@relatocompol



@relato_compol



relato



@relatocompol



@relatocompol



Relato ComPol

RELATO

REVISTA DE COMUNICACIÓN POLÍTICA